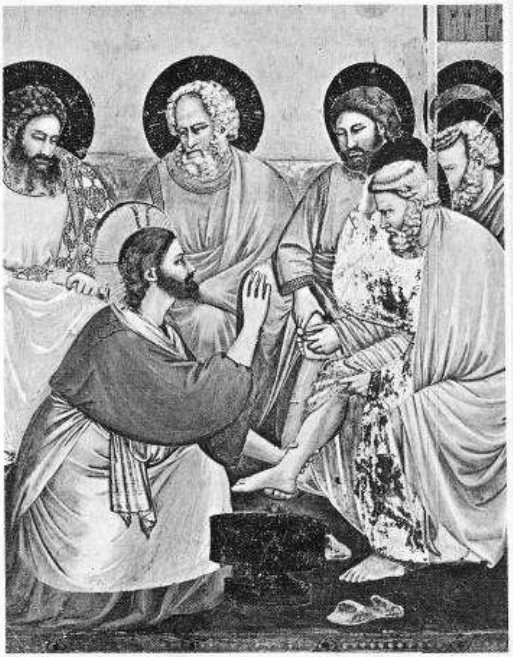
A. ORBE, S.J.



Amor sin medida

EDAPOR

Antonio Orbe, S.J.

AMOR SIN MEDIDA

Consideraciones sobre Jn 13,1-15

1983

EDAPOR

MADRID

Este libro se publica gracias a la generosidad de la Delegación Española del IIHJ (Instituto Internacional del Corazón de Jesús)

Con las debidas licencias

© Editorial EDAPOR
Núñez de Balboa 1 1 5 , 1 E , Madrid-6
I.S.B.N.: 84-85662-30-X
Depósito Legal: M. 37634-1983
Printed in Spain - Impreso en España
Imprime: Instituto Politécnico Salesianos-Atocha.

AL LECTOR

Hace algunos años ofrecí al lector un tomito de meditaciones sobre el lavatorio de los pies. Llevaba el titulo bastante presuntuoso de «Amor extremo», inspirado en Jn 13, 1. Sea por lo que fuere, no tuvo éxito. Ni siquiera el moderado que acompaña a mis obritas de ascética. Debió de influir la presentación, muy pobre. El tema me gusta y no me avengo a sacrificarlo. Busqué otro título, y reelaboré, desde el principio al fin, el tema con verdadero cariño. ¿Lo he conseguido?

Con mejor indumento exterior, y con reflexión más prolongada, el volumen merecerá más, creo yo, del público de almas contemplativas, a que suelo dirigirme. No hago estricta exégesis, ni al citar otros autores me atengo a la letra. De ordinario los resumo. Por muy genial que sea san Agustín, sus reiteraciones fatigan. Y lo propio digo de san Juan de la Cruz. Todo lo bueno es de otros, y todo lo malo mío. Los saltos líricos, míos también.

Quiero juntar a esto otra cosa. Hace algún tiempo prometí componer un librito sobre la Pasión de Jesús. Tan mío que ningún otro lo pudiera escribir.

Muy simple, y destinado a los que son como uno, amigos del Señor en deseos y en palabras... y en nada más. A mi no me pidan obras. ¡Quién pudiera, Jesús mió, dártelas! «El amor -dice san Ignacio (Ejercicios 230)— se debe poner más en las obras que en las palabras.» A lo último me agarro. Algún amor habrá que poner en las palabras, en los suspiros. A él me atengo. Allá arriba habrá sitio para la «Hermandad del amor sin obras», a que siempre he pertenecido. No quisiera escandalizar. Mi propósito va para los de mi Hermandad. Los que hacen mucho, y aún algo, por Dios, irán por otro camino. El cielo les bendiga. Para ellos van las bienaventuranzas, y oirán de los labios dulcísimos de mi Señor, lo que yo no podré oír. Fueron pobres de corazón, y yo de sola palabra. Ellos mansos de verdad, y yo de mentira. Aún tengo esperanzas de robarle a Jesús palabras dulces, por las que tuve siempre para El. La bienaventuranza de los hambrientos se dijo quizá también para nosotros. Hambreamos a Jesús.

Lector amigo, si eres como yo, nunca estarás contento de ti. A la noche mirarás lo vivido, y verás un gran vacío. Igual que la tierra del Génesis, antes que la formara Dios. « Vacía y vacía.» Mi existencia merece otro vacío más. «Tres veces vacía.» A la mañana, en levantándome, miro a lo que viene, y veo indefectiblemente a Jesús. Quisiera, Jesús, vivir para ti. Gastarme por ti. Olvidar lo mío, y darte lugar. Desalojar de mí a los que amo, para que en todos me vivas tú. Y asi comienzo los días. Apurando, apurando, esto me llena. El desprecio propio se me impone. Uno sería muy desgraciado, si no pudiera descansar en Jesús, como en su todo. No hallo mérito en dor

mir sobre El. Acierte o no, eso me hace feliz. Ya dije que ignoro obras. Entre mi nada y Jesús, siento mucho poner pecados; nunca una cosa limpia; nunca algo verdadero. A veces vienen dudas. El mismo a quien quiero amar, parece condenarme (Mt 7, 21): «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos. Mas el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos». Y bien, Jesús, ¿cómo voy a luchar contigo contra ti? ¿Vas a condenar al que solo a ti llevó en el alma? ¿No es hacer la voluntad de tu Padre, gastar aquí la vida en amarte, y no saber más? «A la tarde —dijo el otro— te examinarán en el amor» (San Juan de la Cruz, Avisos 1, 57). Si en el examen nos preguntan amores difíciles, como de santos, encomendaré al Espíritu la respuesta. Abrigo muchas esperanzas de que estando el Verbo en el tribunal, me examinarán en el amor de palabra. Y en el amor de palabra me quedo solo.

Eso te baste, lector amigo, para salvar mis digresiones. Quien pueda más, que lo haga. Escribo el libro para hermanos. Allá en el santuario de mi alma, escondido en lo más intimo, está El. El sabe que yo Le miro y Le amo. Que le agradezco infinito haberme dado tiempo para gastarlo en Su solo pensamiento. Lo más hermoso de mi vida no son las obras. Es que se gaste sin más, como el incienso. Que no deje rastro sensible de sí. Desde mi elección por El hasta la muerte, no haré nada. Ante la acusación del Padre, diré lo que llevo bien sabido. Señor, Señor, ve a buscar en mis huesos algo que no Te habla de Tu Hijo preciosísimo. Y si lo encuentras, bórrame del libro de la Vida. Obras no hice ninguna.

Alguien me escogió para demostrar que 'sin El nada podía hacer'. Ya lo demostró. Hágalo El todo, y póngase a la hora de la verdad en mi mentira. No le he de sacar mentiroso.
Finalmente, avisado lector, este libro quería abrirte el costado de Jesús antes que se lo abriesen en ía cruz. Y, por el costado, enseñarte lo que ya adivinas: su Corazón.

ANTONIO ORBE, S.J.

Roma, 28 de junio de 1983
Fiesta de san Ireneo

1 • «Ante la fiesta de la Pascua» (Jn 13,1a)

Jesús vivía en elseno de Dios, como Unigénito (cf. Jn 1, 18). En vísperas de morir, más parece estar de paso para El, que en El. La inminencia de 'la hora' le domina.

Antes de la fiesta se goza más que en la fiesta. Probablemente, antes del martirio se sufre más que en el martirio. Mucho puede en el hombre la imaginación. ¿Y por qué no también en Jesús? El futuro le solicita (Le 22, 15): «Y les dijo: Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer». Es tránsito la Pascua; y descanso el Padre. ¿Y si quiere hacer del tránsito su descanso, idear un éxodo que no pase y ganar al Padre para que le admita a eterna Pascua?

El Lavatorio se ofrece fuera de programa. Israel se había acostumbrado a hacer del medio fin, de la Pascua tierra de promisión, de la figura Verdad... ¿podía el tránsito perpetuarse en descanso?

Se vislumbra la Eucaristía, sacrificio y sacramento. Más allá del tiempo, que empuja los instantes morosamente vaticinados por los profetas, resume lo mejor del Jueves y Viernes Santo. Envidia de los ángeles, detiene para los mortales el soberano misterio de la Pascua —entre la vida y la muerte— a igual distancia del cielo y de los sentidos. «No tengo en vosotros complacencia, dice Yahvé Sebaot; y la oblación venida de vuestras manos no me agrada» (Mal 1, 10). Sólo me complace la ofrenda del que nació y nace de Mí, ignora el ocaso, llena los días y espacios por

donde otros pasan. «Pues desde el levante del sol hasta el ocaso, grande es mi Nombre entre los pueblos; y en todo lugar ha de ofrecerse sacrificio de incienso a mi Nombre, y una oblación pura. Pues grande es mi Nombre entre los pueblos» (Mal 1, 11).

Al Maestro le apremia su hora, igual que a los enemigos y al Padre. Dios le solicita a la obediencia hasta la muerte. Los enemigos a la cruz, maldición y término de ilusiones mesiánicas. Jesús quiere satisfacer, como Hijo, a aquel de quien con la Vida recibió el mandato de morir.

«Quien ama su vida, la pierde —había dicho alguna vez (Jn 12, 25ss)—. Quien aborrece su vida en este mundo, la custodia para la eterna. Quien me sirve, sígame. Y donde estoy yo, allí estará también mi servidor. A quien me sirviere, mi Padre le honrará. Ahora mi alma se ha conturbado. ¿Qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para esto vine a esta hora.»

Mucho había Jesús soñado en ella. Sobreviene, y no la quiere. Igual contrasentido denuncia la oración del Huerto. El recuerdo de la Pasión enardecía siempre al Maestro. A punto de entrar en ella, no disimula su repugnancia (Lc 22, 42): «Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz». El tránsito al Padre se le hace dulcísimo. E igual el puro beneplácito del cielo. Le aterran sus circunstancias. Ha de ir al Padre, a través de la Pasión.

«Raíz de tierra árida. No tiene apariencia ni hermosura que nos solicite a él, ni aspecto para que en él descansemos complacidos. Despreciado y abandonado de los hombres. Varón de dolores y hecho familiar del sufrimiento. Como uno ante el cual se esconde el rostro, le despreciamos y no le estimamos. Nuestros sufrimientos los lleva él; nuestros dolores los carga sobre sí, mientras nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y en abatimiento. Fue traspasado a causa de nuestros delitos, molido por nuestras iniquidades. El castigo, precio de nuestra paz, cayó sobre él, y por sus llagas nos curaron. Todos andábamos errantes como ovejas. Cada uno se volvía a su camino. Y entre tanto hizo Yahvé que le alcanzara la culpa de nosotros todos. Maltratado, se doblegó y no abre boca. Cordero llevado a ser muerto, y oveja ante sus

esquiladores enmudecida. Así él, y no abre boca. Fue cortado de la tierra de los vivientes. Por el crimen de mi pueblo fue herido de muerte. Y le asignan sepultura con los impíos, y tumba con los corruptos, aunque nunca cometiera él injusticia ni hubiera engaño en su boca. Mas a Yahvé plugo destrozarle con padecimientos. Al poner él su vida, medio expiatorio, verá descendencia, prolongará sus días; y el designio de Yahvé, por él prosperará. Merced al cansancio de su alma verá luz y tendrá hartura. Por medio de su conocimiento, mi siervo el Justo justificará a muchos, y cargará sobre sí las iniquidades de ellos. Le daré en herencia multitudes, y recibirá gente sin número como botín, por haber derramado su vida hasta morir, y haber sido contado entre los delincuentes, como quien lleva los pecados de muchos e intercede por los malhechores» (Is 53,2-12).

Así le vio Isaías a distancia de siglos. Así indistante se vio Jesús, objeto y sujeto de Pasión. No con dolores, sino puro dolor. Triste en pura tristeza. Los sentidos, a impulsos de la pena y del delito, a merced de las tinieblas. Los hasta ahora movidos a merced de la alegría, y amor al Padre.

Sin romper la comunión personal con el Verbo, se quiebra la hasta ahora dulcísima entre sus dos naturalezas. Lo divino abandona lo humano a sus leyes; y lo deja a merced del cuerpo. El cuerpo, desayudado del alma, queda a impulsos de la fantasía, atenta a la Pasión inminente, y sin otras fuerzas que las naturales, escasísimas para tanto sufrimiento.

Lo débil y triste ha de llevar alivio al alma. Y de las tinieblas sacar luz. «Merced al cansancio de su alma verá luz y tendrá hartura» (Is 53, 11). Dejárale el cielo en su cansancio: triste con su tristeza, atribulado con sus dolores. El hombre agradece, en los días oscuros, que le abandonen. Entre tinieblas buscará el rincón, para descansar negro con negro, olvido con olvido, desolación con desolación.

Es frecuente estar uno en aridez absoluta, con el único bálsamo de la soledad. Sobreviene una visita, matrimonio con hijos. Hay que volcarse entre los niños para distraer-

les. Pasa el día, y al fin se van. El triste pudo aliviar la alegría de los ya alegres; ¿qué contaba lo suyo?

Así Jesús. Inmensamente más triste que los Doce. Y obligado a aliviarles con alma y cuerpo. «Sus llagas» les deben curar. Sus agonías distraer de penas. Los Doce al fin, habituados a descansar en El, no piensan lo que le pueda ocurrir. ¿No toca al sol iluminar, y a la lluvia caer sobre buenos y malos, y al «Hijo del amor» (cf. Col 1,13) despertar amor? Así piensan no por egoísmo, sino por su gran estimación de Jesús. El Maestro es pura placidez. En él se refleja la majestad del Padre, y buscan alegría los ángeles del cielo. Las lágrimas ante el sepulcro de Lázaro (cf. Jn 11, 33) eran de amor. Su turbación también.

«Y éste es el mensaje que hemos oído de él y os anunciamos a vosotros: que Dios es luz, y tiniebla en él no hay ninguna» (1 Jn 1,5). ¿Ninguna tiniebla?, ¿y por qué tan triste en el huerto? (cf. Le 22, 53).

Muchas tinieblas hay en Jesús. La luz divina dejó libremente paso a las de Su pobre carne, para bien de la nuestra. Si con sus llagas fuimos curados, con sus tinieblas fuimos también iluminados. Más nos enseña verle así, que en el Tabor. En la Transfiguración queda muy alto. En Getsemaní, muy bajo; mas no demasiado. Toda esa humillación requiere nuestra carne para seguir a Jesús. Desde el cero de la última increíble desolación. Desde la humana miseria aprendida en el cuerpo de Dios.

Jesús convierte las propias tinieblas en luz. El Lavatorio es una escena de Luz. Nadie la diría improvisada en la oscuridad de la Pasión. Si proyectara el Maestro su tristeza de esta hora, volvería abatidos a los ya tristes. Mediador entre el Padre y los Doce, sin consuelos venidos del alto y con penas aquí recogidas, ensaya Jesús la luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9).

Dejo a otros la devoción a la Pascua de Jesucristo. Más me atrae el día antes de la Pascua; el preliminar tantas veces ensoñado por El. Y aún ahí, más lo invisible que lo visible. No la tristeza de alma, sino la de cuerpo sin alma, sin brío, entre aridez de huesos, condigna de la soberana alteza del Hijo. Incomprendida de los Doce. Llevada por él en solitario; tal vez no por él, sino en él, a merced de

una Voluntad infinita. ¡Qué gran Dios el Padre para el Hijo! Grande para concebirle igual a Sí, grande también para hacerle sentir, hombre, tan desigual.

Hago mal en querer medir la tristeza de Jesús. ¿Y qué he de hacer para acompañarle? ¿Dejarle simplemente hablar?

«El Hijo del hombre tiene que padecer muchas cosas y ser desechado por los ancianos y sumos sacerdotes y escribas, y ser entregado a la muerte, y al tercer día resucitar» (Lc 9, 22). «Y maravillados todos por las cosas que hacía, dijo a sus discípulos: Clavad en vuestros oídos estas palabras; porque el Hijo del hombre va a ser puesto en manos de los hombres. Y ellos no entendían esta palabra, y un velo se la encubría, de suerte que no alcanzaban su sentido; y tenían miedo de preguntarle sobre esta palabra» (Lc 9,43-45).

De nuevo, por san Lucas (18, 31-34): «Tomó consigo a los Doce y les dijo: Mirad, subimos a Jerusalén, y se cumplirán en el Hijo del hombre todas las cosas escritas por los profetas. Será entregado a los gentiles y escarnecido y ultrajado y escupido; y después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará. Y ellos nada de esto entendían, y era este lenguaje encubierto para ellos, y no sabían lo que les decía».

Hay un abismo entre el Maestro y los Doce. El ve las cosas a Su medida de El y del Padre. Según son en la voluntad y mandato de Dios. Sin que pierdan en el tránsito del Padre al Hijo. El propio Jesús hace de ellas, desde el primer ser humano, vida de Su carne; simplificándolas en un acto, perpetua y colmadamente sostenido. Como crece en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres (cf. Lc 5, 52), incrementa ilusionado la ofrenda inaugural. A impulsos del mismo Espíritu que le dispone en carne para la vestición 'en forma de Dios', se prepara a la oblación aguda 'en forma de siervo' —ápice de la obediencia reclamada por el cielo— de la muerte en Cruz.

«Sacrificio y ofrenda (de animales) no quisiste; pero me diste un cuerpo idóneo (y me anunciaste al oído tu voluntad). Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí presente... quiero hacer,

oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta voluntad hemos sido santificados (los hombres) mediante la oblación del cuerpo de Jesucristo, de una vez para siempre» (Heb 10, 5ss).

Aplícase también aquí la norma del Apostol (2 Cor 4, 18): «No ponemos nosotros la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven. Porque las que se ven son pasajeras; mas las que no se ven, eternas». Y según eso, la muerte visible de Jesús sería pasajera, digna tal vez de judíos y gentiles no creyentes. La invisible sería eterna. La muerte invisiblemente arrastrada, en amor, por Jesús, desde su primera aparición en el mundo. La oblación iniciada, con Su ingreso, y sostenida hasta el Calvario. Hubo de sorprenderla el anciano Simeón, en el Templo, al decir: «He aquí que este (niño) se ofrece para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal a quien se contradice... para que salgan a luz los pensamientos del fondo de muchos corazones» (Lc 2, 34). Y más tarde el Bautista: «Fijando los ojos en Jesús, que caminaba, dice: He ahí el cordero de Dios» (Jn 1,36).

Es don del alto sorprender lo divino en las cosas, que por visibles no parecen divinas. Descubrir el invisible eterno donde se mueve el Espíritu, mundo de Jesús. El discípulo que hereda Su secreto le entiende, y ya no es libre para vivir. «Señor, descúbreme el secreto, y eso basta. Padre, muéstranos al Hijo, y eso basta.» En el Lavatorio, en la Cruz.

2 • «Ante la fiesta de la Pascua» (Jn 13,1a)

A la larga dice más el silencio que la boca. Las palabras expresan lo que los labios. En la madurez casi nunca responden a los sentimientos íntimos, y prefiere uno decirlas para lo intrascendente; callarlas para lo auténtico. El sabio se resiste a dar forma a lo informe. Lo que siente de

los pies a la cabeza, y metido en los huesos no es capaz de proferir, opta por callarlo. Quienes gustan de vivir para adentro terminan sin saber distinguir el alma del cuerpo. Todo resumido en visión tan simple que optan por ceder; para que otros vivan, hablen, proyecten. Lo mejor sabido, y con mayor sencillez, es lo menos interesante. ¿Por qué no callar? Insistir representa esfuerzo, las más veces inútil. Las almas, unas de ida y otras de vuelta, no se entienden. Los jóvenes están de ida. Otros estamos de vuelta. Y como no gusta atajar ilusiones entre jóvenes, que a tan hermoso futuro se abren a poco que les hiera Dios, asistimos con más deleite a la probable 'divina' aventura de quienes ahora comienzan, que a la 'humana' malograda nuestra. No lo escribo con hiél. Ruin uno con el Señor, ¿por qué también otros, enamorados del Nazareno, émulos de Agustín o de Pablo, con perfiles todavía inéditos en el seguimiento de Dios?

Sin querer, hablo desde mis ilimitadas limitaciones. El lector las encuentre insubsistentes, desde una atalaya más inmediata a los ángeles, más allegada a lo humano de Jesús que a lo humano mío; más divina y etérea y celeste.

Es obvio que ante el Lavatorio del Señor eche uno mano de la propia tristeza que conoce. No porque la quiera imponer. Nuestro Maestro es siempre El, en lo sereno y también en lo triste. En el sesgo trinitario de la pena. Sin ser precisamente alegre, en Jesús la tristeza es otra cosa; otras muchas cosas, que la nuestra. Solo uno allegado a la Humanidad de Jesús de dentro para afuera, podría traducirla.

Las meditaciones comienzan por no decir todo lo que se siente. La actitud del momento, en su versión inmediata, no vale igual para todos. Traduce un mundo de experiencias, entre las cuales podrá uno abominar de algunas, mas no de todas. Penas y alegrías, más delicadamente recordadas que preferidas. Evoca uno más dulcemente lo sufrido que lo gozado. Y en lo sufrido, las agonías largas.

El benévolo es libre para juzgarme y aun condenarme. Yo le aplaudiré en su amistad celeste con Jesús. Viva la Pasión directamente a las alturas del Maestro. En ellas le entenderá mejor. A mí déjeme decir lo que acierto ape-

nas. Y si más derramo lágrimas que palabras, sean para los que lloran como yo. Que no serán pocos. Y perdóneme que más quiera, en la contemplación del Señor, llorar que hablar.

Yo soy amigo de dejar al cuerpo a su aire. Según sus propias tristezas fuertes, ásperas. Me da devoción el Cuerpo de Cristo, que arrastra a la propia la tristeza de Su alma. La de Cristo, ante la Pasión terrible que se le avecina, y le mueve a sudor de sangre. ¡Oh tristeza del Cuerpo bendito de Jesús! ¡Y tristezas de alma, que caen sobre el Cuerpo ya consumido de sufrir!

El espíritu que sintonice con Jesús ha de oír las palabras que no dice. Las penas, sin posible expresión, que se esconden en la división entre el alma y el espíritu. ¿Quién dijo que el mejor Evangelio pasó a las palabras del Señor?

¡Oh soberano silencio humilde habitual de Jesús ante el Padre! ¡Qué bien va con el sacrificio! Lo apuntó Isaías (53, 7): «Fue maltratado, mas él se doblegó y no abre boca. Como Cordero llevado al matadero y cual oveja ante sus esquiladores enmudecida, no abre su boca».

No sufre más Jesús, cuando más visiblemente llora. A Lázaro difunto le llora por hermano de sus hermanas. A la Ciudad santa, por no santa. Ante el Padre, en largas dulcísimas noches, por amor a Quien le engendra Dios. No van los sufrimientos por camino de lágrimas ni al revés. El lo enseña secretamente.

«Les parecerá a algunas almas que no pueden pensar en la Pasión. Pues menos podrán en la Sacratísima Virgen ni en la vida de los santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan, porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que, teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios. Cuánto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y ansí harán daño a sí y a los otros. Al menos yo les aseguro que no entren a estas dos moradas postreras; porque si pierden la

guía —que es el buen Jesús— no acertarán el camino; porque el mesmo Señor dice que es camino. También dice el Señor que es luz y que no puede ninguno ir al Padre sino por El, y quien me ve a mí ve a mi Padre» (Santa Teresa, *Moradas sextas* 7,6).

«¿No tiene doce horas el día?» (Jn 11, 9). Así pregunta cuando aún ve pasar serenamente las horas, dueño de la luz y del tiempo. Hoy la inminencia de la Pasión le domina. Una mano inexorable gobierna sus momentos, y los empuja fríamente.

Josué detuvo al sol para consumar la victoria. Jesús no acierta a detener el que le envía el cielo para alumbrar su muerte. ¿Es o no su día? ¿Es o no dueño de las propias horas? «Nadie me quita la vida, sino que yo espontáneamente la doy. Tengo poder para darla, y poder tengo para tomarla otra vez» (Jn 10, 18). Quizás hablaba el Verbo, desde el seno de Dios, cuando tal decía, inmutable como el Altísimo. Y se contristaba fuera del Padre, al vivir como hombre lo contrario. Mucho había de cambiar Dios para poder morir. Y sin embargo, anunciaba la propia muerte, cuando se decía Hijo de Dios; y la evocaba como fiesta de bodas.

La cosa no va por ahí. La muerte de Jesús no escapa a los hombres, pero el misterio sí. A la parte invisible todo transcurre en trato amorosísimo. A lo visible, a medias entre Dios y los hombres. El Padre le retira, para Sus fines, las delicias sensibles de Su abrazo. Los hombres, a merced del espíritu de las tinieblas, ponen las manos en él, y le condenan a morir entre el cielo y la tierra. Oficialmente, con el aparente refrendo sensible de Dios, es el Hijo del hombre. Irá a la cruz para escarmiento de Israel. Llamaba Padre a Dios, y juntamente hermanos a los hijos de ira. Así le entienden los judíos, como habían entendido sus padres a los profetas. Para alivio de quienes viven con lo mejor de sí, donde son adorados; y con lo peor, donde puedan sufrir y ser muertos.

Una misma hora tiene dos vertientes: para Dios la verdadera, para nosotros la equívoca. Igual le ocurrió a Jesús. ¿Había de librarse de la ley que gobierna aquí lo divino? «Sabiendo Jesús llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre», ¿ignoraba acaso la hora de su humillación ante los hombres? De los dos caminos que podía humanamente seguir, al Padre o a los hombres, ¿por qué solo mienta el primero: como si él se lo llevara todo, y ni el prendimiento y traición, ni la iterada condena de tantos tribunales, ni los azotes del Pretorio, ni el camino del Calvario, tuvieran otro valor que el episódico, de esconder el tránsito al Padre?

Para Jesús contaba singularmente la obediencia. Deja la vida y se adelanta a la muerte, por obediencia a su Dios. No en carro de fuego, como Elias. Ni simplemente muriendo, otro Moisés, ante la tierra de promisión. Sino en la Cruz, por obediencia al Padre Dios.

A concebir las cosas por lo divino solo, habríase anunciado un tránsito dulce, como de Unigénito que de vivir fuera 'en forma de siervo' retorna al Seno, para vivir hombre 'en forma de Dios'. Vistas como las quiso el Padre, para remedio del humano delito, anunciόse doloroso, como tránsito del fruto de bendición vestido de maldición.

Jesús acata los designios del Padre. Y ratifica la obediencia con que inició su vida de hombre. Atento a consumar el sacrificio para que vino al mundo, déjase gobernar de las tinieblas. Débil él, fuertes ellas.

Dad al César lo que es del César. Al odio de los judíos lo suyo.

Dios no escatima la victoria sensible de los Ancianos y sacerdotes. Que acaben con el Maestro. «Esto os he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de la sinagoga, pues llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará hacer un servicio a Dios. Y esto lo harán porque no conocieron al Padre ni a mí» (Jn 16,1-3).

Jesús busca el beneplácito del Padre. Y no obstante, a ratos, le arredra la Pasión. En el Huerto dirá lo que sentía antes del Lavatorio. A impulsos del mismo que le lleva al sacrificio, se compromete a él ante los Doce, para no volverse

atrás. Inicia en oficio de siervo lo que en forma de siervo consumará en la cruz. Deja para la hora del Padre su clarificación.

Ya dije que el Lavatorio es drama de luz. El misterio se le va a Jesús de las manos. Todo sencillo. A un paso de la Eucaristía y de la Cruz. El Maestro lleva a cabo, con maneras de Dios, un ejercicio de esclavo. Lo que Marta y María con él en Betania, él con los Doce en el Cenáculo. Revela en el mundo, como misterio de arriba, lo que el cielo en su mejor parte ignora. ¿Dónde los ángeles lavaron nunca los pies? Disimula empero, enseñando todo lo dulce que abajo aprendió.

Hijo del Dios Bueno, hasta el mal que en nosotros era, pasó a ser bien en El. Quiso levantar al cielo, como novedades allí ignoradas, las miserias de los hijos de los hombres.

En la humana psicología entra recordar con gratitud los peores trances de la vida. La distancia les quita aspereza. El mal que uno intoleraba, trocóse en bendición con la gracia que el sufrirlo nos trajo. La experiencia del bien adoctrina mucho menos que la del mal. Mejor se aprende lo que mucho cuesta. Y más se estima lo que valió sangre. Es la herencia de los disgustos fuertes y largos. Lo que se aprende contra la voluntad, gracias a las lecciones insistentes de Dios. Los relieves que deja el mucho mal, acogido al fin de manos de El.

Yo agradezco a Dios haya sido sordo a la mayor parte de mis oraciones, para mortificarme durante años, como si me hubiera olvidado.

De resultas, prefiere uno ya orar a Dios con el propio Dios, interesándole en lo Suyo ignoto, antes que en lo propio resabido. En lo grande y en lo pequeño. Sin prisas. Como si el tiempo mío y el eterno de El fueran igual; más mío lo Suyo que lo mío. La medida la conoce El, como inmenso. Lluevan las nubes, salga el sol y el inmenso mida. ¡Qué fácilmente le engañan a uno cosas aprendidas de otros, mientras no le enseñe en carne Dios! El Señor

no repite dos lecciones en dos almas. Ni dos experiencias en dos espíritus al parecer iguales. A lo infinito debe Jesús ser siempre nuevo, para fortuna nuestra.

Yo no disimulo mi poca devoción a los santos de Israel. Debieron de ser buenos para entonces. Hasta el salmista, ¡qué igual se me hace y qué empeñado en sus caminos de él!

¡Cuánto más luminosa, en su desconcierto, la plegaria de los santos evangélicos, tan fáciles a su desprecio en la propia oración! A Dios piden no les oiga, al margen del beneplácito Suyo. Recelosos de no acertar a sufrir ni entender ni orar.

¿A qué venía todo esto? A que el mismo Jesús aprendió mucho de los hombres, según la carne; y sacó demasiado gusto a la forma de siervo para olvidarla ante Dios y ante los Doce. No fueron menester las dulzuras de Nazaret o de Betania. Le enseñaron más las amarguras. Y con ellas quedó, amorosamente convertidas en El.

3 • «Sabiendo Jesús que vino su hora de pasar de este mundo al Padree» (Jn 13,1b)

Es la hora vivida por Jesús a lo largo de su existencia en el mundo. A quien le preguntara por ella, habría podido responder (Jn 7, 16): «Mi *hora* no es mía, sino de aquél que me envió». Al nacer de Madre Virgen, el Padre que me encarnaba en ella, la fijó. Y desde entonces encamino los pasos hacia la hora de Dios. La Virgen asintió al mensaje de Gabriel, e indicó «mi hora de pasar del Padre a este mundo».

San Juan silencia el anhelo íntimo de Jesús. «La mujer, en los dolores del parto, se halla poseída de tristeza, porque

le vino su hora. Una vez dado a luz al niño, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo de haber dado un hombre al mundo» (Jn 16, 21). Verbo del Padre nació débil, de mujer débil, para instalarse, por amor al Padre y a los hombres, en «su hora». E hizo de ella sus delicias, principio y remate de sus tiempos. Hora, día, mes, año y eternidad. Inmutable como los designios del Altó. Apetecible, como detenido ósculo de Dios a los hombres, y de los hombres a Dios; traído —fuera de las leyes del tiempo— desde la Cruz a todos y cada uno de sus actos.

El tránsito al Padre será en la cruz. Cosa de momento en sí. Mas por ilusionadamente apetecido, tan prolongado como la vida. Si amargo en sí, convertido por amor en cielo. ¡Qué fácil y frecuente es engañar, con ensoñaciones, las amarguras de hoy! A nadie le prohiben distraerse del presente por vivir el futuro. Aunque, llegado el futuro, se disipen como sueños y conviertan en lágrimas. ¿Y no está bien, ya que se haya de pasar por la comedia, hacerla entre fantasías de cielo?

¡Oh quién pudiera vestir de gloria, ya desde hoy, el instante de la propia muerte! A la muerte, tránsito al Padre, ¿quién me obliga a mirarla como muerte, si tanto como despedida es abrazo de Dios? «No te engañes. Eso queda para los santos. No para hombres miserables como tú. Que no supiste vivir un instante puro, digno del Padre. Piensa primeramente en el momento actual, con limpieza digna de Dios. Atiende a tus obras, más que a tus deseos. Bien claro lo dijo el Señor, como quien ataja necias ensoñaciones (Mt 7, 21ss): No todo el que me dice *Señor, Señor,* entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Aquel día muchos dirán: *Señor, Señor,* ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros? Yo entonces les declararé: Nunca os he conocido. Alejaos de mí malvados»...

Dejo a otros alegar virtudes para subir al Reino. Ya sé, de labios del Señor a quien sólo amo de palabra, que para entrar en él, debo hacer la voluntad del Padre. Y que ni el Hijo llena el Reino de la verdad con hombres de mentira,

ni el Padre premia solas ilusiones. Yo me reconozco de mentira. Nunca hice de veras, sino lo indigno. Y cuanto más quise vivir de la verdad divina, mayores vacíos encontré en pensamiento, palabra y obra. No fue eso solo. Años he tenido para entender al Señor. Nunca rehuí el Evangelio, ni el trato con Su persona. Ni acerté jamás a salir de El. Tan sencillo Jesús, ¿cómo se me revela contrario y amigo? Tan contrario, porque santísimo... hasta alejarme de Sí. Tan allegado, porque más El en uno que uno mismo; más determinante Su infinita santidad que la miseria en la propia miseria. ¿Y habrá quien, sintiendo lo que yo, se entienda? Acato las palabras del Maestro. No vale decir «Señor, Señor». Aunque a muchos valió eso en los días de Jesús. Hay normas que ni el propio Maestro las puede dictar, para no dar ocasión de escándalo. La que siguió con el buen ladrón, con el fariseo y el publicano, con Simón el leproso y María, y ante pecadores confesos...

A nadie se le abre el paraíso, sin obras; sin alguna obra. Falta saber si las obras las debe poner el hombre a medias con Dios, o a enteras de El. Esto último parece más claro. Que Dios haga en uno lo Suyo y lo de uno, para premiar como de uno lo Suyo.

Apliquemos al caso lo de san Juan de la Cruz: «Hagamos de manera que lleguemos a vernos, Señor, en tu hermosura. Que seamos semejantes en hermosura y sea la tuya de suerte que mirando el uno al otro, se parezca a ti en tu hermosura, y se vea en ella. Así te veré yo a ti en tu hermosura, y tú a mí en tu hermosura... porque tu hermosura misma será la mía. Es la adopción de hijos, que de veras dirán a Dios lo que el Hijo al Padre, por san Juan (17, 10): 'Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías'...» (*Cant.* 35, 5). «No puede, en efecto, verse uno en la hermosura de Cristo y parecerse a El en ella, si no es por transformación en El» (cf. *ibíd.* 8). Y ésta sólo viene por generosa iniciativa Suya. Que como dinámica a lo divino, acaba en obras humanamente visibles, divinamente invisibles; y premiadas como de uno solo. Repetido esto en muchos, ensayado mil veces en uno, da por fruto lo que el duelo entre la luz y las tinieblas. Vence suavemen

te la luz con el triunfo de las tinieblas que se dejaron 'trabajar'.

No todos los caminos del Espíritu son igualmente claros. En la oración al Padre nos enseñó Jesús una plegaria de solas peticiones. Y nos animó a subir directamente a Dios, igual que si fuéramos sus hijos. Al Padre le comprometió a oírnos. Sólo eso, sin más, prevenía la eficacia del hombre en diálogo con Dios.

Asegurada la audiencia del Padre, las peticiones formuladas por el mediador entre Dios y los hombres denuncian lo que el cielo quería oír de humanos labios para complacerse en él. Hay misterio en las peticiones, y en su jerarquía. Primero es la primera, segundo la segunda, y tercero la tercera.

A mí, que soy malo, me encantan las dos primeras, delicadamente prologadas por la advocación: «Padre Nuestro que estás en los cielos: *santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino....*

Del cumplimiento del querer divino bien poco dejó la providencia a merced del hombre. Aun eso, tras de aquel «santificado sea tu Nombre», que, entendido, no da lugar a seguir adelante. ¿Excluyo el «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»? Apurando, hasta me sobra la primera petición. Lo mejor del Padrenuestro está en la invocación, robada de labios de Jesús. Sabiéndole invocar como El («Padre nuestro que estás en los cielos»), ¿qué más se requiere? Oído el acento del Hijo, ¿tiene Dios alma para mayor Verbo? Ni le cabe otro en el seno, ni hay palabra superior a ésta que no parece oración.

Obligado a pedir, resumiré las siete en la primera. «Santificado sea tu Nombre». El día que entienda la santidad del Nombre de Dios, como en la plegaria sacerdotal, será ésta mi única petición: «Padre Santo, sea tu Nombre santificado».

La oración inútil y hermosa del cielo. Siempre que nuestro gusto sea que Dios es Dios, nuestra plegaria será que su Nombre Santo sea Santo. Lo que desde *ab aeterno,* antes que hubiese ángeles y arcángeles.

Allá otros. En lo divino humano, todo estuvo a merced de la munificencia de Dios, que puede dar, mas no reci

bir; y beneficia al hombre, sin ser nunca retribuido. Que busca en la humana miseria la grandeza del vacío, puro vacío, para tener donde derramarse sin término. Dichoso el hombre que así interesa a Dios, y sabe ser nada, para recibir —como caído en el no ser— todo el Don. Si tanto recibe el hombre, como le derrama Dios, tendrá en los brazos de su infinita miseria el tesoro de las cataratas del cielo, a Su gusto de El, y a Su medida.

También ahora me distraje. ¿Podía uno consolarse con acciones que ni de lejos respondiesen a esta del Lavatorio?, ¿y a las que vendrían después, en el mismo Cenáculo? Jesús mío, pídeme otras cosas.

4 • «Sabedor Jesús de que llegó...» (Jn 13,1b)

El Señor conoce las cosas a su modo. Hay tanto de saber a saber, como de una persona a otra. Del saber de Jesús al nuestro, tanto como de su persona a la nuestra. El evangelista no entra en perfiles. De algún modo ha de introducir al Maestro. Si entendiera uno cómo sabía Jesús que le llegó Su hora, le quitaría misterio.

Habrá ocasión de meditarlo, en beneficio de la Verdad en que está solo con Dios, El le guía y mueve y levanta a la soledad del Salvador.

En El se daban la soledad del hombre asumido, y la de Dios. De la primera algo sabemos. Los místicos la mencionan bastante. En ocasiones dulce, por la compañía del Espíritu, se adivina en Jesús por comunión de vida con el Verbo: «En esa soledad que uno tiene de todas las cosas en que está solo con Dios, El le guía y mueve y levanta a las cosas divinas; conviene a saber, su entendimiento a las inteligencias divinas, por estar ya solo y desnudo de otras

contrarias y peregrinas; y su voluntad mueve libremente al amor de Dios, sola ya y libre de otras afecciones; y llena su memoria de divinas noticias, por hallarse también sola y vacía de otras imaginaciones. Luego que uno desembaraza estas potencias y las vacía de todo lo inferior, dejándolas a solas, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y propio, y es Dios el que le guía en la soledad. Como los movidos del Espíritu de Dios (cf. Rom. 8, 14). No solamente le guía en la soledad, sino que El mismo a solas obra en él sin otro algún medio. Tal es la índole del matrimonio espiritual: hacer Dios en uno y comunicarse por sí solo, no por medio de ángeles ni de habilidad natural. Los sentidos exteriores e interiores y todas las creaturas, aun el propio cuerpo y alma, muy poco hacen al caso para recibir las mercedes grandes que hace Dios en tal estado. El lo hace a solas en uno, porque le halla a solas, y no le quiere dar otra compañía, aprovechándole y fiándole de otro que de sí solo. Es también cosa conveniente, pues uno lo ha dejado todo y pasado por todos los medios subiéndose a Dios, que el mismo Dios sea la guía y el camino para sí mismo. Y habiéndose uno ya subido en soledad de todo sobre todo, ya todo no le aprovecha ni sirve para más subir, fuera del Verbo; tan enamorado El de uno, que a solas desea hacerle tan subidas gracias, entregándosele a Sí mismo y cumpliéndole sus deseos» (San Juan de la Cruz, *Cant.* 34, 5-7).

Entendida así, por lo dulce, la soledad, cabría leer lo de Le 22, 14: «Llegada la hora, púsose a la mesa con los Doce, y les dijo: Con ardiente anhelo deseé comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer». Podrá el incienso no quemarse. Herido por el fuego, se levanta en olor de suavidad. Trasluce hombre la sola compañía del Padre. «No estoy solo, pues el Padre está conmigo. Estas cosas os he hablado para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apreturas; mas tened buen ánimo, yo he vencido el mundo» (Jn 16,32s).

Pero hay también en el hombre Jesús la soledad sola, la tristeza amarga. Así en Getsemaní, y en la Cruz; y a lo largo de la Pasión. Se le retira el Espíritu del Jordán con los signos visibles de lo divino. Acostumbrado Jesús al

ósculo del Verbo, y desasistido ahora, en lo natural, de El, siéntese roto y como rechazado de Sí. Sin quebrarse lo personal, huye de Jesús el calor y ternura que le venían espontáneos del ósculo bautismal. iOh qué soledad tan distinta del beso de ayer!

«Parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y' preguntando a sí mesma (Ps 41,4): '¿Dónde está tu Dios?' El romance de estos versos yo no sabía bien el que era; y después que lo entendí, me consolaba de ver que me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo yo. Acordábame de lo que dice san Pablo, que está crucificado al mundo (cf. Gál 6, 14). No digo yo que sea esto ansí, que ya lo veo; mas paréceme que está ansí el alma, que ni del cielo le viene consuelo ni está en él, ni de la tierra le quiere ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo. El que le viene del cielo es para más tormento, porque acrecienta el deseo de manera que a mi parecer la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte... Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que, a mi parecer, bastante es tan grande pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho... Todo se le olvida con aquella ansia de ver a Dios, y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo la podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento; ¡y ver que, aunque se queje de él, nadie le parece la ha de creer! También la atormenta que esta pena es tan crecida que no querría soledad como otras ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la soga a la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo; ansí me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza, que como nos pone la pena en peligro de muerte, ansí el deseo que el cuerpo y el alma tienen de no se apartar es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo y quejarse, y divertirse, buscar remedio para vivir muy contra la voluntad del espíritu, o de lo superior del

alma, que no querría salir de esta pena. No sé yo si atino a lo que digo, o si lo sé decir, mas a todo mi parecer pasa ansí. Mire vuestra merced qué descanso puede tener en esta vida; pues el que había —que era la oración y soledad, porque allí me consolaba el Señor— es ya lo más ordinario este tormento, y es tan sabroso y ve el alma que es de tanto precio que ya le quiere más que todos los regalos que solía tener. Parécele más seguro, porque es camino de cruz y en sí tiene un gusto muy de valor a mi parecer, porque no participa con el cuerpo sino pena, y el alma es la que padece y goza sólo del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser esto, mas ansí pasa, que a mi parecer uno trocaría esta merced que el Señor me hace por todas las que después diré» (Sta. Teresa, *Vida* 20, 1 lss).

Era otra la soledad de Jesús, a la medida de la primera doble comunión de Espíritu y de Verbo en que vivía. Abandonado en carne y alma del Espíritu, siéntese descarnado y sin alma. Suspendido el ósculo personal del Verbo, echa al aire los brazos en busca del Padre. Y percibe el beso frío de las tinieblas.

¿En qué estado se hallaba Jesús ante el lavatorio? Ignoramos lo que su Humanidad padecía con el alejamiento de Dios. No dejó el Unigénito al Padre, por salir de El para nacer hombre. Ni abandonó personalmente el Verbo al hombre para dejarle morir. La Humanidad, a merced de superiores designios, sintióse abandonada de Dios. Sin otro alivio que la queja, plegaria del infinito solo.

El Verbo entró por camino de obediencia al mundo, y en él continuó, para salir también del mundo por obediencia. Entre uno y otro extremo llevó en comunión invisible las dos vidas, divina y humana. «El cual, en los días de su carne, habiendo ofrecido plegarias y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que le podía salvar de la muerte, y habiendo sido escuchado por razón de su reverencia, con ser Hijo, aprendió de las cosas que padeció lo que era obediencia. Y, consumado, vino a ser para to

dos los que le obedecen causa de salud eterna» (Heb 5, 7-9).

Es clara la alusión a Getsemaní. Cristo lloró ostensiblemente por Lázaro y por Jerusalén; mas solo en el Huerto, con clamor y lágrimas, a quien le podía salvar de la muerte. Escuchado por el Padre, en atención a su reverencia filial, vio venir un ángel a confortarle (Le 22, 43). No se libró de la muerte en cruz, ni de la obediencia primerísima que gobernaba sus actos desde la Encarnación. Vióse libre de verla como sola muerte. Entendió sensiblemente el misterio de la Vida a que daba lugar en la cruz. No perdió la soledad. La abrazó doblemente, en espíritu y sentidos, para morir —mediador entre Dios y los hombres— fuera del campamento.

Venía a destruir la desobediencia de Adán con el sacrificio de Sí (Heb 9, 25s). Y adopta el gesto de Isaac para recibir el golpe del brazo paterno. Los criados se quedan a la otra vertiente del monte. La muchedumbre del Calvario no quita la soledad del Padre y del Hijo. Ni la compañía de los ladrones.

Un hilo invisible de oro —el primer latido en acatamiento al querer del Padre— unía el mundo de experiencias divinas y humanas de Jesús. Ninguno de los Doce adivina el sacramento que custodia el Maestro en la división entre el alma y el espíritu.

Si el Salvador mantiene su primera voluntad, igualmente el Padre. Los dos se miran. Uno y otro con ojos de infinito amor. Aunque el uno mira ordenando, y el otro obedeciendo. Atentos ambos al mismo sacrificio. Si más vive el Hijo para el Padre que para Sí, ¿es extraño que más sienta el beneplácito de Dios que el propio sacrificio? Y al revés, si más vive el Padre para el Hijo que para sí. Algo se adivina en Abrahán. Más habría muerto Abrahán que su hijo, si hubiera sacrificado a Isaac. Es ley de amor en lo humano. Y presumible también en lo divino.

En el Verbo hecho carne, nos hiere el misterio del dolor en que voluntariamente se esconde. Jesús sueña en glorificar al Padre por caminos de Pasión. Está bien evocarlo cuando lo mejor de la propia vida se diluye incomprendido. El dolor puro pierde encanto si se contamina.

No sintonizan otros con uno. Bien está. ¿Han de ser igualmente heridos de Dios? ¿Qué sé yo lo que les toca sentir? Ni les envidio, ni entro a juzgarles. Ellos en su casa, y Dios en la de todos. Y yo sereno, por llevarse El lo mejor. No necesito Su presencia visible. Tampoco sé si otras gracias invisibles entran en el orden de la amistad que para mí quiere. Entiendo mis pecados. Y por encima de ellos, que la poca —o mucha— alma que me regaló, El se la lleva. Gocen otros de cuanto gusten, y agraden a Dios. Tengan mayor cielo. Una cosa me interesa: que mi tiempo, mi tristeza o alegría, mi estilo de vida sean Suyos.

El Padre que también comulga con su Hijo, entiende de lejos sus dolores. Desde mayor lejanía que el de la parábola las humillaciones del pródigo. Esta misma noche le dirá Felipe a Jesús (Jn 14, 8s): «Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta. Le responde Jesús: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis aún conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre».

Según eso, Señor, quien te ve triste, ¿ve triste a tu Padre? quien en agonía y sudor de muerte, ¿ve en sudores de muerte al Padre? quien colgado de la cruz, ¿descubre también pendiente al Padre? Y si así no en lo malo, ¿por qué en lo bueno? ¿También el Padre es como los hombres, que se acompañan entre fiestas, y a la hora de la adversidad se alejan?

Los ángeles te bendigan, Jesús, porque en todo lo humano fuiste solo. Singularmente en la penas. La Virgen te bendiga, que hizo posible tanto divinamente ignorado sufrimiento. Puesto a escoger entre la herencia del Padre, y la de la Madre, prefiero la segunda. «Quien te ve triste, ve triste a tu Madre.» Quien conoce a tu Madre, entiende tu tristeza, pues de su carne la recibes. Para las sublimidades de lo divino, imagen substancial de Dios, vives muy lejos de nosotros. Para lo humano, eres retrato de la Virgen. Mas a pesar de sentirte cerca, por venir de mujer, hasta en lo humano te veo siempre solo. Hermano mío y tan lejos; tan igual y tan otro.

¡Qué solo llevas la Pasión! No está eso bien, en ley de hermandad. Sufres por los delitos que de mi carne pasaron a la tuya. Pasen las penas de tu Carne a la mía.

Cambiemos penas con pecados. Dámelas contigo, y ayúdame a sufrirlas. La tristeza al menos de verte sufrir. Lo que en mi debilidad tenga cabida. Eso poco y nada, que yo pueda llevar. ¡Tan lleno de Dios y tan solo de humana compañía!

Mejor me quieres que me amo. Corrige. Haz lo que quieras.

«No es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a nuestro Señor; sino que no se entiende, porque entiende el alma estos misterios (de la Pasión) de manera tan perfecta, y es que los representa el entendimiento y estámpanse en la memoria, de manera que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta no sólo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena, luego acude la voluntad —aunque sea con ternura— a desear servir en algo tan gran merced y a desear padecer algo por quien tanto padeció y a otras cosas semejantes. Y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella... Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que aunque no quiera la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien... Por muchos caminos lleva Dios las almas; mas no se condenen las que no pudieren ir por el de discurrir; ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro bien Jesucristo, ni nadie me hará entender —sea cuan espiritual quisiere— que irá bien por aquí» (Sta. Teresa, *Moradas sextas* 7, 11-12).

5 • «Llegada la hora de su tránsito al Padre» (Jn 13,1b)

¿Anhela subir al Padre por dejar el trato de los hombres? Muy poco creíble en la psicología de Jesús. Aunque vino a los suyos y los suyos no le recibieron, bastóle nacer en establo de bestias para aficionarse a la pobreza y desamparo. Belén pasó, con los ángeles y pastores; mas no la poesía eternizada en el amor de Jesús a los sencillos. Mejor le cantaban los ángeles que en el cielo. Entre dos animales. Acompañado de la Virgen y san José.

¡Oh qué bien llovido de las nubes, en el regazo de la Virgen, y en el pesebre! ¡Qué al alcance de todos! ¡Qué humano, y qué divino! El delicioso encanto de Belén quedóse en la Ciudad de David. Habíanle visto en el regazo de una Doncella más hermosa que los cielos. ¿Habrían los ángeles bajado a cantarle, a no haber nacido en cielo mejor que el suyo?

Nuestros niños perpetúan los gustos de Jesús. Idean atrevidamente el Nacimiento. Ingenieros de montes, canales y puertos, construyen carreteras y ríos y villas... y lo ponen todo en movimiento. Los trenes no traen gente, y corren por correr. Fluyen los ríos para alivio de peces" traídos con el agua. Pastores y pastoras vienen con regalos sin acabar de entrar. Aire, agua, regalos, movimientos, ruido, luces, gente... todo para los tres. A faltar el Niño y su Madre, todo faltaría. Habría un falso ritmo de fiesta. Ciertas cosas, las sabíamos mejor de niños que de mayores. Así la riqueza de Jesús puesto en pesebre de animales. ¿Para qué más? El Niño Dios, creíamos entonces, tuvo que nacer así: centro del amor de todos, en ambiente de universal cariño, más dulce que el mazapán. Sin Heredes. Fuera de las casas de Belén, que habrían malogrado nacimiento tan ideal. Ideal es que el tesoro del Niño sean los pechos de su Madre. Y para cuna esté la paja. Y para trono, el regazo virginal de aquella Doncella tan bonita.

Y, sin embargo, Jesús pasó frío, porque nadie le recibió.

Y nadie, fuera de la Virgen y san José, entró en los secretos del llanto. A perderse fueron las perlas de aquellos ojos. Entre los corderos que el cariño de los pastores le regalaba; uno más, destinado a la cruz. Lo adivinábamos cuando niños, sin pena. ¿Ibamos a llorar porque naciese en Belén para morir en cruz? Así había de ser: Niño en Belén, y crucificado en Jerusalén.

Jesús fue el primero en esconder la amargura del sacrificio. Dulce el Nacimiento y dulce la huida a Egipto y dulce el destierro con la Virgen su Madre y san José.

Y como Egipto, así Nazaret, la luminosa oscuridad de sus años largos. Nunca se dejó ver la Nube de gloria como en los días de Moisés. ¿Para qué? El aparato cedió a la sencillez, la oración, el trabajo... a la sombra del carpintero ignorado de los hombres.

Sobrevino la epifanía del Jordán, y la vida pública de Jesús. Y comenzó el Padre a exhibir por el mundo la hermosura del Hijo. «Lo cual fue cuando, hecho hombre, fue ungido en el Espíritu Santo y ensalzado en lindeza de Dios, por haberse unido con la naturaleza de todas las creaturas en el hombre y la belleza de todas las perfecciones en el Espíritu. Si yo fuera exaltado de la tierra —díjolo a este intento (Jn 12, 32)— levantaré a mí todas las cosas. En el levantamiento de la Encarnación de su Hijo, de la Unción bautismal, y de la resurrección según la carne, no solamente hermosea Dios las creaturas en parte, mas —en la Carne de su Hijo— las deja vestidas de hermosura y dignidad» (cf. San Juan de la Cruz, *Cántico* B 5,4).

La complacencia del Padre en la lindeza de la Humanidad de Jesús esconde, a nuestro modo, cierta envidia. El Verbo la poseía —la Carne— en persona. El Padre quiere acogerla en Su regazo, extendiendo a ella la comunión de gloria. El apremio de Dios contrasta con el ansia de Jesús por continuar sus días entre los hijos de los hombres. No se hallaba tan mal. Había enfermado de amor. A ratos sentía mucho frío. Mas no entre los que Le amaban. Su Madre valía por todo el cíelo. Y estaban los amigos de Betania, y los Doce por El escogidos. Amigo de sus amigos, ¿cómo abandonarlos?

Jesús tenía doble patria, como Hijo de Dios e hijo del hombre. Por lo uno, Padre más que patria. Por lo segundo, valle de lágrimas, región de ternura, destierro de peregrinos. Los ángeles no lloran, porque miran de continuo el rostro del Padre. Lloramos los hombres, porque desde aquí no vemos nada. Entre los ángeles habría aprendido Jesús a volar, mensajero de alegría para los hombres; a remover aguas que sanasen enfermos; a traer alivio en cáliz celeste.

Unido a los hombres gustó, en cuerpo y alma, el anónimo de humilde familia. Fue la gran victoria nuestra sobre Dios. Haberle traído, por medio de Nuestra Señora, a carne tan débil como limpia, y a confundir debilidad y pureza, amor y sacrificio. Haberle ganado para un régimen amable sobre el amor de los ángeles. Y hecho gustar, entre delicias virginales, las humanas miserias.

De esta suerte hecho carne en la persona del Verbo, hízose el dolor tan divino como el amor mismo al Padre. Y con el dolor, las mejores experiencias humanas. Débil con debilidad exenta de delito; allanado sin pudor a nuestra naturaleza, a fin de perpetuar, sobre todo ensueño, el memorial de la cruz.

La firmeza del sacrificio del Altar se funda aquí. Mal disimulado como lo demuestra el evangelista, al denunciar en Jesús las prisas de última hora. El lavatorio y la Eucaristía los precipitó la fiebre. Jesús calculó mal. Llegó a la muerte sin tener de qué morir. Sin nada que pudiera dar. La cruz no había de sorprenderle en vida, sino muerto ya en sacrificio para los días del Testamento Nuevo.

6 • «Llegada la hora de su tránsito al Padre»

(Jn 13,1b)

Pascua en hebreo significa «tránsito». La de Israel, en su salida de Egipto, figuraba el tránsito de los creyentes —peregrinos de Dios— a la Tierra que mana leche y miel.

Todos tienen su pascua. Unos la toman por distracción, y acaban por cansarse de ella. Los Israelitas la hicieron del mar. Lo pasaron a pie enjuto; y, a vista de los ejércitos de Faraón anegados en las aguas, aplaudieron a Dios. A poco, se cansaron de aquel «tránsito», y habrían vuelto a Egipto, a no haber mediado Moisés. Yo tengo muy poca devoción a los que tanto blasonan de liturgia pascual, y se estabilizan en la Pascua. Viven sin pasar. Hacen vida en el puente. No temen las aguas del rio. Itinerantes de solo camino, sin otra patria, no suspiran por la ciudad; no la quieren. Así ven a Dios los que le quieren lejos, inasequible, sólo bueno para punto de referencia. Los que suspiran por El y lloran falsas lágrimas, cuando seguros de tenerle aún lejos.

¡Todo menos eso! Por ser cristiano y peregrino igual, viva uno siempre con lágrimas, evocando la hermosura de Dios: suspirando por dormir al exilio y despertar a El.

Si de ti me olvidare, dulce Jerusalén
eternamente, y en tu ausencia
cantare,

la mano el son olvide,
que tal cautividad lágrimas pide.
No es justo que se diga
que yo tuve jamás otro contento
entre gente enemiga,
qüe, preferida a todo sentimiento,
principio de las mías
serán, Jerusalén, tus alegrías.

El Verbo no rompe la comunión con el Padre. Huelga el tránsito cuando el Mediador es patria. Camino a Emmaús dieron los dos con el que llevaba al Padre, y le siguieron. Y se decían (Lc 24, 32): «¿No estaba nuestro corazón que ardía dentro de nosotros cuando nos hablaba El en el camino, abriéndonos el sentido de las Escrituras?».

«Ha de advertir el alma en esta quietud que, aunque entonces ella no se siente caminar ni hacer nada, camina mucho más que si fuese por su pie, porque la lleva Dios

en sus brazos; y así, aunque camina al paso de Dios, ella no siente el paso; y aunque ella misma no obra nada con las fuerzas de su alma, mucho más hace que si ella lo hiciese, pues es Dios el obrero. Y que ella no lo eche de ver no es maravilla, pues lo que Dios obra en el alma a este tiempo no lo alcanza el sentido, por ser en silencio; según el Sabio, las palabras de la sabiduría óyense en silencio (Eccli 9, 11; Jn 9, 17). Déjese el alma en las manos de Dios y no se ponga en sus propias manos, que, como esto sea y ella no ponga las potencias en algo, irá segura» (San Juan de la Cruz, *Llama* 3, 67).

Dios gobierna así a los íntimos que viven en el mundo, sin ser de él. Allegados al Padre, por el Camino que lleva a El, no transitan hacia el mundo, que desprecian, ni hacia el Padre. En comunión con Cristo, escondido ya en Dios, viven la Pascua anhelada por el Maestro, a merced de ligeros vaivenes de superficie, que no interesan el espíritu.

«Pues no quiero ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados con Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron un mismo manjar espiritual, y todos bebieron una misma bebida espiritual, como que bebían de una Piedra espiritual que les seguía; y la Piedra era Cristo. Sin embargo, en la mayor parte de ellos no se complació Dios, pues quedaron tendidos en el desierto» (1 Cor 10,1-5).

De sólo pensar que pude haber sido israelita de aquéllos, me entra un sudor frío. Suspiraban por Egipto. Nunca entendieron los planes de Moisés, y menos los de Dios. Amigos de lo visible, a Dios le querían ídolo; y las cosas de Yahvé, a imagen y semejanza de las que en Egipto dejaron. Soñaban adueñarse del mundo, al estilo del Faraón. Que Yahvé se aviniera a ello, y la Tierra de promisión fuese su cielo. Dios les alargaría la existencia a la medida de sus deseos; y morirían, hartos de vivir terrenamente la Tierra.

Horrible, servirse de Dios para olvidarse de El y vivir a su propio antojo. Tener tan a la mano al Señor e ignorarle.

No así, Dios mío. ¿Qué me importan todas las Tierras de promisión? Sea yo agradable a tus ojos, y lléveselas Israel con Jordán y todo. No quiero otro paraíso que Yahvé. Espacio tan espacioso, sencillez soberana e inmensa, para quien entró en los gustos de El. Tiempo sin tiempo para olvidar los humanos, y sentir el instante gozoso fuera de sentidos. Si aun a la vista ofrece más campo la fe que las luces de Israel y Egipto, ¿qué será el mundo de armonías y fragancias, los toques de exquisito deleite, escondidos en la Carne de mi Señor?

Otros tendrán sus ensueños. Uno en que me sorprendo con frecuencia es este de abrazar el Cuerpo de Jesús, e introducir mi cabeza entre sus pechos y sobre ellos dormir. Envidio a san Juan al pie de la cruz, a punto de recibir con ayuda de los piadosos varones los miembros del crucificado. Acecho el instante del menor descuido y movimiento para besar sus llagas. ¡Oh miembros purísimos, que no pude a mi gusto palpar ni besar en vida! ¡Qué dulzura, Dios mío! Tiernos como los de su Madre.

'Deja blanduras, que nada enseñan. No eres mujer'. No me lo dirán ángeles, envidiosos de tocar a Dios. Malo y todo, saque yo tiempo para palparle, y aprender con los cinco sentidos —y mucho con el tacto— la Humanidad de mi Señor. «Señor, si tú te lo llevaste, dime dónde le pusiste, y yo lo tomaré» (Jn 20, 15), para llevármelo adonde le posea.

A los débiles conviene la debilidad de Dios. A quienes otra cosa no pueden, meter el dedo en Sus llagas, y aprender con las manos la suavidad y hermosura de Sus miembros divinos. ¡Qué feliz sería uno si lograra a solas en el Jardín de José de Arimatea, lo que en el Cenáculo avergonzaba a Tomás!

«Comunícase Cristo en la interior unión a uno con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare. Llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el Hijo regala y engrandece al discípulo, que se sujeta a él verdaderamente para engrandecerle, como si fuera su siervo y él fuese su señor; y está tan solícito en regalarle, como si él fuese su esclavo

y él su Dios. ¡Tan profunda es la humildad y dulzura de Jesús! Porque en esta comunicación de amor en alguna manera ejercita aquel servicio que dice en el Evangelio hará a sus escogidos, a saber (Le 12, 37): 'Ciñéndose, pasando de uno en otro, los servirá'. Y así, está aquí empleado en regalar y acariciar a uno, como la madre en servir y regalar a su niño, criándole a sus mismos pechos. En lo cual se echa de ver la verdad de aquello de Isaías: 'A los pechos de Dios seréis llevados, y sobre sus rodillas seréis regalados' (Is 66, 12)» [San Juan de la Cruz, *Cant.* B 27, 1].

7 • «...la hora de su tránsito al Padre» (Jn 13,1b)

Las almas conocen su Pascua: el tránsito de Dios por ellas. «Otro día estaba nuevamente Juan (Bautista), y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús *que iba de paso* (les) dice: He ahí el Cordero de Dios» (Jn 1, 35s). Jesús caminaba, e iba solo. El Bautista, fijo, hablaba con dos de los suyos.

Le bastó abrir los ojos para que les llamase la atención. ¿Era en tiempo de Pascua? No pudo haber otra mejor para los tres. *El tránsito* de Jesús. «Ved ahí el Cordero de Dios.» Ese que pasa por ahí, esta de tránsito —a través del sacrificio— para su Padre.

Ellos dos no le dejaron pasar. «El les dio a conocer su mansión, y se estuvieron con El. ¡Qué feliz día pasaron, y qué noche tan deliciosa! ¿Hay quien nos diga lo que oyeron de boca del Señor?» (San Agustín. *Tr. VII in Joh 9).* Los más descuidan el momento. Jesús llama una y otra vez. Hijo de buena Madre, no insiste, y se retira. Llamó al joven rico. Se le entristeció, y fuése Jesús a llamar a otros. Triste el joven, y más triste Jesús, porque perdió al joven.

Los ciegos y tullidos del Evangelio sabíanle accesible: «Maestro Jesús, ten compasión de nosotros» (Lc 17, 13).

Desde la miseria llamaban a la misericordia. No gana El por curar miserias. Ni llama a los hombres para ser Verbo de Dios. En nuestro siglo peregrina también, como ante Juan. Otros pasan con ruido. El en silencio. Y se deja sentir.

Yo hablo en alta voz. El, calladamente, enseña más. Yo hablo por sonidos que se van. El se insinúa con heridas de temor interno. Sea El quien imprima en vuestro corazón lo que a su paso enseña. Cristo se esconde con la fe, y ninguno como El acierta a enseñar (cfr. San Agustín *Serm.* 102,2).

Conviene entender los hábitos del Nazareno. No anda por andar. Ni camina por sólo peregrinar como judío errante. Hizo caer el sol ante los dos de Emmaús, para cenar con ellos. Y se disponía a comer para cenarlos de Sí, y obligarles a desandar el camino. ¡Oh quién perdiese la de Emmaús, para gustar la Cena que recrea y enamora!

Algunos imaginan al Señor lejos, por glorioso, de humanas tristezas. Como si para solos deleites le valiera la carne tomada de la Virgen, y vestida de Dios. El que le resucitó de entre los muertos le tornaría tan poco humano como excesivamente divino: sin lo enfermo y tierno que hace el mejor encanto de Jesús. Olvidan el almuerzo improvisado a orillas del Tiberíades, y el diálogo —emoción y tristeza— que a él siguió.

¿Dónde está el misterio del Cenáculo sino en la Cena? Y si en la Cena, ¿en la que instituyó para siempre, o en la que fue para no ser? Ya que resucitó a la eternidad de Dios, no hagamos pretérito del presente, ni quitemos embrujo a lo que por él instituyó para alegría nuestra.

Dice el Señor «en el Apocalipsis: 'Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré yo, cenaré con él, y él conmigo' (3, 20). En lo cual da a entender que El trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que El mismo goza. Los cuales, uniéndose El con uno, se los comunica para gozo también de él. Eso quiere decir 'yo cenaré con él, y él conmigo'. Y así, en estas palabras se da a entender el efecto de la divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma esposa,

comunicándoselos El graciosa y largamente. Por donde El mismo es para ella la cena que recrea y enamora: porque en serle largo la recrea, y en serle gracioso la enamora» (San Juan de la Cruz, *Cant.* B 15,29).

Es fácil hoy traerle al Maestro a enseñarnos por enésima vez el mismo evangelio que declaró a los Dpce. Invitarle a repetir, como el sol, el paseo que le llevó a presencia de Juan; y admitirnos, mil veces fracasado, a la Cena que recrea y enamora. Se contenta con el amor enésimo. Aunque, a su talante.

En soledad vivía,

y en soledad ha puesto ya su nido.

A muchos retrae, para su seguimiento, el odio de los Judíos. Entre seguirle a él, y asegurar la justicia de Israel, los más optan por lo segundo. El descalabro del Viernes Santo lo ratifica.

Parecida actitud cunde ahora. Los ángeles siguen todos, invisiblemente, a Jesús. Y a nadie animan. El Maestro ofrece a los sentidos Su persona, y a la postre el beneplácito del Padre. Ninguna de las dos cosas, de humano peso.

Muchos, por él curados, siguieron otro camino. De hombres es olvidar favores, y no comprometerse. El Maestro perdía amigos según se allegaba a la Pasión. Solo vino al mundo, y solo subió a la Cruz. ¿Fuera meritorio acompañarle, rompiendo su soledad?

Admíteme, Jesús, a ella. Al odio de tus enemigos; al desprecio de tus falsos amigos; a la desestima de Tu persona; a la monotonía de tus días grises. Y no quede esto en palabras. Di con imperio: «Sígueme» (Mt 9, 9). A ti toca, sin pensarlo mucho, arrancar lo más mío. Perdí ya los mejores años. Me avergüenza ofrecerte lo gastado, que nadie quiere; lo que ni yo mismo aprecio. Vuelva el polvo a manos de su autor. Mas no me eches de tu presencia, ni retires de mí tu santo Espíritu (Ps 50, 13).

8 • «Llegada la hora de su tránsito... al Padre»

(Jn 13,1b)

Al cabo de unos años, hay que ceder el sitio a otros, aunque lo hagan mil veces peor. Cumplido el deber pasado, toca observar el presente. Y es, que el de ayer se lo dejes a otro. Y mejor, para evitar malentendidos, que lo dejes. Una cosa es clara. Ese puesto ya no te pertenece según Dios. Acabó tu tiempo. Lo hiciste bien, muy bien. Eso te baste. Si persistes, algunos y aun muchos te aplaudirán. No Dios.

¿Temes caer en el vacío? ¿Te pide el cuerpo trabajar? ¿Quieres ayudar a otros para su bien? Sea todo verdad. Nadie, ni el Señor te lo discute. Pero llegó la hora del tránsito. Recuerda lo del Tiberíades. «Habiendo dicho esto, le dice (Jesús a Simón Pedro): Sigúeme. Se vuelve Simón y ve que le seguía el discípulo a quien Jesús amaba... A éste, pues, como le hubiese visto Pedro, dice a Jesús: Señor, ¿y éste qué? Dícele Jesús: Si quisiera yo que esté quede hasta que yo vuelva, ¿a tí qué? Tú sigúeme» (Jn 21,20ss).

Tú, déjalo. Y si caes en el vacío, inténtalo por amor a mí. Y si no puedes vivir sin hacer algo, pruébame tu amor. Y si deseas ayudar a otros para su bien, hazme bien a mí obedeciendo.

La imaginación agranda las cosas. A todo se hace uno. ¿Vas a hacer la pura voluntad del cielo, cuando el cielo se avenga a ti? 'Las cosas van mal'. ¿Y qué? Entre tantas como nos toca ver, ¿hay dos que vayan perfectamente bien? Es hermoso haber gastado la vida en el servicio de Dios. Y si tanto no hiciste, sacrifícale en afecto todo lo que en futuro pudieras. Hasta la santidad, al margen del beneplácito divino, es indigna del cristiano. Pasó tu tiempo. Llora lo faltado. Enmienda con resignación lo mal hecho, y no quieras ser justo por encima del querer de Dios. Más vale no ser mejor, por santificar Su Nombre. Unos serán glorificados por lo que hicieron. Tú por lo que no hiciste.

«¿A ti qué? Sígueme». Lo evoco para consuelo de quienes dejamos pasar la infancia, la juventud, la edad madura... sin servir a Dios. Y dimos al Señor los restos del servicio al mundo o a nosotros. Aun así, Dios sobre todo.

La infancia tiene singular encanto. E igual la juventud. La infancia y juventud puras. Desde que se perdió el Edén, ¿hay nada comparable al aroma de niños y jóvenes inocentes? La flor que se abre al beso de la aurora. ¡Ah si retuviera uno el brillo de aquellos ojos grandes con que se abría al mundo! Ignorantes del bien y del mal. Ideales como lo salido, en virginidad, de manos del Creador. Ojos de niño en rostro de joven, doblemente puros por la victoria del Espíritu sobre la carne.

El tesoro fue a esconderse en el claustro, entre las vírgenes del Nazareno. Aprecien otros otras hermosuras. Déjenme a mí, para Edén, el espectáculo de las doncellas que escondidamente derraman el buen olor de Jesús. El cielo bajó a vivir en algunos Carmelos. Si lo entendiera el mundo...

La Providencia se nos aparece a los más de otra forma. Jesús pasa de nuevo ante nosotros. Olvidadizo del pasado, invita a lo mismo a que primero invitó. «El tiempo insta y es ya hora de despertar del letargo. Más cerca está ahora de nosotros la salud, que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada y el día se avecina. Lancemos de nosotros las obras de las tinieblas, y revistamos las armas de la luz» (Rom 13,1 lss).

El Señor vive fuera de hora, o hace de la suya algo 'in-transeúnte', hasta que, entrados en ella, a merced ya de El, pueda libre —y meritoriamente para nosotros— conducirnos al Padre. El se arregla para devolvernos infancia, juventud y madurez, y repetirla a Su gusto. La Magdalena conoció la visita del mismo que llamó a los Inocentes. Tan obradora de virginidad en ella, como de inocencia entre infantes. La sola conversión no da la medida del triunfo de Dios. Acentúa la humana ladera. Pues, si perdido el tesoro virginal, perdido queda para siempre, ganado el Espíritu, sellado queda también para siempre.

Dios nos llame antes de haber pecado. Haber ofendido a Jesús no es título para amarle mejor. Quien no Le ofen

dió viviendo en carne, atestigua haberLe de siempre poseído. Gracias a El, ama en inocencia el inocente. Y quiera el Señor asociarse muchos por ese camino. Con El y como El.

Obligados a otorgarle el amor que primero El adelanta, vivirán sin ofensa. Unidos a Su cuerpo, pasarán en El —inseparables, necesarios— a Dios. «Ecce Pascha, ecce transitus. Unde et quo? De hoc scilicet mundo ad Patrem. Spes membris in capite data est, quod essent illo transeúnte sine dubio secutura.» «He aquí la Pascua, he aquí el tránsito. ¿De dónde, y adonde? De este mundo al Padre. En la Cabeza se ha dado a los miembros la esperanza de que, al pasar El, sin duda le seguirán» (San Agustín *In Joh. tract.* 55, 1).

Haya sido o no inocente ayer, mañana, con deseos, soy de El. El me los traduzca en méritos. Será premiar con Cristo a Cristo. Lo puesto por El con la gracia de El. ¿No es ésa su habitual economía? ¿Para qué es Dios, sino para esconderse en uno y premiarse, siempre que lo quiera? Y si al quererlo yo así, muestra quererlo también El, ¿no ha de comenzar El primero? Hasta ahora supo esconderse de otra forma.

«Pues está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento? Porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle. El que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido ha de entrar, y cuando la halla él también está escondido como ella. El tesoro escondido le hallarás cuando, olvidadas todas las cosas y alejándote de las criaturas, te escondas en el interior del espíritu, y cerrando tu voluntad a todas las cosas ores a tu Padre en escondimiento. Escondido así con El, le sentirás en escondido y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con El» (San Juan de la Cruz, *Cántico* B 1, 9).

Hasta en el cielo me gustaría la intimidad y el escondimiento. Allí también buscaré, si puedo, el anónimo. Es demasiado grande el Nombre de Dios; y demasiado pequeño el mío para no conseguirlo.

Asociados a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, sentiremos en comunión con otros, los misterios de la Carne de Jesús.

Mas sin perder, por extendernos a lo grande, las filigranas íntimas que constituyen el mejor —quizás el único— cielo de este mundo.

Otros sentirán devoción por la gloria, a modo de inmensa liturgia celeste. Donde todos cantarán a una, en himnodias sin término, y celebrarán los misterios de la mediación de Cristo, según miran de él al Padre. Si algo no puede ser, para mi gusto, el cielo es eso. Yo no nací para liturgias ni menos para interminables actos multitudinarios.

Amor ('dilectio') es dulce palabra, pero ejercicio más dulce. De él no podemos siempre hablar. Muchas cosas hacemos y nos distraen ocupaciones diversas, que no dejan libre a la lengua para siempre hablar del amor. Mal podría hacer cosa mejor, pero si no siempre es factible, siempre lo es observarla. ¿Podemos cantar de continuo el aleluya? Apenas lo hicimos una hora, y pasamos a otra cosa» (*Tract. VIII in 1 John* § 1). Todo aquí nos fatiga.

«Bienaventurados los que habitan en tu casa. Por los siglos de los siglos te alabarán. Esta será toda nuestra ocupación: cantar sin fatiga el aleluya. No penséis, hermanos, ha de haber hastío. Repetido ahora por largo tiempo el *aleluya* os cansa. La necesidad os aparta del gozo. Mas si tanto agrada lo que no se ve, si tanto alabamos en el exilio lo que creemos, ¿qué será lo que allí veremos? Sumida la muerte en la victoria, vestido lo mortal de inmortalidad, y lo corruptible de incorruptela, nadie se quejará de hastío. La sublime firmeza de allí sostendrá a nuestra carne a merced de la contemplación de Dios. Seremos semejantes a El, porque le veremos como es. Unidos a El, ¿cómo y cuándo desfallecer? ¿Dónde distraernos? No fatigarán las laudes internas de Dios, el amor de El. Si flaqueas en el amor, flaqueas en la alabanza. Eternizado el amor con la hermosura que le alimenta, será insaciable y sin cansancio la alabanza. Alabarás siempre al que siempre puedes amar. Al que siempre, unido, amas.

«Los hombres desean millares de días, y quieren vivir mucho aquí. Yo deseo un solo día, que no tiene principio ni fin. Uno solo, sempiterno, al que no cede el puesto el

de ayer, ni empuja el de mañana. Sea anhelado por todos ese día único» (San Agustín, *En. in ps* 83 § 8 y 14).

«Atravesamos ahora en símbolo con la vida la Cuaresma precedente a la Pascua.. Mas no la vida simbolizada por los Cincuenta días siguientes a la Resurrección. Esa la esperamos. La amamos al tiempo que la esperamos. Amamos con la alabanza de Dios, que tales promesas nos hizo, y se manifiesta en el *aleluya (= Alabad a Dios).* Cantando el aleluya nos movemos a loar al Señor. La armonía de nuestros corazones canta las laudes de Dios. Mas la flaqueza de nuestros miembros agotados nos distrae. Aquí abajo lo más admirable concluye por engendrar fastidio. Los propios días de Pascua nos entristecen, vistos pasar, aun sabiendo volverán otro año...

»Si nos dijeran: Cantad *aleluya* sin interrupción, buscaríamos excusa. Aun eso es de enojo y fatiga. Pero allí ni agotamiento ni displacer habrá». (San Agustín, *Sermon* 243 § 8). Nadie nos diga cómo será aquello. El Unigénito de Dios que de allá vino, El nos lo dijo. Será como El.

9 • «Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo» (Jn 13,1c)

Jesús amaba extremadamente a los suyos. 'Medida' personal del Padre inmenso, lo hacía todo fuera de medida, sin otros límites que los de Dios. Esto declara multitud de cosas. Las acciones del Señor se nos escapan. Quien toma el agua con las manos la pierde. No contento con ver el mar sin riberas, quisiera uno para medirle perderse en él.

Al mar le mide el Creador, poniéndole fronteras. A Cristo le define con las riberas humanas del Verbo. San Pablo trató de señalarle cuatro dimensiones. Inspirado tal

vez en las de la cruz, echó mano de la fe para dar rienda suelta a divinas fantasías: «Para que os conceda (el Padre) —dice (Ef 3, 16ss)— según las riquezas de su gloria, que seáis firmemente corroborados por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, enraizados y cimentados en la caridad, a fin de que seáis capaces de comprender, con todos los santos, qué cosa es la anchura y longitud y alteza y profundidad, y de conocer, cosa que sobrepuja todo conocimiento, la caridad de Cristo, para que seáis colmados de toda plenitud, cuyo blanco sea la plenitud de Dios». Y enseguida (Ef 3, 20s): «Al que es poderoso para hacer sobre toda medida con incomparable exceso más de lo que pedimos o pensamos, según la potencia que despliega en nosotros su energía, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús...»

San Pablo apunta a los fieles el modo de medir, con ayuda del Espíritu, el misterio de Cristo. Multiplica expresiones de plenitud, como quien dibuja los límites de Cristo. San Juan en cambio presenta con sencillez el simple ejercicio de Jesús, Medida personal del Padre. Anota el acto externo; su congénita manera de vivir. Extremo él, extremaba cuanto hacía. Durmiese, comiese o hiciese camino, ¿podía esconder su condición de Verbo?

Quiso Juan advertir una cosa. El personalmente sumo, al término de la vida, se manifiesta sumo 'in forma servi', en apariencia de siervo. Tan infinito en lo servil como en lo personal.

A quienes deja en el mundo, no se aviene Jesús a abandonarlos sin testimonio de un amor grande. A título de Logos, podía concebir uno que igualara ausencia y presencia: ausencia en el aparecer, y presencia en el ser. Yendo a Dios, sin apartarse de ellos. En tránsito al Padre por un camino que le dejara entre los Doce. La Eucaristía resuelve extremos. Dios se va sin ir. Y viene en ayuda de la nostalgia propia y de la Iglesia: de la propia, que echa en falta a la Esposa; de la Iglesia, que moriría sin Esposo. Jesús, en el mundo, está como los brazos de la cruz, entre el cielo y la tierra. ¿Por qué no juntar ambos términos, al margen de los sentidos, y en comunión real?

«Si el mundo os odia, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya. Como no sois de él, sino que os saqué yo de él, el mundo os odia» (Jn 15, 18). En vez de extrañar injusticias y vivir entre quejas, resignaos a lo peor. Así se hizo con el Amo, y así harán con el servidor.

El Salvador ama también a los suyos que viven en el cielo; a los ángeles. Mas no como a hermanos. «Jamás tomó naturaleza de ángeles; asumió la simiente de Abrahán. Por eso debió en todo asemejarse a sus hermanos, a fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Ya que, por haber él mismo padecido y experimentado tentaciones, puede también dar la mano a quienes las sufren» (Heb 2, 16ss).

Sólo requieren médico los heridos de Dios. Y su medicina, igual que el mal, les viene de arriba. Ni los ángeles enfermaron de Dios, ni valen para medicinar hombres de ese mal. La fe en lo divino, y la visión en lo sensible le traen. Algunos le llamaron herida o llaga. Es cosa tan vieja como la Esposa de los Cantares. «Me han encontrado los guardianes que rondaban por la ciudad, me han golpeado, me han herido; se fueron con el manto de sobre mí los guardas de las murallas. Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si halláis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que estoy enferma de amor» (Cant 5, 7).

«En este negocio de amar hay tres modos de penar por el Amado. La primera se llama *herida,* la cual es más remisa y más brevemente pasa. Y de esta herida —que aquí llamamos también enfermedad— habla la Esposa de los Cantares. La segunda se dice *llaga,* la cual hace más asiento en el alma, y por eso dura más, como herida vuelta llaga; con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor. Y se hace mediante la noticia de las obras de la Encarnación y misterios de la fe. Las cuales hacen mayor efecto de amor. De ella habla el Esposo de los Cantares (4, 9): 'Llagaste mi corazón en el uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello'. El ojo significa aquí la fe en los misterios del Esposo, y el cabello el amor. La tercera manera de penar en el amor es como *morir,* lo cual

es ya como tener la llaga afistolada, hecho ya uno todo afistolado, como quien vive muriendo hasta que matándole el amor le haga vivir vida de amor transformándole en él. Y este morir de amor se causa en uno mediante el toque de noticia suma de la Divinidad (escondida en Cristo), y es 'el no sé qué que quedan balbuciendo'. El cual toque no es continuo ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo; mas pasa en breve. Y así queda muriendo de amor, y más muere viendo que no se acaba de morir de amor» (San Juan de la Cruz, *C□ntico* A 7,2ss).

Sólo en el mundo se dan las tres formas de sufrimiento, por herida, llaga y morir. Tanto más graves, cuanto más lejos viva El. Las sufrían algunos justos como Abrahán, y los grandes amigos del Verbo. «Si hubieras tú estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano». Así una hermana (Jn 11, 21), y así otra (Jn 11, 32). Decíanlo suavemente quejosas de Su lejanía en el peor trance. Jesús, culpable de la herida, de la llaga, y de la muerte.

La ausencia de Jesús vale la vida a sus amigos. Presente El, los consume de amor. Ausente, los consume también. Ni Lázaro ni sus hermanos gozaron ni sufrieron tanto, como a partir de la primera visita del Maestro.

Di que ni la herida ni la llaga ni siquiera la muerte es para muerte, sino para vida. Entendámonos: para vivir muriendo aquí. Mas lo de allí lo creo, y lo de aquí lo siento. Sea, y mil veces, antes de volver atrás del conocimiento de Jesús.

De esta suerte arrastran la existencia aquellos en quienes es glorificado el Hijo del Hombre. Llagas o heridas o trances de muerte les alientan a sostenerse en el gemido que une como hilo de sangre sus penas.

Señor, elígeme para vivir siempre así. Como vivías Tú del Padre, cuando le sentías lejos. Por tales enfermos se quedó Jesús, e hizo tantos extremos de amor.

10• «Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo» (Jn 13,1C)

Peregrino es el que «no sabe siquiera las cosas ocurridas en Jerusalén», las jornadas más grandes de su historia (cf. Le 24, 18). El que vive tan lejos de Sí, que aparenta ignorar a los tres días, haya sido crucificado entre escarnios, a la faz de todo el pueblo.

A su imagen y semejanza peregrinos son «los que, con tener mujer, viven como si no la tuviesen, lloran como si no llorasen, huelgan como si no holgaran, hacen compras como si nada poseyeran; los que gozan del mundo como si no gozasen de él» (cf. 1 Cor 7,29s).

Recibir a un huésped es recibir un compañero de viaje, pues todos somos viandantes. En su mismo país, en su casa, el cristiano de verdad tiénese por peregrino. Nuestra patria está en el cielo. Sólo allí no seremos extraños. Aquí lo es todo el mundo, dentro del propio hogar. Has de pasar y eres huésped. Nadie se llame a engaño. Quiéralo o no, aquí es uno forastero. El padre deja la casa a los hijos. Alojado un tiempo en el mesón, has de hacer sitio a otros. Igual te ocurre en casa. Se fue tu padre para darte lugar. Irás tú para hacerle a tus hijos. Ni tú estás de asiento, ni lo estarán quienes vengan después. Ya que todos pasamos, hagamos obras que no pasen. Las hallaremos, cuando hayamos pasado al término de donde no se pasa. Cristo las custodia. No temas perder lo que das. El te lo conserva. No temas el sacrificio de tu vida. Le encontrarás, en vida de cielo donde ni sea sacrificio ni pase. Mira las medidas del que cabalga, como caballero de la vida y muerte, sin otro tránsito que al Padre. Ni El, tránsito, ni en el Padre, tránsito a otro. Hecho Verdad y Vida (cf. San Agustín, *Serm.* 111,2).

De estos peregrinos que todo lo dejaban para encontrarlo en las Manos de Dios, eran los grandes Justos de ambos Testamentos. «Todos los cuales vinieron a morir en su fe, sin haber recibido los bienes de que les habían

hecho promesas, contentándose con mirarlos de lejos y saludarlos, y confesando (al propio tiempo) ser peregrinos y huéspedes sobre la tierra. Quienes hablan de esta suerte, dan a entender que buscan patria, y aspiran a otra mejor que la suya propia de donde salieron en busca de la celeste» (Heb 11, 13 ss).

¿Eran los Doce para Jesús símbolo de los grandes peregrinos? A no estar entre ellos Judas, tal vez sí. Los deja a poco, en soledad, por no ser del mundo; y, al parecer, a merced del mundo. Percibe en oleadas de cariño la experiencia de los años vividos en su compañía. El se da por devuelto al Padre. Pero, ¿los Doce?

Aquí estuvo la delicadeza de Jesús. Los amó hasta el fin, de un extremo al otro del mundo. Por indefensos extremó su custodia, en vísperas del tránsito al Padre. No ama así a los Escribas y Fariseos vividores del mundo. Ellos se amparaban y hacían de Yahvé su Dios, distraídos con el mundo.

Los judíos no merecen las filigranas de la Pasión de Jesús. Ni las delicadezas del amor perpetuado sin término. Ellos le dieron muerte, para perderle de vista. Dándole por muerto y sepultado, ignoraban la perpetuidad de Jesús redivivo, en cuerpo y alma; y su inacabable humana presencia en la Eucaristía.

El cariño de Jesús a los Doce tenía mucho de entrañable afecto de Hermano a hermanos. Compasión por defenderles del mundo difícil en que los abandona; y muchísima nostalgia.

Para todo hay tiempo en la hora del tránsito al Padre. Para el amor débil y para el fuerte. Para las efusiones humanas y para las divinas. Para asegurarles, con ayuda del Padre, su asistencia por los siglos de los siglos. Dios no improvisa a merced de los acontecimientos. Son ellos los que obedecen a su Palabra. El que Jesús se deshiciera en acentos de inefable ternura, no estorba para que tuviese el cielo detenido a su talante. El sol aguardaría a salir, mejor que al mandato de Josué. Las doce horas de la Pasión envolverían a los Doce, cuando se lo permitiera El.

El Maestro olvida su actitud de otros días, frente a los judíos. No se fiaba entonces, porque los conocía a todos y

no necesitaba que le testimoniara nadie sobre hombre alguno, pues sabía muy bien lo que hay dentro de cada hombre (cf. Jn 2,24s).

Ahora se abre confiado a los discípulos, momentos antes de su total defección: «Esto os lo dije para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas, y vendrá tiempo en que quien os diere muerte se persuada de hacer obsequio a Dios. Y os tratarán de esta suerte, por no conocer al Padre ni a mí... Mas ahora voy a aquel que me envió» (Jn 16, lss).

Si para ganar el afecto de Jesús fuera menester vivir en inocencia, a los pecadores nos faltaría consuelo. Las negaciones de Simón vinieron después. Muchas veces hace el pecado «peregrinos», y aun «enfermos» de Dios, a quienes no hizo la firmeza y seguridad de sí. Llévense otros la justicia del Fariseo ayunador y santo oficial.

El fruto del hombre es el pecado. El del justo, las lágrimas del pecado. Si no se adelanta Dios a hacerme llorar, el alma es igualmente seca y dura en el publicano que en el Fariseo. Otros repartirán pecados donde les gusten. A mí todos me disgustan. Y las miserias del publicano también. Ofendió a su Dios.

Deja, pues, sentir tu mano, Jesús, para sostenerme, si algún día me toca vivir extremos de odio, para los que no tengo fuerzas, y caigo en desolación y cansancio. No me descuides. Olvida mis ingratitudes. Mira mis deseos. Anótalos como deseos. Yo soy el que no quiero ser. Tú ve en mí, por misericordia, al que yo quisiera ser. Y anda a ver si descubres en mi vida algo de más hondura y persistencia que tu afecto. El que tú me tienes. El que tú pones en mí. ¿Cuándo y a quién amé como a ti, ni derramé tan dulces lágrimas como por tu Madre? Si eso no vale, ¿han de prevalecer deseos y obras, mucho menos míos? Tú eres la Medida del Padre, y no mides así las cosas. ¿Qué logró distraerme de ti? Tú sabes que nada. No que te haya amado con pureza. Pero bien o mal, con nubes o sin ellas, tú solo entrabas en mi interior.

«Entre todos los deleites del mundo y contentamientos de los sentidos y gustos y suavidad del espíritu, cierto, nada podrá sanarme, ni satisfacerme. Y, pues, así es, 'acaba

de entregarte ya de vero'. Quien ama de veras no puede querer contentarse hasta poseer de veras a Dios. Todas las demás cosas no solamente no le satisfacen, mas le hacen crecer el hambre de verle a El como es. Y así cada visita que del Amado recibe de conocimiento o sentimiento u otra cualquiera comunicación son como mensajeros con noticia de quien El es, y le despiertan más el hambre, como migajas suyas» (San Juan de la Cruz, *Cántico* A 6, 3s).

Las tinieblas de ahora explican la dispersión de muchos que no te aman; y las continuas leves distracciones que padecen los que tú llagaste. A nadie, Señor, doy lecciones, ni quiero justificar mi tibieza. Restados —de mi existencia— pensamientos, ilusiones, conatos, vivencias en torno a ti, se quedaría en nada. Lo no tuyo llena sólo mis horas de sueño y de loca distracción. Eres demasiada Verdad para no ver que, aun en mi ninguna verdad, lo único verdadero es tu amistad; con el vigor que otros, mejores que uno, pusieron fuera. Ni me alabo ni condeno. Digo lo que hay, para consuelo de los que son como uno.

Hiéreme el nervio de Jacob, y mueve los pasos de la nueva vida. Herido, no podré caminar como antes. Habríame gustado verte, glorioso, caminar sobre la tierra con las llagas abiertas. ¿Dijo san Lucas que el 'peregrino de Emmaús' cojeara sensiblemente, mientras les explicaba a los dos las Escrituras? En los planes de Dios entra caminar disimuladamente sobre llagas, manejar las dos manos rotas, y respirar con el pecho abierto sin dolor ni fatiga.

11. «Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas... el designio de entregarle» (Jn 13,2)

San Juan introduce al lavatorio con solemnidad. La humillación del Maestro le evoca por contraste su Majestad. Ni la sencillez del acto le distrae del drama íntimo de Judas. Receloso, o punto menos, de que las generaciones cristianas olvidasen extremo tan fino de amor —silenciado por los demás evangelistas— insinúa los datos precisos: uno exterior, para situarle en el tiempo ('terminada la cena'), dos invisibles, para la contemplación ('cuando ya el diablo...' y 'consciente Jesús de que el Padre...').

A los contemplativos les hiere lo que cae fuera de los sentidos. «Y así ponen la mirada en las cosas invisibles, no en las visibles. Pues las que ven son transitorias; mas las que no se ven son eternas» (2 Cor 4, 18). También entonces era eterna la pugna de dos ciudades, el drama de dos espíritus encontrados que hacían el lavatorio doblemente simbólico: los designios de perdición del discípulo, y los de Salud con que el Hijo se entregaba a expensas de la propia Majestad divina.

No hay en el mundo misterio más hondo. Es lo único grande que encubren las cosas transitorias. El triunfo del Espíritu, en Cristo, a costa de la propia muerte según la carne; o la victoria del «mortal enemigo de natura humana».

De lo transitorio es fácil distraerse. Visible, pasa como la figura del mundo. También es fácil olvidar lo eterno. Alma de lo visible, no solicita la atención de los sentidos. Otro es su mundo. Y ocurre una paradoja. El Camino se pierde en el Camino; la Verdad en la Verdad y la Vida en la Vida. Bastaría sensibilizar lo invisible, con el vigor con que el Hijo se deja ver del Padre, para ir espontáneamente por él.

A través de lo transitorio sin negarle propios colores se descubriría lo eterno. ¿Son tan ciegos los santos que no ven la hermosura de la Creación? La ven y la gozan, y con su ayuda penetran la superior escondida a sentidos. Descubren nuevos colores, nuevos matices, nuevas hermosuras... y entran por la Creación en el Camino personal hacia el Padre.

Lo limpio es para los limpios. Lo hermoso para los hermosos. Lo santo para los santos. Y la flor de la pureza y hermosura y santidad, para los heridos de Cristo, Camino en todo al Padre. Sigue empero inseparable del que la tiene. ¿Qué entiende el ciego de nacimiento, de los esplendores descritos por el que ve? Así Judas ante Jesús. Veía lo transitorio, desde su ceguera. Dejaba pasar lo eterno de Jesús. En el diálogo de unos hombres con otros hay un mundo de experiencias, comunes a todos. Experiencias de sentidos. El hombre de Dios vive otras dimensiones para las que no encuentra versión posible. Debe quedarse en palabras, sin defensa contra los más. Y, a la postre, pierde. Lo que los más no ven, no es. 'En lenguaje de sentidos' no es. Toca a los justos callar resignadamente. El justo vive de la fe. Así vivieron los santos como Abrahán.

¿Es esto para volverse uno triste? La dimensión de la vida cristiana caiga sobre la fe, en este mundo, y sobre la visión en el otro. El régimen actual, vivido en esperanza, anuncia para siempre solas alegrías. La fe es oscura, por excesiva luz para sentidos. Vivimos, a merced de terrenas limitaciones, el Mensaje que del seno de Dios trajo el Verbo. Demasiada Vida, sólo asequible en la región misma de Dios. Mejor así.

Los títulos actuales de tristeza son motivo de alegría. Y no hay por qué remitir todo lo alentador para después. Puede uno adelantar delicias ciertas. Más felices son los novios antes de las bodas —con su amor y fantasía en ejercicio— que después. Tampoco vale recelar en nuestro caso, de las bodas. Sé cumplirán colmadamente. Razón de más para saltar de júbilo ante el gozo presentido del Señor. Las flores se abrirán, y el hortelano, hoy distraído junto al jardín de José de Árimatea, vendrá a diálogos eternos con los que ayer lloraban.

La dispensación de la humana Salud está encomendada a Cristo. No nos preocupe la victoria de su Mediación. Tan firme en su eficacia, como el nudo personal entre Dios y el Hombre. A nadie le preocupa el sol. A ninguno debe preocupar la Mediación de Cristo. Eso le incumbe a El. Y como hizo lo primero, lo segundo y lo tercero, según los designios del Padre, hará también lo último: la Salvación de los elegidos. A nosotros toca vivir desde hoy el contento de la futura posesión. Por dos motivos: de absoluta fe y confianza en Cristo, Mediador ideal, y de comunión —por encima del tiempo— en la Gloria de Cristo, anticipadamente lograda como nuestra.

Que la alegría se extienda ya ahora a nuestros huesos humillados, importa poco. Quien tiene lo más, puede prometerse lo menos. Sería ruin aguardar a tener lo menos —por de uno— para gozarse de lo más.

Más increíble que poseer en carne para siempre a Dios, es haberle crucificado en carne. Esto lo vimos en Jerusalén. Y lo atestiguaron sus enemigos. ¿Hay mayor prenda ya para lo menos?

12. «Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas... el designio de entregarle» (Jn 13,2)

Hasta allí la figura. En adelante la verdad. Con la cena del Cordero anticipada por Jesús había terminado la Ley. Ahora inicia el Evangelio. Hubo de «levantarse de la cena» para el lavatorio (Jn 13, 4). Y como la legal transcurría en pie —según prescripción del Exodo (12, 11)— llevaría el Señor recostado el tiempo de la cena ordinaria.

Acabada también ella, y antes de iniciar la sobremesa,

con las efusiones de Jesús, pasó el Maestro a lavar los pies a los Doce.

En la mesa quedaban pan y vino. El pan que había de repartir con Judas, en señal de su traición (Jn 13, 26); y el que había de convertir en Su cuerpo bendito, signo de su «entrega amorosa» al Padre —en sacrificio— y a la Iglesia —en sacramento—. Tal vez el mismo pan de que gustó el Iscariote, fue después consagrado con el vino. En noche de tantos misterios, y tan encontrados, sería uno más, en consonancia con el de la humana predestinación. ¿Pues qué? «¿No tiene poder el alfarero para de la misma masa hacer un vaso para usos de honra y otro para empleos viles? Y si Dios, aun queriendo ostentar su irá y manifestar su virtud, soportó con mucha longanimidad a los vasos de ira dispuestos para la perdición; y para manifestar los tesoros de su gloria (quiso usar de misericordia) sobre los vasos de misericordia, que de antemano se había preparado para la gloria... (¿no lo puede hacer?)» [Rom 9,21ss].

A Jesús le acompaña el misterio, en sus dos vertientes divina y humana. Ignorantes los Doce de tanta hondura, son asociados a la gloria del Hijo. La sencillez de los elegidos no se pierde en misterios. Lo hondo queda para Dios y para su Verbo. Alegra a quienes bien se quieren, ser uno amado con filigranas hasta cuando vive descuidado de sí. Sentirse bañado en amor, por persona de gran hermosura y perfecciones. El que pierde en tales lides, se reconoce gustosamente vencido. Y quisiera devolver en puro amor la victoria ajena, para no quedar siempre a deber. Mejor se siente esto que se dice. Los que humanamente ocupamos el centro de corazones purísimos, sentimos esta dulzura, y la pena de perder siempre. A Dios pido corrija tanta diferencia.

Doy gracias a Dios, porque colocó en mi camino almas hermosísimas, ángeles más que hombres, para amarme purísimamente y animarme a vivir —en régimen de igual pureza y amor— sin mendigar afecto a otras creaturas. El Señor las puso para quererme, y a mí para quererlas. Ellas pierden por amarme. Yo gano por dejarme querer. Todo lo hace el común amor a El, vínculo de afectos tan celestiales como humanos.

Judas buscaba a su modo la justicia. Y no la encontró. Dieron en cambio con ella los demás discípulos, amigos del Amor de Dios. «Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, icuán incomprensibles son sus juicios, e inapelables sus caminos!» (Rom 11, 33).

Dios bueno, haz de mí monumento de misericordia «según la muchedumbre de las tuyas infinitas». No permitas que me aparte de Ti. «El corazón contrito y humillado no lo despreciarás» (Ps 50, 19). Antes de caer en gloria vana. Hasta que guste, Dios mío, de gloriarme, con miserias y todo, en el Nombre de tu Hijo.

En las sobremesas, el ágape se vuelve confianza, intimidad o desenfreno. En el Cenáculo hizo Dios el ágape, y como Dios es amor, hizo el Amor amor, extremándose a sí propio. Así inauguró, terminada la cena, el Agape que continuará en el reino. «Yo os digo que ya no le comeré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios» (Lc 22, 16).

Aquella cena no reveló aún todo el misterio. Era todavía de noche, y las tinieblas ocupaban gran parte del mundo. No basta que Dios sea Amor, y sume al suyo el ágape de los Doce. Estaba por venir el Calvario. Dejado a su talante, el amor puro se eterniza en Dios. Luminoso y lleno de gloria en el Padre, reverbera con el Verbo en el Espíritu. Mas lo puro divino se traduce mal a humanas experiencias, mientras no salga de Dios.

Entre nosotros el amor busca revelarse a costa de sí. Los Judíos querían amar a Dios, en lenguaje de aparato, y todo se les fue en el Templo. Sacrificaron animales; aborrecieron al hombre, obra del Creador, y merecieron su maldición.

Los caminos del odio y del amor se cruzan entre los hombres. El diablo había sugerido el suyo, de odio, en el corazón de Judas, con propósito de entregarle a los Escribas y Fariseos. El Padre movía el Corazón de Jesús para que se entregara a sus enemigos. Una misma cosa encubre el odio del diablo y el amor de Dios. Jesús, a merced del

Padre y también del enemigo, se deja llevar, indiferente. Y da lugar a que los «celosos» hallen motivo de escándalo en sus acciones. Cristo se presta a la traición, y la recibe con ósculo.

Dios no quita entendimiento. Mas su Providencia quiere muchas veces dejarnos mal ante sus propios verdaderos amigos. En tales casos, conviene abandonarse. Lo que hoy escandaliza incomprendido, a su tiempo resplandecerá como obediencia a Dios. Al justo le gobierna el mandato del Altísimo. A la letra, y sin condiciones. Cuanto más alto mira uno, más se libera el espíritu y es más sensible al gusto escueto de Dios.

Hay ocasiones difíciles en la vida. Al principio, trata uno de resolverlas. Al fin, opta por mirarlas fríamente. Mejor las resuelve el impulso del cielo, que todas las opciones del hombre mismo espiritual.

A la Sagrada familia un simple sueño la encaminó a Egipto. Dios lo tiene pensado todo a Su manera. Por encima de Herodes y de los magos y del propio san José. El nos escoja para Su estilo de vida. Aunque nadie le merece, El se lo merece. Quien pide sea el Nombre de Dios santificado, como plegaria primera, bien puede prometerse lo menos: que se le extienda la protección del Nombre de Dios.

En el colegio de los Doce hubo varios que nunca salieron de ella. Elegidos en grupo, aunque individualmente predestinados en Uno, en grupo erraban y en grupo desaparecieron. Enviados por el Maestro, les acompañó el Nombre de Jesús, y, sin exceder a Quien les enviaba, murieron en tierra y se multiplicaron. Esa fue en síntesis su vida.

Las normas del gobierno de Dios son muy simples. Una de ellas, seguir al Maestro. Otra, análoga, no querer pasar a maestro, pudiendo quedar en alumno. Ya está bien ser perfectos como Jesús. ExcederLe es aprender demasiado. Como Adán y Eva que, antes de saber ser hombres, quisieron ser como dioses.

Más le hubiera valido al Iscariote el anónimo de la obediencia a Jesús. A nadie humilla ser discípulo eterno del Hijo de Dios. Y, como san Pablo, no querer otra ciencia

que la del Señor crucificado. Sucede que o las pasiones nos aplauden para que salgamos a personar, o nos ciegan para el seguimiento, en solitario, de Jesús. ¿Qué mayor compañía que la sola soledad del Señor?

13 • «Cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón-Iscariote, el designio de entregar a Jesús» (Jn 13,2)

Las sugestiones del enemigo no tienen historia, y la llenan, sin embargo, toda, cjesde la tentación del Paraíso hasta las últimas del anticristo.

Satanás elige a los predilectos de Dios para herir indirectamente a quien directamente no puede. Los que son buenos para el Señor, lo son doblemente para él.

«Ya no os diré siervos. A vosotros llamé amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre» (Jn 15, 15). Los secretos de la familia celeste de Jesús, el diálogo entre El y su Padre, los abrazos indefinibles de los Tres en el seno del Amor, el definitivo ósculo entre Dios y el hombre, el resplandor de la Hermosura del Padre impresa en el alma del Verbo... y mil otros misterios, ocultos tal vez a los ángeles, los descubre el Salvador a los Doce. Por su medio enseñará a las gentes el ministerio de la Salud, dando a conocer al Padre. La amistad conduce a efusiones. Por ellas derrama Cristo el alma y el aroma de incorrupción, bálsamo de los bienaventurados, en cuerpo y alma. Efusión, aroma de Dios, incorruptela de Espíritu, esencia de amor son ríos que arrastran los tesoros del Infinito... y salen con espontánea sencillez del Hijo de la Virgen.

Un día percibió también el Iscariote a Jesús, y corrió al olor de sus perfumes (cf. Cant 1,3), amándole demasiado como cumple al primer amor. A poco, dejó perder tan exquisita fragancia, y se habituó al Hijo de la Virgen.

Los ángeles en el cielo no se habitúan a él. Y glorifican

de continuo el Nombre de Dios. Ignoro si otros sentirán lo mismo. Hay personas que atraen con irresistible aroma de inocencia. Despiden en torno el aroma del que los llena. Adonde van, llevan un halo de espíritu y pureza, que las defiende y torna divinamente amables. Aman el silencio y visten con modestia. Y como no son del mundo, ni le sufren, pasan con la ligereza de los ángeles, sin que nuestra envidiosa mirada las puede detener. ¡Oh cuánto bien harían, si se dejaran ver, o si el que las colma no las quisiera para Sí, o para el Jardín de Sus delicias!

Al revés, otras personas, dotadas de todos los atractivos humanos, resultan insufribles. El mal espíritu las posee. Nunca conocieron el aroma de Jesús. Ni las hirió la hermosura del Nazareno. Nacieron para el mundo, y el mundo consumirá pronto y para siempre sus encantos. No entro *con* ellas.

Entro con los escogidos un día por Jesús, que perdieron Su aroma. Al enemigo le importa poco el individuo, por individuo. Judas, por sólo Judas. Busca al amigo del Maestro, para triunfar de Jesús (y de sus secretos) en el confidente de ayer. Vencer al Señor en los suyos, ya que no pueda herirle a EJ. El odio del diablo a las almas no va con ellas, sino con Dios. No con el Iscariote, sino con Quien le escogió para discípulo. A quien Jesús no supo ganar, le gana él, principe de este mundo.

Muchas vírgenes consagradas a Jesús perdieron hoy el aroma de su primer amor al Nazareno. Vean otros como vean la cosa, yo vislumbro una victoria del enemigo —en ellas— sobre Jesús. Quien no logró ganarlas para Sí, cede el puesto a quien las gana para el servicio a dos señores. ¡Qué lastima, Dios mío!

'Pero,¿qué importa si al fin se salvan?' Eso es, al fin. Lo primero y más fino se pierde. Lo último se salva. ¡Y como Dios se contenta con lo que le dan, no pasó nada! «Díceles Jesús: En verdad os digo que los publícanos y las rameras se os adelantan en el reino de los cielos. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos él camino de la justicia, y no le creisteis; al paso que los publicanos y las rameras le creyeron» (Mt 21, 31 s). He ahí el elogio de publicanos y rameras.

Y no obstante, por un lado va la misericordia de Dios, de Jesús a nosotros; y por otro el comportamiento del hombre, de nosotros a Jesús. El hombre conoce multitud de finezas. La Esposa del Cantar las vivía. Bien, que el Señor nos perdone. Mal, que uno abuse de El; y peor, que reserve indefectiblemente sus delicadezas para el hermano o hermana, y no para Jesús. El Hijo de la Virgen se las merece como ninguno. Purísimo El, quiere amigos puros. Santísimo El, busca estilo santo de vida entre los suyos. Flor El, se acompaña de flores. Para El, el aroma del primer definitivo amor, la fragancia de la carne virginal, la exquisitez en cuerpo y alma de los mejores.

Los llamados, como Judas, para íntimos del Maestro, muestran luego haberlo sido. Hieren con más tino. Llevan a sus actos un cálculo singularmente preciso. El diablo no dejó de ser espíritu por caer; y se insinúa angélico con espontánea suavidad de formas. Tampoco el apóstol de ayer olvida de golpe los hábitos y efusiones del Maestro. Aunque no ore, sabe dónde ora El y dónde le encuentra. Tampoco siente el atractivo de las noches estrelladas para llorar ante el Padre; pero sí la humana debilidad del Maestro, ávido de silencio y quietud. Abusa del privilegio que hasta ayer tuvo, para poner los labios en el rostro de Jesús. El beso por fuera es el mismo. El Hijo del Amor, siempre bueno como el Padre, a nadie niega el saludo. ¡Qué triste saber de Jesús que es tan bueno, para hacerle mal!

La cosa venía desde el discurso de Cafarnaúm. Había dicho Jesús: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne misma para vida del mundo... En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros... Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí» (Jn 6, 51 ss). Con tan delicados acentos anunciaba Jesús el mensaje más dulce. A Yahvé rodeába

le una nube de gloria. A Jesús un halo de inefable dulzura. Moisés se introducía en la nube de Yahvé. Los Doce, en la claridad del Maestro. Nadie puede venir a mí, sino de manos de mi Padre. «¿Pues qué? ¿No os escogí yo a todos Doce, y uno de vosotros es demonio?» (Jn 6, 71).

La Carne de Jesús, ungida en el Jordán con el Espíritu de Dios, tiene su misma fragancia y hermosura. De donde (Mt 3, 17): «Una voz venida del cielo decía: Este es mi Hijo amado, en quien me agradé». A la hermosura del Verbo sucede la del Espíritu que penetra en su Carne. Doblemente enamorado el Padre en su Hijo, por Dios y por hombre, denuncia en público el modo de ser humanamente vencido: mediante las gracias de Jesús.

Entre nosotros, dos que se enamoran de uno le reclaman entero para sí. Eso explica multitud de tragedias. No así en la economía de Dios. *Quien* se enamora *del* mismo de que está Dios enamorado acaba enamorando a Dios; y hace unidad con El, a raíz del amor a la Carne de su Hijo. ¿A qué, si no, hermoseó tan divinamente en el Jordán la humilde naturaleza de Jesús? Le hizo humanamente adorable, y amontonó en su Cuerpo infinidad de encantos. A los cuales no resistió la Esposa, ni hay hombre que pueda resistir. El Bautista le descubrió, hízosele paraninfo de bodas, y comenzó a exaltar sus encantos. ¿Son libres para tanto bien las almas interiores? Ninguno las engaña con hermosuras y aromas falsos. Ni las atrae otro que el Cordero de Dios. Abandonan el discurso. Visto el Verbo, la Voz tenía que callar. Y gozan, si no de Su entera posesión, de la presencia compatible con Su ausencia. He ahí el lecho preparado, a que invita el Padre. «Porque el lecho no es otra cosa que el Verbo Hijo de Dios, hermoseado en carne, el cual es divino, puro y casto para comunión de hombres divinos, puros y castos. Al cual lecho le llama el Cantar 'florido', porque el Esposo no es sólo florido, sino la misma flor del campo y lirio de los valles (Cánt 2, 1). Y así el justo no sólo se duerme en el lecho, sino en la misma flor que es el Hijo de Dios, la cual tiene en sí divino olor y fragancia y gracia y hermosura. Lo dice también David (Ps 49, 11): 'La hermosura del campo está contigo'» (San Juan de la Cruz, *Cántico* B 24, 1).

María buscaba la flor en el Jardín de José de Arimatea. La confundió con el jardinero. Los dos tenían igual inconfundible fragancia. Descuidó la de los ángeles. Y tuvo la fortuna de hallar sólo a quien amaba. «¿Quién te me diese, hermano mío, que mamases los pechos de mi madre, de manera que te hallara yo solo afuera, y te besara yo a ti, y no me despreciara ya nadie?» (Cant 8,1). Para el beso que ella quería, buscaba hallarle fuera y sin testigos. Tras el beso iría la comunión con él sólo, al margen de todas las cosas, desnuda según la voluntad de todas ellas. Nadie la despreciaría. No se le atreverían ni el mundo, el demonio ni la carne; ni la distraerían guardas del sepulcro, ni hermosura de ángeles. Libre, castificada del todo y unida con Dios, ninguna creatura la podrá enojar. Y entrará en régimen de ordinario sosiego, entre aromas de Dios.

«Los cuales (olores) son en tanta abundancia algunas veces, que a uno le parece estar vestido de deleites y bañado en gloria inestimable; tanto, que no sólo él lo siente de dentro, pero aun suélele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir y les parece está uno como un deleitoso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios. Y no sólo cuando están abiertas las flores (de las virtudes), sino de ordinario, con no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto a los demás por el efecto sobrenatural que se difunde en uno, a causa de la próxima y familiar comunicación con Dios» (cf. San Juan de la Cruz, *Cántico* B 17*,* 7).

Díjole Simón Pedro (Jn 6, 69): «Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Así reaccionan, encubriendo amor de Esposa, los heridos de Dios ante la promesa del sacramento de unidad. Los hombres encubrimos ciertas osadías. Pero gustamos de que las mujeres digan lo que sentimos. «Perfume que se expande es tu Nombre. Por eso te aman las doncellas. Llévame tras de ti. Démonos prisa. Introdúceme, Rey mío, en tu reino. Jubilaremos y nos alegraremos contigo. Celebraremos más que el vino tus amores» (cf. Cant 1, 2s).

Al Iscariote todo eso le parecería excesivo. Igual se le

antojó el gesto de María, rompiendo el vaso de alabastro. Ni siquiera Jesús sabía moderarse. Incapaz el pobre de sentir el dolor de la santa mujer, la fragancia de los benditos pies del Nazareno, el gozo del tesoro, símbolo de mil cielos, derramado sobre el Hijo del hombre. En su extremada ruindad se acordó de los pobres. Donde falta amor, sobra falsa caridad. Se le ocurrió hacer él bien, a costa del Bien del Maestro.

Súfreme, Dios mío, cualquier cosa menos pobreza de alma con tu Hijo. No quiero justicias, a costa del Cuerpo de Jesús. En tu Hijo todo es santo. Tan santo personalmente lo pobre como lo rico. Y más, para mi gusto, la Carne humilde recibida de humilde mujer. Lo pobre y lo humilde hermanan. En la Virgen no los distingo, como tampoco en Jesús. ¿Dónde está el tesoro del Maestro: en su divinidad o en su Humanidad? Si en lo segundo, ¿dónde mejor: en la cabeza o en los pies? Si en los pies, como lo intuyó María, ¿es tanto deshacer el cielo en fragancia para descanso de ellos? ¡Oh qué poco estimaba el Iscariote el alivio de pies tan divinos!

Ahí vienen a parar los que perdieron la unción del espíritu y se escandalizaron de la fineza mejor ideada por mujer. Bien poco, creo yo, podemos alabar a los que vivían en torno al Maestro. Quedó para ellas, para las mujeres, lo delicado y hermoso. Una le tocó el ruedo del vestido, para robarle, sin molestia para El, un milagro. Otra encajó el 'insulto', y mendigó unas migajas para bien de su hija. Otra, pretextó el jolgorio del banquete para llorar libremente sobre Sus pies. Y así otras, firmes al pie de la cruz, insensibles al oprobio de Jesús. ¡Dichosas ellas! Mucha teología cabe en un toque, en un gemido, en un beso, en las lágrimas dulcemente perdidas sobre el Cuerpo del Señor. Más allá de la muerte de Jesús, quisieron ungir espaciadamente Sus miembros para que durmieran en virginal sepulcro. ¡Benditas seáis! El buen olor de Jesús os envolverá. La memoria del Maestro recaerá en Espíritu de incorrupción sobre vuestra débil naturaleza, amable sobre el amor de los ángeles.

14. «Consciente Jesús de que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas» (Jn 13,3a)

Análoga conciencia había de revelar más tarde en una de las últimas apariciones. «A mí se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id pues e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,28s).

Ni en los años de vida pública, en los momentos de más aguda persecución, ni ahora en vísperas de morir le abandona a Jesús la conciencia de sus relaciones con el Padre. El Salvador se siente unido en el santuario del alma con el Padre.

Al Maestro pasa en flujo continuo la substancia, virtud y energía del Padre. Gusta Jesús, hasta en lo divino, el axioma que de él recogió san Pablo: «Más feliz es dar que recibir» (Act 20, 35). Más feliz, en lo trinitario, ser Padre que Hijo. Y, singularmente más feliz en lo humano, como quien para todo ha de recibir del Verbo el lenguaje personal.

Si entre hombres cupiera tal amor, y pudiera uno amar a Dios infinitamente, Le mantendría Padre. Y nunca abreviaría distancias, interesando la propia persona en servicio sin fin, por el gozo de darse a quien infinitamente le ama.

Lo que no entre solos hombres, ocurre en el Hombre Dios. Jesús es actor externamente mudo de un drama en que sólo actúan personas divinas: la una —el Hijo— haciendo Padre a Dios «al recibir todas las cosas en sus manos», y la otra —el Padre— haciendo Hijo a Jesús «al ponerlo todo en sus manos». En régimen tan sublime como sostenido, en que los dos se entregan por necesidad al otro, se siente Jesús libre para representar nuevo drama: actor único —El— que da sin recibir. Es el privilegio del Verbo: vivir para el Padre sufrimientos que el Padre es incapaz de vivir. Tener para El sentimientos que nunca Dios tuvo para el Hijo. Lágrimas, cansancio, penas, todo

lo que abunda entre los hombres. Lo débil hace a Jesús fuerte ante Dios.

Jesús es consciente de tener sobre Sí el poder de la debilidad recibida de la Virgen. Así dará al cielo lo que nunca pudo sospecharse en Dios: la propia muerte en Cruz.

Animábale al Señor el pensamiento de llevar al Padre, como regalo de bodas con la Iglesia, infinitas experiencias, extrañas a los ángeles. Y singularmente la tensión continua de su Cuerpo y alma hacia el sacrificio, en pago de la gracia infinita de unión. Lo que el Padre le diera en Substancia, se lo devolvía El —desde siempre Hijo— en la experiencia de sufrimientos por la Esposa. Jesús respondía así en misterio de dolor y cruz, a la paterna predestinación para Hijo Suyo natural.

No quiso Jesús cerrarse sobre el don hipostático. A través de la Pasión, dispone la propia Carne a las bodas con el Espíritu, en la Resurrección, para hacerla espiritualmente fecunda.

La conciencia de tanto misterio movió al Maestro al lavatorio de los pies. «Cristo amó a su Iglesia, y se sacrificó por ella para santificarla, limpiándola en el bautismo de agua con la palabra de vida, a fin de hacerla comparecer ante El llena de gloria, sin mácula ni arruga ni cosa semejante, santa e inmaculada» (Ef 5, 25ss).

A imprimir sensible limpieza entre los suyos vino el misterio donde corrió, más aún que el agua, otra invisible. Yo tengo mucha devoción al vestido que mandó Herodes poner a Jesús. ¿De loco? Sea, pero blanco. Lo blanco primero, y lo loco después. Como tantas veces en las vidas de los santos: blancos en su pureza, pero mal entendidos. La albura, en este mundo, es color .de lejanía de montes.

Yo quisiera descubrir en las manos del Maestro «todas las cosas que el Padre puso en ellas». Y, sobre todo, el regalo por amor a la Iglesia de las penas inaccesibles al Padre; el anhelo de perpetuar entre los hombres humildad, obediencia, amor..: con sencillez de siervo, en la noche y hora más avaramente apetecidas por el cielo. ¿No había otros misterios que enseñar? ¿O fue que, inconsciente, equivocó designios?

'Deja eso tan simple. A la hora del tránsito al Padre, mira primero por ti, y dispon tu Humanidad preciosa para el sacrificio. No has de llevar a él a los Doce, como no llevó Abrahán a sus criados. Tampoco merecen demasiado. Son poca cosa. El Espíritu Santo que les ganarás con la Pasión, despejará incógnitas. Tú mira a los misterios de tu Carne preciosa, y piensa en el beneplácito del Padre. La hora última, sea para los dos. Y para ningún otro.'

Jesús piensa de otra manera. La hora última, del tránsito al Padre, la consume en lavar despacio los pies de los Doce. En trabajo de siervo. ¿Quién entiende esto? ¿No había ordenado el Señor insistentemente en la Ley: «No harás obra alguna servil» (Lev 23, 7)? El que prohibió toda obra servil, ¿cómo escogió servicio de esclavos a la hora de tornar al Padre?

15• «Consciente Jesús de que, como había venido de Dios, a Dios volvía» (Jn 13,3b)

En el interior de Jesús había infinidad de cosas. Ninguna menos de las que hubo desde su primer instante (cf. Heb 10, 5ss). Pero con experiencias que ignoraba el cielo. Había dicho entonces, con el dolor sabido de memoria: «Héme aquí que vengo». Ahora, en cambio, con estremecida historia de sufrimientos, ratifica tan en silencio como la primera vez: «Para cumplir, oh Dios, tu voluntad».

Momentos después se abrirá en confidencias: «El mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo salí de Dios. Del Padre salí, y vine al mundo; ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre» (Jn 16,27s). Pensaba con alegría en su regreso al Padre. No la tuvo tan grande el Hijo pródigo. A éste le llevaba el recuerdo del Padre bueno y ofendido. A Jesús, el abrazo del Padre clarificado en su muerte; las ansias de adentrarse en

El con su Humanidad como holocausto eterno de amor filial.

Volvía al Padre el mismo que salió de El. Mas no como había salido. Vino Dios, Hijo de Dios, y vuelve también hombre, Hijo del hombre. Del Padre había traído mucho «dios» que revelar. Y al Padre vuelve con mucho «hombre» que contar.

¡Cuántas cosas para contar al Padre! «Muchas... que si se escribieran una por una, no cabrían en el mundo, por los libros que se habían de escribir» (cf. Jn 21, 25). Las que pasaron a los Evangelios «escribiéronse con el fin de que los hombres creyéramos en Jesús, como el Cristo, Hijo de Dios; y para que creyendo tengamos vida en virtud de su Nombre» (Jn 20, 31). Las que Jesús reservaba al diálogo con el Padre, iban en la Palabra subsistente, y llevaban otro fin: que Dios creyera en el amor de Jesús a los hombres, y creyendo tuviéramos vida en virtud de Su Nombre.

Después de tantos siglos, continúa el Maestro declarando al Padre su vida entre los hombres. Sus llagas dicen lo que el primer día, y con igual novedad. Y tan gustosamente las oye Dios, que por oírlas disimula nuestros pecados. A eso subió Jesús: a distraer a Dios de nuestras miserias con la maravilla de su propia existencia entre nosotros. Desde que le tuvo en el cielo, y le asentó a su diestra, olvida Dios a los ángeles, para ser glorificado en los hombres. «Hijos míos, decía san Juan (1 Jn 2, ls), estas cosas os escribo para que no pequéis. Mas aun cuando alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre a Jesucristo; y él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.»

El Verbo pudiera haber venido al mundo con ilusión de contarnos las maravillas de su divinidad: la creación del cielo y de la tierra, los misterios de la Sabiduría increada... Nada de eso declaró. No le ilusionaba. Dios y todo, anudado con nuestra carne hízose humilde, y como si olvidara lo divino, aprendió lo humano para enseñarlo a quienes creíamos saberlo. Pudo haber ido al cielo a contar sus milagros de la tierra. Tampoco esto, de seguro,

dijo al Padre. En el cielo se viven mayores grandezas que las sensibles humanas. El anhelo de Jesús, tomando al Padre, estaba en mostrársele. No en hablar, sino en ser. Decir lo que era. La novedad de su segundo ser. ¡Oh cuánto escondía la Carne glorificada del Señor!

Llevaba en carne la hermosura de que le vistió la Virgen. Iba a presentar, a vista del Padre, lo recibido de la Madre. El traje nuevo que el propio Padre, entretejió en el seno virginal de Nuestra Señora. Quería saber de Dios si el vestido servil le caía tan bien como para retenerlo eternamente. Habíale hermoseado con las cinco mejores joyas que acertó a comprar entre los hombres.

Pero, antes aún de adquirirlas para manos, pies y costado, quería llevarse, en memorial, al Alto, una acción que evocara por todos los siglos la fragancia de su humildad. Temía que los Suyos recelasen, a lo último, en él una desilusión, la amargura de una existencia fracasada, la tristeza del Pastor inútilmente herido y sin rebaño.

El lavatorio quiso revelar lo contrario. «Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre» (Jn 16, 25). Vino la noche y es hora no de amaros con palabras, sino de anunciaros abiertamente el amor que el Padre encendió en mí para vosotros. Tengo fiebre en las manos. Antes de clavarlas para siempre, debo cansarlas. En su día, crearon los cielos. Ya no sé qué hacer con ellas.

¿Qué legión de ángeles hubiera quitado a Jesús la alegría de humillarse a servir a los Doce? El cielo envidiaba al Cenáculo, y los ángeles a los Doce. Doblemente felices, en sus pies, por el destino a evangelizar (Rom 10, 15) y, por el contacto de las manos creadoras de Dios. Nunca las había puesto Dios en las alas de los Serafines.

En la conciencia de Jesús se oculta el anhelo de enseñar al Padre, rotas por clavos, unas manos que hicieron con los hombres lo que con El su Madre en Nazaret. Intimidades de hogar, sólo buenas para contadas, como las confidencias de Nazaret, en el apartamiento de los Tres. Hubo mucho más.

«Como había salido de Dios, tornaba a El». Mas no cansado de peregrinar ni de servir, sino divinamente satis

fecho de volver, sin poder volver: trayendo al Padre, como Evangelio, su Humanidad; y dejando entre los hombres, también como Evangelio, su Humanidad. ¿Ayudó a eso el lavatorio? Sí y mucho. Fue un acto de servicio que acabó por enajenarle de Sí, y forzó la Eucaristía. Dios sea bendito.

16• «Levántase de la cena y deja los vestidos, y tomando un lienzo ciñóse con él» (Jn 13,4)

«Levántase de la cena». Hubo otra Cena de la que se levantó un día el Verbo para abandonar el vestido de gloria —la 'forma de Dios'— y ceñirse, en el seno de la Virgen, nuestra pobre naturaleza.

El Hijo vivía en simposio con el Padre. La gloria, para los antiguos, aun paganos, era como una cena. Los cristianos de las catacumbas la figuraban como un festín. Una serena alegría, luz perpetua, regocijaba a los inmortales entre el frescor tibio del Jardín celeste.

La Eucaristía Le allana al mundo con atrevida novedad, sin quebrar empero la línea de los Tres. Jesús inventa perpetuar lo consumado en la Cruz, dándose a comer y beber. Y compromete por igual lo divino y lo humano, a favor de los hombres. El Padre se aviene a ello.

Es de más felicidad dar que recibir. Darse a cenar, que ser recibido en cena. Esconderse en manjar, que deleitarse a la mesa con él. El Cordero de Dios dejó de ser Pascua que pasa. Y se hizo Novio y manjar que no pasan. En ella consuma Jesús nuestras delicias, sin menoscabo de naturalezas. Beberemos su sangre, comeremos su carne, inmersos en los deleites de los Tres. ¿Dónde queda el maná, comida de ángeles?

«Yo, a quienes amo, los reprendo y castigo. Arde, pues, en celo y haz penitencia. He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguien escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y con él cenaré y él conmigo» (Apoc 3, 19s).

Cenar con Jesús es cenar de él. Recostarse en el triclinio de los Tres, y beber el Espíritu servido, a través de la Carne de Jesús, en aroma de Humana esencia. Gustar cuán suave es el Señor. Vivir el gemido —entre vida y muerte— que perpetúa el «Abba, Padre» del propio Jesús.

El Padre descansa en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Padre e Hijo pugnan por cederse, en continua entrega, su común naturaleza para vivirse poseídos del otro: el Padre del Hijo —y es lo normal— y el Hijo del Padre —y es la querencia imposible del Verbo, que en lo divino pierde, y echa mano de la Humanidad para vencer (con ayuda de su Madre) a Dios.

Al condenar Pilatos a Jesús, «sacó afuera a Jesús y sentóse en su tribunal, en el lugar dicho Litóstrotos y en hebreo Gábbata» (Jn 19, 13). «Con lo cual viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien, crecía cada vez el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos a la vista del pueblo y decía: Inocente soy de la sangre de este Justo, allá vosotros» (Mt 27, 24s). Pilatos se lavó las manos, y declaróse inocente. Todos le aplaudieron, y el Inocente de Dios fue condenado a la cruz.

En contraste con la escena del pretorio, hubo otra en el cielo años atrás. El Hijo, sentado a la diestra del Padre, se levahtó para borrar con la propia sangre los pecados del mundo. Los pecadores le pedíamos para la cruz.

Quienes habían invisiblemente asistido a la escena inaugural de su vida sensible recordaban la secreta fruición del Hijo en el seno de la Virgen al vestir nuestra carne, y aparecer siervo entre siervos. No se levanta de la Cena de Dios para incorporarse en seguida a su puesto de siempre, sino para vivir y morir lejos, y tornar —a los años— con traza y vestidura de esclavo. Tampoco se levantó el Maestro, de la cena última al descanso. Sino a la obediencia hasta la muerte en cruz.

El Santo de Dios no vive solamente de recibir. Incapaz de dar a Dios lo que es de Dios —el Hijo sólo puede recibir del Padre— busca quedarse en manjar para aquéllos de quienes sólo recibió sinsabores. Así compensó Jesús la victoria del Padre en lo divino. Deja a otros el descanso;

toma para sí la cruz de cada día; y enseña a los suyos el camino de la gloria.

Gracias, Señor, por haberte dignado aceptar, Hijo de Rey, oficio de siervo. Tú eres Dios, y no dejas de serlo por vestir nuestra Carne. El Padre se te daba a gustar. La Virgen te ofreció un vestido pobre y limpio. Le aceptaste y te lo ceñiste en torno. Ya no sé lo que eres, al entregar en sacrificio y sacramento, lo nacido de tu Madre. Padre y manjar y redención de tus hermanos. Humana y divina cena simultánea, donde gustamos a Dios, humanamente, y entramos a la parte con los Tres en el eterno convite, del que ya no se levanta el cielo ni la tierra.

«Así como yo me ofrecí a mí mismo por tus pecados a Dios Padre, de mi voluntad, extendidas las manos en la cruz, desnudo el cuerpo, en tanto que no me quedaba cosa que todo no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios: así debes tú también ofrecérteme en ofrenda pura y santa, cuanto más entrañablemente puedas. ¿Qué otra cosa quiero de ti, sino que te entregues a Mí sin reserva? Cualquier cosa que me das sin ti no gusto de ella. No quiero tu don, sino a ti. Como no te bastarían todas las cosas sin Mí, tampoco puede agradarme cuanto me ofrecieres sin ti» (*Imitación de Cristo* IV, 8).

Los preliminares del lavatorio enseñan lo mismo. Jesús se levanta a servir, porque no gusta de ser servido. Deja los vestidos, por amor a la desnudez. En sus acciones se vislumbra la cruz. Clavado de manos y pies, abierto el costado, consumido y roto y muerto, símbolo de absoluta dedición. A eso vino a parar, esclavo hijo de esclava.

«No se puede venir a la unión con El sin gran pureza, y la pureza se logra con desnudez de toda criatura y viva mortificación. Es 'el desnudar el manto de la Esposa y llagarla de noche' (Cant 5, 7 y 3,4), en la busca y pretensión del Esposo. El nuevo manto que pretendía del desposorio solamente le podía vestir con desnudar el viejo. Quien rehúsa, pues, salir de noche tras el que ama y ser desnudado de su voluntad, y le busca en su lecho, no llegará a hallarle» (cf. San Juan de la Cruz, *2, Noche* 24,4).

«Acaeció que, al entrar el arca de Yahvé en la ciudad de David**,** Micol**,** hija de Saúl**,** se asomó a la ventana **y** vio

al rey David saltando y danzando delante de Yahvé y le menospreció en su interior... Micol, hija de Saúl, salióle al encuentro y dijo: ¡Qué honor ha alcanzado hoy el rey de Israel, despojado de sus vestidos, a la vista de las criadas de sus servidores, ni más ni menos que lo hubiera hecho un cualquiera!» (2 Sam 6, 16 y 20).

Envilecióse David a los ojos de su mujer y criadas. Jesús a los de Israel. ¡Dios te bendiga, en tu desnudez, siervo e Hijo de Dios! Nunca así apareció tu hermosura, a los ojos del cielo y de la tierra.

17 • «Y deja los vestidos, y tomando un lienzo, ciñóse con él» (Jn 13,4)

El manto de la divinidad no conviene al Cordero que quita los pecados del mundo. Los serafines cubren el rostro ante la majestad de Dios, indignos de su presencia. En el Tabor lucía Jesús los esplendores de Dios, en prenda del triunfo definitivo. Para subir a la cruz, los recogió. Quería atraer a los hombres. ¿Hubieran caído azotes sobre las espaldas de Jesús, a no haber el Hijo disimulado su condición? ¿Habríale perseguido la Esposa, a sentirle en la fuerza de su divinidad?

«Venid a mí todos los que andáis con trabajos y cargas que yo os aliviaré» (Mt 11,28). Ibamos los hombres camino del infierno. Venías Tú del seno del Padre, lleno de gracia y de verdad. '¿Quieres cambiar vestidos?', me dijiste. Yo te di los míos, en el seno de la Virgen. Y agregué mis pecados. Luego nos separamos. El Padre te tomó por mí y te llevó a la cruz. A mí me atrajo equivocadamente, «y percibiendo la fragancia de tus vestidos me bendijo y exclamó: Ved, el olor de mi Hijo es como el olor de un campo bendecido por Yahvé. Déte Dios del rocío del cielo, y la grosura de la tierra y abundancia de trigo y mosto... Quien te maldijere sea maldito. Y bendito quien te bendiga» (Gen 27,27ss).

La bendición cayó sobre el hombre, más suave que el rocío. Hubo quien mudó vestidos. Todo se lo dieron hecho. En su inconsciencia hubo quien miró por él. Si ello fue a costa del Hermano mayor, lo sabrán los ángeles.

Dios otorgó a los lirios del campo una hermosura sencilla. Yo me veo igual. Bendecido de El sin más como los lirios: «Y acerca del vestido, ¿por qué os inquietáis? Las flores no labran ni tampoco hilan. Os digo, no obstante, que ni Salomón en medio de su gloria se vistió como una de ellas» (cf. Mt 6,28ss).

Las flores son hermosas con la primera hermosura. Exhalan el primer aroma. Nacen y viven obedientes a Dios. Lloran con el rocío y la lluvia. Ríen con el aire y el sol. Se abren al beso de la aurora. Y en su día mueren delicadamente. El perfume que en torno derraman se va con ellas. Yo envidio la sencillez e inconsciencia de su hermosura.

El hombre reclama vestido de bodas para asistir a la Cena que el Padre da en las del Hijo. Una mujer cambia prendas. Los invitados irán de blanco; el Hijo, de púrpura. Desnudo de la gloria de Dios, se ciñe de ignominia, para lavarnos con ella. Mejor que si le vistiesen de ángel. Desde entonces, mudaron los gustos de la Esposa. Ya no puro Dios, sino Dios y hombre. Ni hombre de gloria, sino hijo de ignominia. ¿Es posible un Rostro hermoso, lleno de polvo y sangre, caído de párpados, ungido de majestad divina? La Esposa le prefiere al semblante en que se miran los ángeles. A ella la extasía el cuerpo roto del Señor. Todo es hermoso para la Esposa en el cuerpo pendiente de la Cruz. Dióle ojos el cielo para mirarlo, mientras los judíos blasfemaban de él: «Mi amado es radiante y placentero, egregio entre diez mil. Su cabeza es oro, y oro puro. Sus guedejas, cual racimos de dátiles, son negras como el cuervo. Sus ojos, como palomas a la vera de corrientes de agua, bañadas en leche y posadas en la orilla. Sus mejillas como arriates de balsameras, semilleros de plantas aromáticas. Lirios sus labios, que destilan mirra en abundancia. Sus brazos, cilindros de oro, guarnecidos de piedras de Tarsis. Su seno un rollo de marfil cubierto de zafiros. Sus piernas, columnas de alabastro asentadas sobre basas de oro fino. Su porte, como el Líbano, majestuoso

cual los cedros. Su paladar, la propia dulzura. Todo él, el encanto mismo» (Cant 5, l0ss).

Y termina la Esposa, resumiendo la belleza del Crucificado: «Tal es mi Esposo y tal mi amigo, oh hijas de Jerusalén».

A vista del desnudo Cuerpo de Jesús, enarbolado entre el cielo y la tierra, no teme las risas de los judíos ni de los ángeles. Vean todos su hermosura. Y si algo hay en El que les ofenda, no le amen; maldigan de ella, que así les engañó.

¡Quién pudiese mirar a Cristo en cruz, como le mira el Padre! Mil y mil veces mejoraría los encantos descubiertos por la Esposa. Y rompería a llorar, sin poder reprimir tanta belleza y dulzura y debilidad juntas.

«Es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento que no sabría yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una Majestad tan grandísima... ¡Oh Señor mío!, mas si no encubrierais vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor. Alábenos los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder... ¡Qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones y que, con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar a este Señor de tan gran Majestad, cuando quiere que mi alma le vea?, ¿cómo ha de juntar boca que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad? Que duele mucho más y aflige, por no le haber servido, el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura con una ternura y afabilidad, que temor pone la Majestad que ve en El» (Sta. Teresa, *Vida* 38, 18ss).

No porque diste uno de las experiencias de la Santa de Avila, es otro el Señor, y otra su Majestad y hermosura. El Jesús mismo de Teresa no da la medida del de la Esposa. Tampoco el de la Esposa da la medida —en lo humano—

del objeto de las complacencias del Padre. Uno solo visto de tres maneras. Y para mayor consuelo, hermoso en sí como le ama el Padre, y entero para mí, aunque para entender sus gracias se haya de romper la tela del encuentro. Lo que después en visión, era ya aquí objeto de fe y esperanza y amor. Del Sagrario al cielo no gana El, ni nosotros en la rigurosa posesión de El, sino en el modo de ella. ¿Y quién nos impide hacer del modo, mayor regalo que de la posesión misma?

Todo a santo de la hermosura de Jesús, descubierta por la Esposa a través de su forma servil. Es muy diáfana, para quien está herido de El. Y cuesta poco descubrir a través la hermosura de Dios. Así y todo, el amor tiene su lenguaje. Creíase sacio a la vista del Crucificado y rompe en anhelos de verle rutilante, en comunión con Dios. «Rompe la tela delgada de esta vida y no me dejes a merced de los años, para que te pueda amar, desde luego, con la plenitud y hartura que uno desea, sin término ni fin» (San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva* 1,36).

18. «Echa después agua en un lebrillo, y pénese a lavar los pies de los discípulos, y a limpiárselos con la toalla que se había ceñido» (Jn 13,5)

Hay su misterio en los pies, como lo hay en las manos. Recostados a la mesa, ofrecían los Doce al aire los pies desnudos. Muy distintos de los crucificados del Maestro. Con sandalias o sin ellas, con polvo o sin él, símbolo de los caminos del hombre. Los hombres —quiéranlo o no— ofrecen a Dios sus pobres caminos; y en los pies se los lee El.

El hombre se desvía muy pronto de Dios, pidiéndole la

parte de la herencia que le corresponde. Se cansa del Padre. Lleva la ilusión de ver tierras, o descubrir hermosuras más hermosas que la del rostro de Dios. Tras mucho peregrinar lejos de El, si los pies no hablan, su polvo denuncia muchas cosas.

Al principio corrían por inocentes caminos. Movíales el santo temor de Dios. Dóciles al Angel, hasta sentían el vuelo de sus alas y el murmullo de sus celestes palabras. Alguna vez resbalaban, mas no en barro. Sacudían levemente la arena, a la orilla del río por donde fluye el Espíritu. Eran los pies habituados al camino del comulgatorio. Amigos del aire y del agua; del Espíritu y de la gracia.

Desviáronse a lodazales, entre mimbres y flores silvestres. Sobrevino la mancha del vestido. Sintieron pudor, y no osaron dialogar—como Adán y Eva— con Dios.

«¿Quién te indicó que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te ordené no comieras?» (Gen 3, 11). Avergonzados la vez primera, dejaron luego de responder, y el Señor se retiró, resignado a vivir en soledad, sin ser oído.

Las sendas se volvieron fáciles y anchas, y otros muchos peregrinaban por ellas. Todos resbalaban. Eran muchas las risas, y tumultuosa la gente. Distraídos, pensaban en mil cosas, y ninguno en el padre que lloraba. Nadie oraba ni escuchaba los consejos del Angel, ni daba sosiego a la conciencia para dialogar con ella. ¿Quién se detiene a reprensiones? Adelante, siempre adelante. La vida es de los fuertes.

Los caminos semejaban torrenciales caudalosos ríos. Los hombres se animaban, ignorantes unos de otros, con la promesa uniforme de los años. Muy ancha es la puerta y espaciosa la avenida que conduce a la perdición (cf. Mt 7, 13).

Por confundir la verdad con la ilusión, quisieron detener la risa y el deleite. Intentaron coger uvas de los espinos. Buscaron higos en las zarzas. Querían dormir sobre las olas. Con furor creciente se entregaban a placeres y riquezas para entretener el vacío del alma. Danzaban y bailaban. Y no reían. Faltaba el aire, el cielo. ¿Dónde es

tán las aves? No se oía el canto de la alondra. Atropelladamente se molestaban, y corrían iracundos, gustando hieles. Nadie hallaba espacio para huir a solas. Todos se vivían lejos. Oíase una voz que recordaba los días sencillos y puros de la infancia.

Así, entre mil variantes, corren los años de los más. Muda lo accesorio. Persevera lo esencial. Unos de ida y otros de vuelta. Los de ida, alegres: «Venid y disfrutemos de lo bueno que hay. Aprovechémonos afanosamente de las criaturas. Llenémonos de vinos exquisitos y de perfumes. No se nos pase flor de primavera. Coronémonos de capullos de rosas, antes que se marchiten. No haya pradera que no corra nuestra liviandad. Ninguno de nosotros pierda su gallardía. Dejemos por doquiera signos de ánimo jovial. Esta es nuestra herencia y nuestra suerte» (Sab 2,6ss).

Los de vuelta, con semblante de amargura. ¡Oh qué breve todo! Fue una exhalación. «Anduvimos fuera del camino de la verdad. La luz de la justicia no brilló para nosotros. El sol no amaneció por nuestra casa. Nos hastiaron los senderos de iniquidad y perdición. Atravesamos páramos intransitables. El camino del Señor no lo conocimos. ¿Qué nos aprovechó la altanería?, ¿o la riqueza con jactancia? Todo se pasó como sombra. Como mensajería que pasa volando... Así, apenas nacidos, fallecimos; y ningún indicio de virtud pudimos revelar. Por nuestra malicia fuimos consumidos. La esperanza del impío, como brizna llevada por el viento» (Sab 5, 6ss).

Así fue siempre. Y ninguno escarmienta porque nadie vive por otro, ni aprende con ajenas caídas. Se repiten risas y lágrimas. Y por el mismo orden. Primero risas, y luego lágrimas. Entre tanto, los ángeles miran de hito en hito el rostro del Padre que está en los cielos.

La pureza y la incontinencia giran sobre los mismos pies. Tan hombre es el angélico Luis, como el impuro X. A éste le retrató el Maestro con delicadeza: «Sobrevino una grande hambre en el país y comenzó a padecer necesidad. De resultas púsose a servir a un morador de aquella tierra, el cual le envió a la granja a guardar cerdos. Allí quería con ansia henchir su vientre de las algarrobas que

comían los cerdos, y nadie se las daba» (Lc 15, 14ss). Las horas se le iban mirando al suelo.

Ya se le habían asentado los pies, ahitos de lujuria. Y con los pies el corazón. Ideó entonces el diálogo, que no quiso al principio con el padre. Tan bueno es Dios, que se presta a él, y acoge el segundo corazón. Va diferencia de la flor de hoy a la de ayer y antesdeayer; del joven puro al impuro; del hombre entero al consumido. Dios acepta ramilletes de flores ajadas. Y no por falta de gusto. «¿O pensáis que no puedo rogar a mi Padre, y pondrá ahora mismo a mi disposición más de doce legiones de ángeles?» (Mt 26, 53).

A nadie gustan claveles marchitos. Dios es capaz de infundir Espíritu virginal sobre no-vírgenes, y sacar de ellos adoradores en espíritu y en verdad. Como puede sacar de las piedras, hijos de Abrahán. Bien entendido, por obra de El. ¿Por qué siempre así? El Hijo de la Virgen, ¿no es digno de amor virginal?

Hízose la soledad, y el pródigo —con su lujuria a cuestas— inició secretamente el diálogo: «¡Ay cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo estoy aquí muerto de hambre! Iré a mi padre y le diré...» (Lc 15, 17s).

Es gracia de Dios, la desgracia que ataja el pecado, Y ante todo, el recuerdo del Padre. No imagina el pródigo el hambre de su Dios. Ahí radica el misterio de la conversión. Llora uno sobre sí, porque primero ha llorado Jesús sobre uno. Antes derramó lágrimas el Señor sobre la Magdalena, que ella sobre los pies del Señor.

¡Qué delicado Jesús, y qué bien esconde en el silencio sus cotidianas desilusiones! ¡Ah si supiéramos leer, como él, la historia de nuestra vida, sin olvidar —como olvida él— los caminos por donde nos aguardaba!

Al verle ahora a mis pies, con el ademán espontáneo al siervo, entiendo su ilusión. ¿Quieres reanudar conmigo los momentos de mi ser? Tuyos son. Ahí tienes las llaves de mi persona. La inocencia de ayer se fue para no tornar. No se vaya, Dios mío, el amor y la pena de hoy.

¿Entendieron los Doce esta filosofía, con el Maestro a sus pies? Desde la atalaya de hoy, con la vida de pecados

y miserias atrás, cree uno habérsela entendido. Pero no es así. Dios es todo menos eso. Amor sin tristes memorias. Pureza sin humanas impurezas. Luz sobre tinieblas, y sin tinieblas. Santidad, todo santidad.

19• «Echa después agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos, y a limpiárselos con la toalla que se había ceñido» (Jn 13,5)

Jesús venía del cielo a quitar los pecados del mundo. El Bautista Juan se lo conoció: «Ved ahí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). Vestía de blanco, limpio como la luz en que se bañan los ángeles, como la albura del propio Dios. En la Transfiguración, dejóse ver de los tres, «en forma que sus vestidos aparecían resplandecientes, y de un candor extremado como la nieve: tan blancos que no hay en el mundo quien así los pueda dejar» (Mc 9, 2). Venido a ser luz del mundo, recogió la albura del Tabor, para dejarse ver entre los hombres.

Al cielo le basta ser, sin hacerse visible. No se impone a viva fuerza. En el seno de la Virgen María, cortóse un vestido que encubriese los resplandores del Verbo, idóneo para vivir entre mortales. Así apareció en Belén. Limpio como su Madre; pobre como ella; siervo hijo de sierva. Una vez encarnado, para siempre encarnado.

Al nacer del Padre no se mancha. El Hijo es candor de la eterna luz, efluvio de su virtud omnipotente. Tampoco al nacer de su Madre, aunque encubriese la primera luz. El día de la Purificación creyeron algunos que el hijo había contaminado a la madre, y la madre al hijo: el uno por romper la integridad, y la otra por tenerle en pecado. El cielo sabía la verdad. Los ángeles adoraron invisibles la virginidad de la Madre y el candor celeste del Hijo. ¿Había de ensombrecer la luz el cristal limpísimo por donde

pasó? Hijo de incorruptela divina. Fruto de humana incorrupción. Espíritu venido de Espíritu. Carne nacida de Virgen.

Jesús se ciñe la toalla para disponerse al lavatorio. Los hombres son como sus caminos. Si por creación, barro (cf. Gen 2, 7), por su género de vida, polvo. Dos veces polvo.

El Señor le asumió a costa de su gloria congénita. Iba con él a purificar a los hombres. A haberse hecho salvador de ángeles, y tomado forma de ángel, habríalos redimido y purgado de mácula, sin derramar sangre. Encarnado, hubo de lavarnos con su sangre. De nuestra alma pasó el pecado a la suya; de nuestro cuerpo al suyo; de nuestra persona a la del Hijo de Dios. Lo uno le costó agonías de muerte; lo otro, empellones, salivas, azotes... muerte en Cruz; lo tercero, el terrible abandono del Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Instintivo clamor de una persona divina, hecha maldición, e incapaz de rehuir la prenda sobre que gravaban las iniquidades de todos sus hermanos.

«En cuanto José llegó a sus hermanos, despojáronle de su túnica, la multicolor que traía puesta, y cogiéronle y le echaron en la cisterna. Mas la cisterna estaba sin agua. Sentáronse luego a comer, y alzando los ojos, vieron que venía de Galaad una caravana de ismaelitas, con camellos llenos de tragacanto, resina de lentisco y láudano, y bajaban en dirección a Egipto. Dijo entonces Judá a sus hermanos: ¿Qué ganamos con matar a nuestro hermano (José) y ocultar su sangre? Se lo venderemos a los ismaelitas y no pongamos en él nuestras manos, ya que es hermano nuestro y carne nuestra. Y sus hermanos le escucharon. Al pasar, pues, los mercaderes madianitas, sacaron a José de la cisterna y le vendieron por veinte siclos de plata a los ismaelitas, quienes se lo llevaron a Egipto... Después tomaron la túnica de José y, degollando un chivo, la empaparon en sangre. Enviaron luego la túnica multicolor y la presentaron a su padre, diciendo: Esto hemos hallado; comprueba, por favor, si es la túnica de tu hijo o no. Reconocióla inmediatamente (Jacob, su padre) y exclamó: ¡La túnica de mi hijo es! ¡Una bestia feroz le

ha devorado! Con toda certeza ha sido despedazado José. Rasgó entonces Jacob sus vestiduras, púsose un saco a los lomos, e hizo duelo por su hijo muchos días. Todos sus hijos e hijas aprestáronse a consolarle; mas él se negó al consuelo y dijo: De luto bajaré a la tumba, donde mi hijo. Y su padre siguió llorándole» (Gen 37, 23-35).

Muy grave era el crimen de los hijos de Jacob. Mas no se mancharon con sangre, y el engaño de Jacob se mudaría en gozo. Otro era el caso del Señor. Sus hermanos habíamos profanado la humana túnica, vestida por El. Los pecados del mundo habían pasado a ella. Y Jesús comparecía ante el Padre, Cordero de Dios destinado al sacrificio, en satisfacción de nuestras iniquidades.

Si el haber vestido una prenda, nos costase el disgusto mortal del padre, pronto sabríamos echarla al fuego. En Jesús el cuerpo quedó para siempre unido a la persona del Hijo, incorporando a El la miseria de los hombres. ¡Qué insufrible para él sentir tan apretadamente nuestra pobre substancia, contaminado con ella ante Dios! El buen olor del Hijo pasó a nosotros. Y con sus cardenales fuimos sanos; con su maldición, bendecidos. Todo lo hizo el intercambio en El de naturalezas, sin quitar ápice a las perfecciones de la divina ni a las limitaciones de la humana.

Delicado para lavar los pies de los Doce, faltó entre los Once quien enjugara su rostro en el sudor del Huerto. El propio ángel se retira sin tocar su persona, para hacer sitio a la agonía pura. Jesús siempre para otros. Ninguno, entre ángeles ni hombres, para El.

Del lavatorio, ¿sacó mayor limpieza? La caridad se alimenta por sus caminos: don de sí, desinterés, intercambio de cielo por tierra. Hay dones y dones. Algo es visitar al enfermo: «Estuve enfermo y me visitasteis» (Mt 25, 25). Aún es más, sanarle, y quedar a sufrir en su puesto. Así lo hizo el Maestro, y trató de enseñárselo a los Doce. No hay mejor premio entre sus imitadores que la propia imitación. «El mayor castigo de los que pecan —decía Séneca— es haber pecado». Paralelamente, el salario más fino de la imitación de Jesús es ella misma. Singularmente en el mundo, donde la mejor verdad es el sufrimiento. Estor

ba aquí el premio de una *mimesis,* que por sí sola tanto nos eleva. Déjenos la providencia el sencillo privilegio de este régimen, tan parecido al de Jesús, tan incomprendido por los más, tan avaramente envidiado por quienes le dejaron pasar.

El Evangelio, cuanto más allegado a la persona de Jesús, más evangelio. Ni Sus palabras ni Sus acciones le multiplican. Ni siquiera la trayectoria de Sus dos naturalezas. Busca la unidad de Su persona. Y dentro de ella, simplifica Su espacio y tiempo. Quien distingue el Evangelio del Niño, del de Jesús crucificado, tiene aún que desaprender. Humano es multiplicar perfecciones en el Maestro, y ahondar espaciosamente en ellas. Se lo dejo a otros. Algunos somos tan poquita cosa que por no perder el sosiego que buscamos y aun tocamos, tampoco queremos salir de la intuición simple, oscura, que Le aprehende entero. Y no acertando a decir lo que vemos, hallamos poco que aprender en lo que tantas multiplicadas perfecciones dicen que dicen.

Gustar de Su imitación, en premio a ella. Saberse en El. «Tener los mismos sentimientos que en Cristo Jesús» (Fil 2, 5). No querer tener otros, ni poderlos tener, dichosamente incapaz como discípulo de ser más, en sentimientos, que El. Sin que la izquierda comulgue con la derecha, el cuerpo con el alma, el espacio y tiempo de uno con los Suyos. Reducir el evangelio al evangelio por El vivido en los entresijos ignorados de Su preciosa Humanidad. ¿Habrá en Jesús miembros que ignoren lo que otros hacen? A vivir, pues, en la ignorancia absoluta compatible con el vivir en El. Vivir en El, sin ser sabido de El.

El Maestro no echó cálculos para asumir unas enfermedades y rechazar otras, lavar unos pies y no otros. El instinto de Dios y de los hombres confundíanse en El. La unidad que les confería el Verbo bastaba para que clamaran a Dios.

El amor de Jesús al Padre no tuvo la satisfacción de quererle a su solo gusto. Habríale sido tan fácil, como la espontánea efusión de las delicias trinitarias a su Humanidad. El Hijo amó, según la carne, con las limitaciones impuestas por la de sus hermanos. Nunca se buscaba en

solo Dios, desde que quiso buscar también en carne. En el abrazo a nuestras limitaciones, limitó de alguna forma el abrazo a Dios. Por dar el ósculo que de aquí abajo le pedían (cf. Cant 1,1), sacrificó la claridad primera. Y no retuvo el deleite de la Visión, para sentir las ausencias del Padre, y vivir, roto por medio, a pesar de la comunión personal.

En el Huerto o en la Cruz experimentó como hombre la lejanía del Padre y de Su claridad. Desde Encarnado amaba en forma humana las maravillas de Dios, y se le hacían asequibles al modo nuestro con una versión equidistante del dolor puro y del puro deleite, a la medida del intercambio factible entre las dos naturalezas, y sobre todo de la versión de lo divino en lo humano. ¿Qué sabe uno si las delicias de lo divino visto por Jesús le producían llaga, con pena y deleite simultáneos? ¿Quién separa delicias de penas, en una Carne hecha para solas penas?

El tiempo, inexorable en las ausencias divinas de los santos, dejóse también sentir en el Maestro. A quienes no quisieran tedio en el servicio de Dios, tanto desierto les dice dónde están. Y por ahí se vislumbra la vida interna de Jesús. La economía no cambia de sus hermanos a El. Para alivio nuestro —por entenderLe siempre Mayor— más que para declararnos el misterio de las experiencias Suyas.

El interior del Maestro no pasa de las manos creadoras del Hijo a los pies de los Doce. Ni de la boca de Jesús, a los oídos de ellos. Muchas cosas del Señor quedaban entre el cielo y la tierra, en beneficio de la futura Iglesia. En su día tomarán cuerpo, entre los creyentes, según los designios del Padre; cuando el Hijo ya no vista forma de siervo, y con el tránsito de la dispensación transitoria Maestro y discípulos se adentren a Dios todo en todos.

El Evangelio no se entiende, o se entiende a lo judío, de Cristo para Adán. Antes de subir a Abrahán, con la Ley se carga de mil carnalidades. Mucho mejor se comprende a la parte de acá, de la primera a la segunda venida de Je

sús. Mas ni ahora, entre los más, en su valor. El magisterio de Jesús está vinculado a la 'forma de siervo'; a la dispensación de su Carne benditísima, clavada en la cruz, abierta por el costado con salida para la Iglesia. Y lo gobernado por la 'forma de siervo' resulta oscuro, difícil. Espontáneamente vamos, sin saber lo primero, a lo segundo. Sin entender la 'forma de siervo' a la 'Forma de Dios'. De la Pasión no entendida subimos a la Resurrección. Antes de saber ser hombres, buscamos ser dios. No nos hagamos ilusiones. De los brazos de la cruz a los del Padre sólo ascienden los crucificados. Los que en su Carne propia enseña él.

Primero sufrir. Luego, muy luego, la gloria. Lo segundo sobre lo primero. Tan espontáneo como la propia claridad de Jesús, o como el Magisterio que traerá del Padre: de Carne gloriosa a carne también gloriosa. En la atmósfera que ignoraron los guardas del sepulcro de Jesús; las piadosas mujeres, en el Jardín de José de Arimatea; y asimismo los apóstoles en la Ascensión. Si fue ignorancia la gloria, humanamente aprendida, del gran misterio de luz (resurrección y ascensión), ¿qué será saber la gloria de Jesús desde ella misma? ¿desde la gloria del Padre? El Espíritu divino, derramado del Padre al Hijo del hombre, y de la carne de Cristo a la de los predestinados, caerá, como surtidor que alegra la Ciudad de Dios, sobre los habitantes del Reino. Ya no bautismo de remisión, ni Jordán dé pecadores, sino refrigerio y sábado de fatigas, principio de unidad, Dios en Dios.

20• «Viene, pues, a Simón Pedro. Y dícele éste: Señor, ¿tú a mí lavas los pies?» (Jn 13,6)

Jesús debió de comenzar por Simón, primero habitualmente en las consideraciones del Maestro. Hizo ademán de arrodillarse a sus pies. Los ángeles, invisibles, callaron

ante el Señor en oficio de siervo. Simón saltó: «¿Tú lavarme a mí los pies?» Muy rudo y poca cosa, no olvidaba su condición: «Apártate de mí, que soy hombre pecador» (Lc 5, 8). El que se habitúa a la compañía de otros, miserables como él, olvida fácilmente lo que es.

El principio de las buenas obras es la confesión de las malas. Los hombres se parecen en que todos son pecadores. Difieren en que unos aman sus pecados, y otros se acusan de ellos. El comienzo de nuestra justicia es la confesión de los pecados. Esto mismo que te hace aborrecer los pecados no tendría lugar si no te alumbrase la luz de Dios, si no te lo mostrase Su verdad. El que, advertido, ama sus pecados, odia la luz que le advierte y la rehuye para que no le reprenda las maldades que ama. Mas quien hace la verdad reprende en sí sus malas obras. No se contempla ni se perdona, para que le perdone Dios. «Aparta tu vista de mis pecados» (Ps 50, 11). Y en seguida: «Pues yo reconozco mis crímenes y siempre ante mí tengo mis pecados». Ten siempre en tú presencia lo que no quieres esté en presencia de Dios (cf. san Agustín, *Tract. XII in Joh, 13).*

Mandó Jesús que descubrieran el sepulcro de su amigo Lázaro. Una mujer delicada se le interpuso. Amaba también ella a Lázaro, mas no hasta consentir molestias al Maestro: «Señor, que hiede, pues lleva ya cuatro días» (Jn 11,39).

Jesús mío, ¡qué devoción me dan estas evangélicas rebeldías de tus amigos! La de Simón Pedro, y la de Santa Marta. ¡Qué bien se expresaron, y cuánta razón tenían para no obedecerte!

En tales casos, tiene uno por defensa la espontánea libertad de la confusión. ¡Por Dios, Señor, no sea así! En nombre de Dios, se resiste a dejarle obrar. Más allá del sentimiento de su propia miseria, está el de la alteza de Dios. Lucha por El contra la humillación de su Hijo. Sería poco humano el amor de la criatura si no se adelantara alguna vez a pedir a Dios se le diese a conocer de otro modo, sin obligarla a tanto. Marta era muy fina con el Salvador. Compaginaba la llaneza de los Doce con la aristocracia. Jamás por jamás se habría descuidado en su

trato. De exquisita sensibilidad, habríale querido a la cabecera de Lázaro. Muerto su hermano, deseaba para él la memoria amorosa de Jesús; atenciones excesivas, con menoscabo de su persona, no. Tal vez más tarde negoció con su hermana los pormenores de la Cena de Betania; y le compró la libra de ungüento con destino a los pies de Jesús (cf. Jn 12, 1-8). ¿Iba a sufrir ahora el mal olor del sepulcro para el Hijo de la Virgen?

Algo de eso explica la actitud de Pedro, no tan fino como Marta, pero de análogos sentimientos. Recordaba tal vez la Cena de Betania. La fragancia del nardo se le había metido en los huesos. Quedó con envidia de la santa mujer por haber lavado y besado los pies del Maestro. El amor hermana corazones. Juan iba a descansar en el pecho de Jesús. Pero, ¿qué es mejor, llorar libremente sobre los pies o reclinar la cabeza sobre el pecho? «Entré en tu casa —decía Jesús a Simón el leproso— y no me diste agua con que se lavaran mis pies; y ésta los ha bañado con sus lágrimas, y enjugado con su cabellera. Tú no me has dado el ósculo; pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ungió mis pies con ungüento» (Lc 7,44ss).

Haya que distinguir o no la unción de Betania, de la en casa de Simón el leproso, ambas responden a un mismo sentimiento para Jesús, y coinciden en el mismo perfil: la unción de los pies. Por ser mujer la que los unge, simbolizan la efusión de la Iglesia 'prometida Esposa'. Un tiempo pecadora (como María Magdalena) y purificada en trato con Jesús (como María de Betania), intuye la misteriosa coyuntura del inminente matrimonio. Ya que no pueda aún derramarse, del costado del Esposo dormido, se adelanta a la efusión de la sepultura (y de la cruz), ungiéndole los pies. Ratifica, pese a su elección para Esposa, su nativa condición servil. Esclava antes que mujer. Y ambas cosas, en comunión con el Esposo, esclavo en carne, primero que Dios.

Tornemos a Simón. Las mujeres se llevaron el privilegio de otras finezas. En vez de lavar como ellas los pies del Señor, le contempla a los suyos en ademán de siervo. El encendido rostro de Jesús refleja extraños sentimien

tos. El discípulo no los entiende. Sólo ve por sentidos. Y antes de sufrir la vergüenza de tener de rodillas a quien confesó por Hijo de Dios, exclama: «Tú a mí no me lavarás los pies».

No cuidaba de otros. Tampoco los conocía por dentro, ni sacaba tiempo, en tan inesperada situación, para pensar en los demás. En situación análoga, su primer maestro, el Bautista, dice a Jesús (Mt 3, 14): «Yo debo ser bautizado por ti, y ¿tú vienes a mí?». Mas no todos son como el Bautista. Juan siente más que Pedro la humillación de quien viene a bautizarse como pecador. Mas el sentimiento de su propia miseria, a la luz de Dios, le obliga a acatar los designios del cielo. Los grandes justos lloran en secreto, aún más que sus pecados, las predilecciones divinas sobre su probada y continua ingratitud. Jesús no estorba el llanto invisible.

Espántale verse pecador, y obsequiado de Dios. Cree vivir en mentira, aceptando cosa tan contraria a verdad, y teme no vaya Dios a colmar la medida de sus misericordias, y retirárselas definitivamente. La economía que tan poca distancia pone entre el Tabor y el Calvario, aturde al apóstol. Y es obvio que quienes no son el Bautista reaccionen sin tino. El mejor obsequio de uno a los inmerecidos del Señor es la confusión interna, llevada con sencillez. Los ademanes valen poco. Quede el alma en silencio para el día de la verdad. No tardará ésta en presentarse. Piensen otros lo que quieran, poco importa. No soy lo que mis palabras y ademanes. Vendrá la hora de las tinieblas y aparecerá mi verdad. Más valía haber callado una vez ante Jesús, y tres veces ante la sierva. Galileo ante Jesús, y galileo ante la sierva. Pecador ante El, y discípulo ante la sierva. Ni para lo uno ni para lo otro se requerían palabras.

Feliz, en cambio, el que se resigna a todo para cumplir la justicia de Dios. La voz calla para dar paso al Verbo. Cumplida la misión, ¿qué más da ir a la cárcel, o perder la cabeza en premio a un baile? Uno ya no es de uno, sino de Aquel que le envió. De la nada, o de nadie, nadie hace cuenta en bien ni en mal. Si es horrible el paradero del Bautista, es también digno de envidia.

No importa sintamos a Jesús, en oficio de siervo. Importa amarle, como Maestro y Señor, yendo hasta la forma en que iguala al Padre. Tomás hubo de experimentar deleite de cielo, al introducir la mano en la llaga del costado. Y no obstante, prefiero como los demás, mirarla desde fuera con amor, sin que el propio Dios me fuerce a darle crédito. Esos favores mejor van en el cielo. Aquí más vale callar. Para creer, no ha de allanarse Dios a nuestras manos. Lo de todos, lo llano, lo de siempre, vivido a lo Dios.

Maestro y Señor, yo te sufro a mis pies. ¿Qué he de hacer, sino cumplir toda justicia? Aguardaré en silencio. La forma de siervo no me oculta a Dios. Dios nunca es siervo sino del Amor que es. El hombre triunfa de él, dejándose ganar, por obediencia, a sus designios. Ya que Dios se hace siervo, se hará el siervo Dios; y se cumplirá toda justicia.

«Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado, y todo se os hará poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con solas palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien —señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad— los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hiciereis en este caso, hacéis más por vos que por ellas» (Sta. Teresa, *Moradas séptimas* 4,9).

«Y tengo por mayor merced del Señor un día de propio y humilde conocimiento, aunque nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oración. Cuánto más que el verdadero amante en toda parte ama y

siempre se acuerda del amado. ¡Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración! ...¡Oh Señor mío, qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas, de pena de ver que no basta que estamos en este destierro, sino que aun no nos den lugar para eso, que podríamos estar a solas gozando de Vos!» (Sta. Teresa, *Fundaciones* 5, 16).

21• «Respondióle Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después»

(Jn 13,7)

Los designios del alto no serían divinos, si fueran asequibles al hombre. Dios obra según él, y pone en todo algo de su esencial misterio. Ni Simón ni el Bautista ni la Virgen Madre entendían a Jesús. «Todas las cosas las ha puesto el Padre en manos de Jesús». Mas «nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni conoce otro al Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27)

jesús sigue, no obstante su condescendencia, tan sublime y alejado de nosotros como antes de la creación del mundo. Infinito como Dios. Y no porque uno se resista a aprehenderle; sino porque no halla dónde ni cómo aprehenderle.

Consuela saber tan inasequible a Jesús. «¡Quién diera fueses un hermano para mí, que hubiese mamado los pechos de mi madre! Te hallaría en los caminos y podría besarte sin que nadie me despreciara. Te guiaría e introduciría en la casa de mi madre. Yo te daría a beber del mosto de mis granadas» (Cant 8, ls). ¡Quién pudiera aprisionarte, en cuerpo y alma, o abrazar tan apretadamente tu persona, que le robara el secreto de las intimidades con Dios!

«No lo entiendes ahora, lo entenderás después». Es el juego, la tensión entre ahora y después: que promete y no

da. Así se engañan humanas ilusiones. Y así entretiene Dios, como objeto de esperanza, el trata con los mejores. «Porque no se une uno con Dios en esta vida por el entender, ni por el gozar, ni por el imaginar, ni por otro cualquier sentido, sino por la fe según el entendimiento, y por esperanza según la memoria, y por amor según la voluntad. Las tres virtudes causan vacío en el interior: la fe en el entendimiento, vacío y oscuridad de entender; la esperanza en la memoria, vacío de toda posesión; y la caridad en la voluntad, desnudez de todo afecto y gozo de cuanto no es Dios. La fe nos dice, en efecto, lo que no se puede aprehender con el entendimiento, como 'substancia de las cosas que se esperan' (Heb 11, 1). Y, si bien el entendimiento con firmeza y certeza consiente en ellas, no son cosas que se le descubren. Asimismo la esperanza pone a la memoria en vacío y tiniebla de lo de acá y de lo de allá; pues la esperanza es siempre de lo que no se posee. De donde san Pablo (Rom 8, 24): 'La esperanza que se ve no es esperanza; pues lo que uno ve (o posee), ¿cómo lo espera?'. La caridad, ni más ni menos, hace vacío en la voluntad, de todas las cosas, pues nos obliga a amar a Dios sobre todas ellas, lo cual requiere apartar el afecto de todas ellas para ponerle entero en Dios» (San Juan de la Cruz, *Subida del monte Carmelo* II, 6, lss).

Para esta ribera queda el vacío o desnudez ('tú no lo entiendes ahora'); para la otra la plenitud o consumación ('lo entenderás después'). Entre ambas media la Humanidad de Cristo, con las dos vertientes de oscuridad y de claridad, de expectación y de posesión, de amor oscuro insatisfecho y de visión consumada. Ambas, desde ahora asequibles para el hombre, conforme a las dos formas — servil y divina— de Jesús. El que profesa, en fe, la divina *consumación* de Cristo Hombre lograda mediante los sufrimientos (de la Pasión), aprehende el camino para asegurar el tránsito de una vertiente a otra. A saber, la vía del sufrimiento (cf. Heb 2, 10). Y, a esta luz, adivina el alcance de las palabras del Maestro: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora», pues aún ignoras el camino de sufrimientos por los que se llega a entender —en carne— los misterios de Dios. Una vez que te decidas a seguir a Cristo,

a través de la Pasión, «lo entenderás». Ella te hará consumado y otorgará el toque inmediato de lo divino, hasta la conjunción espontánea de la carne con Dios.

Dejo a otros sus gustos. Yo desearía seguirte en soledad. Que fueras sólo para ganarme, como era única la oveja que sacó del cielo al Buen Pastor. No sería tan dulce Ja parábola, si el Pastor persiguiera a dos. Y como eres uno para una, a mí toca responder una a uno. Otros no me hicieron, ni dieron su alma en rescate por la mía. No fueron dos a derramar su sangre. Tú eres el causante de mis heridas. Tú provocas reacciones de egoísmo en aquellos a quienes descubres tu fragancia. Aún no te vi, y me enamoraste. Yo persigo la hermosura de quien tan suave aroma dejó a su paso. La fragancia orienta mis caminos. «¡Llévame tras de ti, corramos! Introdúceme, oh rey, en tu mansión. Jubilaré contigo, celebraré más que el vino tus amores» (Cant 1, 3). Haz lo que gustes, con tal de ganarme en fe o en visión. No quedes afuera. Entra en mi interior, y sepa yo, porque haces llaga, que no cierras los ojos sobre mí.

Más que iniciar yo la carrera de la Esposa, en tu persecución, dejo a tu iniciativa las incidencias. Mejor sabrás tú perseguirme. Innumerables caminos hay en la dispensación del misterio escondido en tu mente (cf. Ef 3,9).

Una palabra te compromete para no romper con quienes te amamos mal. Acabas de decir: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después». Si en vida no entendemos lo que haces, y lo entenderemos *después,* será en el cielo. Allí nos dirás por todo lo largo, cómo era preciso vivieras en las cosas de tu Padre. Y por qué requerían tales cosas que te sentaras a los pies de los Doctores en el Templo, te bautizaras entre pecadores en el Jordán, y lavaras los pies de los Doce en vísperas de la Pasión.

Entre tanto sigue entre los Doctores, en el Jordán, a los pies de Simón Pedro. No desconcierta más un Dios así, que unas lágrimas en sus ojos. Ni es mayor ignominia hacer oficio de esclavo con los Doce, que vestir la forma servil en el seno de Santa María. La dispensación del Unigénito, fuera del Padre, es tan increíble como el misterio que desde siempre conocen las entrañas de Dios. Ambos

pertenecen al Padre. Aunque algo consuele aprisionar amorosamente con los sentidos, fuera de Dios, lo que sólo entiende El. No es que medio misterio se vaya por los sentidos, y el otro medio quede para Dios. Todo el misterio se va para el que desde allá —el Padre— lo realiza en el Hijo. Y, pues, se cumple en lavar los pies, lo cual es nuestro, se viene también todo él a aquéllos por quienes lo hace. En amor es posible entender, igual que en fe, lo que más tarde en visión.

En el entender no entendido está la posibilidad desde ahora de saber en el Hijo de Dios tanto como Dios. Hay individuos muy tardos en entender. Lo que ahora ven, lo comprenden mucho después. Esto ocurre en la dispensación de Jesús. Lo que, a los pies de Simón, tenemos bien visto, lo entendemos más tarde. ¿En la aparición del Tiberíades?, ¿en Pentecostés?, ¿a la muerte de Pedro?

Quien sabe que lo visto es inmenso como Dios, gusta de entender donde lo inmenso no se acaba de medir. Pasen los días de los hombres, y venga, cuando haya de venir, el de Dios. Entonces sabremos lo que vimos, y juntando noticias extremas de fe y visión, todo se hará visión.

¡Ea, Señor! Por no entender yo ahora lo que haces, no dejes de hacerlo. El Padre te lo mandó en beneficio de la Iglesia. Sigue en oficio de esclavo. Lo que el cielo descubre en tu acción, lo descubro yo por sus ojos.

Así pues, creo todo lo que no entiendo, mas no entiendo lo que creo. Y no por eso ignoro la utilidad de creer multitud de cosas, para mí desconocidas. Muchas entiendo, que otro —el Maestro interior— entiende en mí. Todas las que entiende para mí, sin hacérmelas aún entender. De las que Cristo entiende en mí, y para mí, no hay una que haya de escapar a mi ciencia. ¡Oh cuánto se goza, aun entre hombres, antes de entrar, en posesión de lo que sabemos ya nuestroíDelicias de mañana, que antes de venir son hoy mayores, agrandadas por la expectación.

¿Y por qué no entretener la esperanza, en saber ignorando, con sabiduría de mayor expectación, lo que la propia Sabiduría increada guarda, en Su Carne, para mí?

Es equivocar lecciones, quererlas aprender a un nivel para el que no se dieron. Las lecciones de fuera son para

fuera. Las de dentro, para dentro. ¿Y las del Maestro interior? El que quiera entender externamente lo interior, lo destruye. Para comprender los misterios de Jesús, externamente revelados a los pies de los Doce, conviene darles paso adentro. Y no extrañar que el grano de trigo caiga, tarde en morir, y aún más en multiplicarse. El olvido tal vez de todo lo que hubo, traerá la sabiduría, y aprenderá el hombre en carne lo que en el día la carne se resiste a aprender.

22• «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora» (Jn 13,7b)

Ni lo de ahora ni lo de mañana. A Jesús sólo le entiende el Padre. «Ninguno conoce cabalmente al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno cabalmente, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quisiere revelar» (Mt 11, 27). En su persona y en sus cosas. Tan alto vive Jesús, que vive solo. La compañía de los Doce no altera su estatuto. Y no solamente como Dios, sino como hombre: en su inicial existencia humana, y en el resto de su vida.

Es cosa que alienta a quienes viven solos entre muchos. De los cuales hay más que se piensa.

Al cabo de los años, mejor se aviene uno a vivir en soledad que entre muchos. Porque soledad y unidad hermanan, multitud y dispersión también. Y uno busca naturalmente la unidad.

Yo no creo demasiado a los que repiten, queriéndonos predicar a algunos, que el hombre es social. ¿Lo repetirían tanto, si pasaran por ciertas experiencias?

La multitud tiene sus experiencias. Multitudinarias y muy sabidas. A quien sienta otras, más hondas, de las que sólo se tienen en soledad, por venir de quien no confunde un alma con otra, o de pruebas interiores cada vez más fuertes y por lo mismo más individuantes, no le distrae lo sabido desde siempre.

Hay paradojas en la vida y ésta es una. Vivir solo entre muchos. No sentir la compañía de los demás. Sentir en cambio la lejanía de los cercanos. La distancia que nos separa de aquellos de que nada distamos. Las alegrías de muchos suelen ser superficiales. Las grandes penas son de ordinario hondas. Pero, nueva paradoja, antes dejarán los mundanos sus alegrías que los solitarios sus penas. Porque los habituados a la soledad, a vueltas de muchas amargas experiencias, gustan de Dios. Lo superficial les aridece. Si entre penas anda el Señor, El se las endulza.

Déjennos pues a los solos que vivamos entre otros, sin sentir con ellos. Igual que les dejamos vivir entre nosotros, sin sentir con nosotros. En el fondo del océano ha de haber oscuridad. En las tinieblas de Dios vivieron los Santos. Y si no pudieron decir con palabras lo que sentían, lo revelaron entre lágrimas y sufrimientos. No debían de sentir muy distinto que nosotros. Oscuridad, tinieblas, vida solitaria, con turbación en el hombre exterior, con sosiego en el interior.

Dios sea bendito que me dejan sólo. Un tiempo lo lamentaba. Ahora lo agradezco. Para nada me necesitan. Se bastan para sus fiestas. Mi presencia se las amarga. No sé divertirme ni interesarme siquiera como ellos. Y si río, saben que muy a medias. ¡Ay, Dios mío! Se dicen abiertos y me condenan por cerrado. Llevan razón. Yo no puedo abrirme a hombres así, porque me duele el alma por todas partes y no he de abrírsela a sus carcajadas. No me hieren angustias de artificio, ni preocupaciones de media hora. Intimidad que no atraviese la muerte tan entera como empezó, no la quiero.

Más vale me dejen solo, y rodeen por uno para ir su camino, derechos a lo suyo. De las mil cosas que pasan en torno, las mil son tangenciales. Ninguna cruza el alma. Todas giran y se van.

Dejándome siempre solo, me habitúan a vivir sin humana esperanza. La soledad entre muchos obliga a vivir de solo Dios, y trae gusto para la amistad del cielo. El corazón, harto de esperar, ya no espera. Pensó llenarse con juegos de hombres. Los juegos venían alguna vez, y pasaban. Así vino la amargura con la exigencia insatisfecha.

Declinó luego la amargura y creció la exigencia. Quedaba el vacío. Quiso tornar el juego a llenarme, disimulando su condición. Ya no me engañó, y preferí quedarme entre la tierra y el cielo. Yo esperaba en Dios. Tardó, y se vino poco a poco. Yo no me habitúo del todo a que se me venga tan poco a poco. ¿Por qué no te me vienes entero, Señor?

La resignación es fruto de tales experiencias. Al fin descansa uno en la propia miseria, levantando la mirada a Dios. Pero, sin prisas. ¡Cuánto cuesta sacrificar las prisas! Ni siquiera para Dios las debe haber. Vendrá cuando El disponga. Ni yo conozco mi disposición, ni el Espíritu Santo ha de señalarme sus tiempos y momentos. Sobre el colegio apostólico tardó en llegar 10 días. Esperaré. No es poco saber que El me mira. He aprendido a mirar arriba, lo mismo al cielo sin nube, que a la nube que me quita la vista de Jesús. ¿Bajarán los ángeles a reprenderme? Sea la persona del Hijo, o la nube que de momento me la encubre, tanto da. Ellos, en el cielo, ven al que ven. Yo en el suelo, veo en esperanza lo que ellos ven. No he de mudar postura al salir de aquí. A María en Betania le aseguró el Salvador que no le quitarían esa visión. Gran cosa para quien mira más allá de los ojos. Siempre me acompaña Dios. Aunque nada me dice, es bastante. Nada le digo, y descanso. Dios mío y mi todo. ¿Qué es no hacer nada, y estar en todo? Hasta ahora quise varias cosas, o una sensible que me entretuviera. Ahora se redujo todo a esta nada que hago. O quizá mejor, que me dejan hacer. Un no hacer nada, para que otros hagan en uno. Dejar hacer a quien Solo quiere hacer. Dejar llover a quien desea inundarme. Si Dios es mar y yo tierra, dejarme anegar, para que todo sea mar. Tal debió de ser antes de la separación de las aguas. ¿Hubo algo de ese misterio en Jesús? Dios y mi todo.

Adiós, pues, ilusiones de uno que las veía como islas. Ni siquiera islas. Todo mar. Todo divino, sin humanas ilusiones. Todo consuelo o desolación del cielo, sin atisbos humanos. Deja de una vez a Dios su inmensidad pura, sincera, azul como el cielo sin nubes. Cayeron una tras otra las ilusiones. Se fueron hundiendo en Dios. Yo

mismo las hubiera aplastado contra la superficie de las aguas.

Y como la adúltera ante Jesús, quedé solo. Los fariseos lejos, y sus piedras también. Más tarde Jesús se fue, luego de haberme defendido. Volvieron los escribas, trayendo más piedras. Ya no me dolían como antes del consuelo de Jesús. Cada vez duelen menos. Dejé las ilusiones mismas de la inocencia y de la virtud. Ahora, en la conciencia de mis faltas y pecados, hallo modo de serenarme. Lo que me echen encima bien está. Si me duele, no lo extraño. Pecador sigo. Pero voy ganando en paz. Esto podrá durar. Habiendo serena visión de las propias miserias, amor al cielo lejano, y al Señor que voluntariamente se me alejó, quitará el corazón distancias, como si estuviese bañado en la vista de los ojos de Jesús. Ellos me miran. Eso me basta. Vivo para El. No hago más. Así logré simplificar complicaciones. Y en soledad, en esa dulce soledad, a la que por fin saqué gusto, me dejan pensar largo, enamoradamente, en El. Sin pedirle que venga, sin urgirle que salga por mí, sin requerirle un recuerdo siquiera, sino como puro objeto de mi pensamiento y amor. Que yo te ame, Jesús, y el tiempo no me sirva para más.

23 • «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después» (Jn 13,7b)

Los misterios de la providencia están ocultos a todos. Y los particulares sobre uno, el primero en ignorarlos es uno mismo. ¡Cuántos caminos, abiertos para los demás, están escondidos al interesado!

El túnel de los días grises parecíame sin fin. Por ningún resquicio divisaba luz. En las propias manos de Dios, no me entiendo. Tan oscuro y negro lo veo todo. Años de hambre hasta en los huesos, y dormido en mi cansancio sin poder clamar: «Jesús, hijo de David, ten compasión de mí» (Mc 10,47).

El alma en sosiego invoca espontánea a Jesús. No así en la tribulación fuerte. Meses y años se le van en absoluta mudez. Uno que, de fuera, la ve sufrir, la compadece. Entre tantas penas no sabe llorar ante el Señor, ni abrirle —siquiera a golpes— el corazón. La pena dista del consuelo lo que el breve esfuerzo de un gemido a impulsos del Espíritu. Pero el gemido no llega; el suspiro —tan fácil— no sale.

Asomado uno a tales casos, descubre exquisita sensibilidad, extremada amargura por sabidas miserias, miopía de niño que llora, a oscuras, en brazos de su madre. Se cree solo, y le briza el «Padre de las lumbres y Dios de toda consolación» (2 Cor 1, 3).

Es el régimen de Dios. Noche de fe, primero que día de revelación. No a todos resucita Jesús en este mundo. Dijo a la viuda de Naím (Lc 7, 13): «No llores», y la llevó de las lágrimas al consuelo. Gustaría saber si los dos —madre e hijo— siguieron vinculados a Jesús o con los días (y la persecución del Maestro) le olvidaron. Yo prefiero amistad sin milagro; desinteresada. Y todavía mejor, hasta con odio de los judíos. A la ilusión suprema en seguirle, acompañan, entre hombres, puros disgustos. Ahora lo sabemos. Antes de El, no.

Yo anduve extraviado mucho tiempo. Dios tenía sus caminos. Habituado a los años eternos, no conoce prisas. Deja morir a la hija de Jairo. Da tiempo a la enfermedad para que se lleve a Lázaro. No por ser mal amigo de sus amigos, ni insensible. Marta y María le vieron llorar fuertemente. Sino porque nos ama en obediencia al Padre.

Jesús lloró sobre mí, antes que yo me llorase. Y entretiene la niebla que me separa de El, sin disiparla con el Espíritu y revelar su rostro. Nadie le corre por abreviar a los suyos la cruz. Quiere habituarlos a Sus propios caminos. Entre las ovejas del Buen Pastor, unas le necesitan con apremio; otras pueden esperar años, dispersas por los montes.

Me veo tal vez juguete de intereses bastardos. Alguien que debe solas atenciones se aprovecha de mi debilidad y silencio para sacrificarme a los poderosos. Y así será. Se perfila —para el hombre de fe— entre nubes (atmósfera

de fe), una mano amorosa dispuesta a intervenir a la hora decisiva, mas no para evitar disgustos. ¿Acaso quiere Dios justos sin fe? «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora. Lo entenderás después».

Junto al sepulcro vive con disfraz de jardinero el difunto. A saberlo, no arrastraría uno tanta tristeza. Dejémosle a su aire. Fue buen muerto y es buen jardinero. A unas flores las regala con mimo. En viniendo a mí, pasa de largo distraídamente. Los de Emaús le tuvieron por distraído.

Sino que lleva adelante sus designios, al margen de los nuestros. «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestras sendas las mías, afirma Yahvé. Tanto como los cielos superan en elevación a la tierra, así mis caminos son más levantados que los vuestros, e igual mis pensamientos» (Is 55, 55s).

Dios y uno se mueven en planos paralelos. El que por fe sigue como Abrahán al Verbo, se alegra a la postre de que El gobierne a su aire el mundo.

Mejor me amas que me quiero. Sigue así. Déjame en el sepulcro. Continúa tu camino, y guárdate de los judíos. No vaya a ser, que por resucitarme, comprometas tu propia vida. A haberlo entendido Marta y María... Lejos de Jerusalén hay muchos necesitados de ti. Descansa entre ellos. Y si conviene que el profeta muera en Jerusalén, será por los caminos del Padre, no por el de Betania.

Los apóstoles incomprendieron la Pasión. La entendieron más tarde. «Yo mismo que te hablaba en la tiniebla, sin que me entendieses, yo estoy a tu vista» (Is 52, 6). Ningún hombre se acostumbra de golpe al Espíritu. Resbalando un día y cayendo otro, con oración y ayuno, entre arideces y consuelos, en compañía de otros o en soledad, a empujones de fe, termina uno por abandonarse a Dios.

Pues, siéntalo uno o no, todas las cosas le son a uno El. «Siente y conoce la verdad de aquel dicho de san Francisco: 'Dios mío y todas las cosas'. De donde, por ser Dios todas las cosas y el bien de todas ellas, se vislumbra el cielo del abandono a Dios. Todo lo amable es El en infinita manera. Cada una de las perfecciones y maravillas es

Dios, y todas juntas Dios; que, por cuanto se une el alna con Dios, siente ser todas las cosas Dios en un simple ser» (cf. San Juan de la Cruz, *Cántico* A 13, 5).

Los discípulos bregaban contra las olas. Y porque Jesús dormía, le creyeron dormido a sus trabajos. Como si las olas no fuesen a anegarle igualmente a él. O como si el sueño le distrajera de quienes corrían su misma suerte. , Así tratamos de sacudir el sueño de Jesús, testimonio de la más fina amistad. Se fue el peligro, mas perdióse lo mejor. Dios confía el propio descanso a la dispensación del hombre, para que el hombre confíe en el sueño de Dios. Mientras Jesús duerme en la barca, no saben los Doce velar Su descuido. Es lo de siempre. No sabemos dejarle a Dios ser Dios.

Es signo de confianza elegir, sin previa invitación, el lecho de uno. 'Desde que duernes en él, le hiciste tuyo. Sigue, y no despiertes'.

t

Dueño de vida y muerte, amansará el peligro. Hasta haberle faltado con apremios, no entiende uno su poca fe. Descansa entre las olas, dueño del mar. En su tranquilo sueño, habla con el Padre a mi favor. Aunque así no fuer se, es signo de cansancio, hasta en Dios, y conviene resper tarle. Más vale el silencio de Jesús en su día, que el Evangelio. Es Verbo aunque calle.

No transijas, Señor, con mis gustos. Obra a lo Dios, con la eternidad por delante. Y a lo amigo, con entera pose» sión de mi persona y tiempo. Eres libre para todo. «Lo que tú haces, no lo entiendo ahora.» Y si tampoco lo en» tiendo después, nada importa. Haz todo lo que quieras. El siervo no entra en las confidencias del Hijo con el Padre» Si todo tú eres para Dios Padre, y todo el Padre es parata yo entro en esa economía, velando tu sueño, para que descansadamente subas al abrazo con El. Ese abrazo, por lo dulce a tu Cuerpo, hace mucho bien al mío.

«Lo que yo hago, tú no lo entiendes»; como tampoco entiendes lo que Otro hace en mí, cuando esto hago. Yo vivo en pura dependencia. Si así no fuera, no sólo no

haría lo que ahora ves. Ni siquiera sería. Yo soy lo que Otro me hace.

El Verbo viene del Padre. No nació ni nacerá. Sólo en presente es Hijo. Le toca nacer sin haber nacido. Tan necesario le es venir del Padre, como al Padre engendrarle. El uno se halla dando y el otro recibiendo. Entre el dar y el recibir no media persona divina. Entre el Padre y el Hijo media la generación. Perfecta siempre, nunca se va. No es Dios ni se dice Padre, como entre hombres, porque engendró.

Hay mil cosas en la vida del hombre, fuera de nacer. El nacimiento nos dio la vida. La vida es lo que sobreviene. En el primer acto de la existencia se inician los años. El hombre vale por lo que fue luego. La madre necesitó del padre para concebirte. Pudo éste morir enseguida, dejando viuda a tu madre. Nacerías huérfano, y vendrías como los demás niños.

No así en Dios. El Verbo es siempre Hijo; porque siempre nace. Nacimiento y concepción se confunden. El Padre es Dios por lo que comunica al Hijo. Padre, por comunicárselo. Dios en ejercicio, sin poder dormir. En su vigilia de Padre, concibe y engendra al Verbo. Y éste, en su vigilia, sostiene el ejercicio del Padre. No da el uno más que el otro recibe. Ambos lo hacen por entero. Los dos se agotarían si en el ejercicio correlativo hubiera germen de fatiga. El Espíritu, esencia divina, ignora fatigas. Simplicísimo, permanece en acto sin dualidad. Dios y Padre no hacen dos, como tampoco Dios e Hijo. En la sencillez infinita de Dios, hay dualidad entre Padre e Hijo. Entre nosotros vale haber sido padre una vez, dos veces, o nunca, y ser hombre, con innumerables experiencias de vida. En la existencia de Dios, el Padre ignora las mil distracciones que hacen el tejido de nuestra vida. No duerme ni come ni se deleita sobre Sus propias perfecciones, ni recibe la adoración de los ángeles ni colma fuera de Sí los senos de la eternidad. El Padre se agota sin cansancio, en la generación del Verbo. Y todo lo que, a nuestra manera, se concibe divino, o pudiera atribuírsele como a Dios, va tan *paternado* en la primera persona, y tan *filiado* en la segunda, que las delicias y distracciones se traducen en el

Padre engendrando, y en el Hijo naciendo. ¡Qué dulce espontánea simplicidad! ¡Quién pudiera, Jesús mío, a tu imagen y semejanza, ser siempre Hijo! Tan torpe, tan inefablemente torpe, que como Tú, no pudiera más. Y amando a otros, fuera Hijo. Y llorando con mis hermanos, hiciese el Hijo. Y muriendo, naciera Hijo. Hoy y mañana, y siempre igual.

Las delicias de Dios no son en El de Hijo, sino de Padre. Así como las delicias del Hijo no son delicias de Padre. Todo lo que el uno goza en engendrar, goza el otro en nacer. Mas las delicias son siempre de signo contrario. El Hijo tiene por infinito y personal privilegio *depender, venir de, recibir* sin poder dar al Padre. Mientras el Padre se deleita en *dar, ser principio* del Hijo y del Espíritu, sin poder recibir. Apurando, hasta en lo divino valen ciertas humanas delicadezas. El Padre recibe del Hijo el Hijo mismo. Porque más es el Hijo del Padre que de Sí. Y en Dios, el genitivo ('Hijo *de Dios")* es el mejor regalo que del Hijo le va al Padre. Aquí ganaría Jesús grandes batallas, complaciéndose en ratificar ante los Judíos Su personal dependencia. 'Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra' (Jn 4, 34). 'Cuando levantareis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que soy yo, y que de mí mismo no hago nada, sino que —según me enseñó el Padre— eso hablo. Y el que me envió está conmigo, y no me dejó solo, porque yo hago siempre lo que le agrada' (Jn 8, 28s). Al hablar así, Jesús sentía la infinita dependencia del Padre, en ejercicio, como en Belén eterno. Y glorificaba al Padre ante los hombres, acentuando —agua venida de la fuente— lo que debía de continuo a El.

24• «Dícele Pedro: Nunca jamás me lavarás tú a mí los pies» (Jn 13,8a)

Un breve diálogo da fin a la escena del Niño perdido: «Al verle sus padres (entre los doctores) quedaron maravillados. Y su Madre le dijo: ¿Por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de dolor, te hemos andado a buscar. Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que debo emplearme en las cosas del servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de la respuesta. En seguida fuese con ellos y vino a Nazaret; y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón» (Lc 2,48-51).

La Madre calla a la réplica del Hijo. No entendía por entonces la acción de Jesús. Miró al Niño con inefable dulzura. La que tanto sabía de las cosas de Dios, aceptaba humildemente la lección. El misterio pasó a su corazón virginal para la vida de Nazaret. En las palabras del Niño lo vislumbró, y lo veneró con el amoroso acatamiento con que había custodiado nueve meses al propio Verbo.

Así acabaron tres días de angustia. Quedaba la incógnita de posibles desgarrones, impuestos por una paternidad superior. «He aquí que este (Niño) se halla colocado para caída y resurgir de muchos en Israel —y a ti misma, una espada te traspasará el alma— para que se revelen los pensamientos del fondo de muchos corazones» (Lc 2, 34s).

La cruz sin glosa es más fina que con una palabra de consuelo. A veces condesciende el Maestro, declarando los enigmas (parábolas) de su persona. A los más íntimos, les impone su voluntad. Es Verbo del Padre, y basta. Dice lo que es. En Belén, en el Templo, y fuera del Templo. Quien conoce al Hijo, por revelación del Padre, descansa en la fe. Lo que para Jesús es claro, aunque para mí oscuro, se me vuelve claro en El. El pie se apropia los cinco sentidos. El discípulo, los sentidos del Maestro.

Pedro distaba mucho de la delicadeza de Santa María.

Amaba al Maestro atolondradamente. En su mundo de pescador rebosaba el océano de Jesús. Alguna vez le entendió, por notoria revelación del Padre. «El hombre animal no es capaz de las cosas del Espíritu de Dios; pues para él todas son necedad, y no puede entenderlas, ya que se han de discernir con una luz espiritual... ¿Quién conoce la mente del Señor para darle instrucciones?» (1 Cor 2, 14ss).

Pedro se desconcierta. Jesús le habla igual que al Bautista o a su Madre. Mas, poco iniciado en las cosas de Dios, se resiste. Y en seguida: «Aunque haya de morir contigo, yo nunca te negaré» (Mc 14, 31).

Es obvio en los niños amar a lo niño. En los jóvenes querer a lo joven. En los fervores de la primera amistad de Jesús seguir la norma de parecidos fervores. Amar de veras a Dios es amar un abismo, con ayuda del propio abismo. «¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, fuera del espíritu del hombre que hay en él? Así es que las cosas de Dios nadie las ha conocido, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2, 11). Los mejor iniciados callan, dejándole hacer. Por instinto huyen de donde les pueda el cielo obsequiar, poniéndoles a tan dura prueba. Lejos del agua o del Jordán.

El humilde previene las situaciones difíciles. Los santos, aunque prontos a cumplir toda justicia, aparecen a la hora de aliviar. Se dejan caer donde hayan de servir, sin ser servidos. Donde experimenten la enfermedad y cárcel ajenas, sin posible retribución. Si alguna vez les sorprende el Maestro, como a los Doce, en el Cenáculo, ¿qué remedio sino callar y sufrir? ¡Tantas veces perdieron en finezas con Dios!

La ignorancia de los designios últimos hace equivoquemos infinitas veces el camino justo. Buscamos el seguimiento de Cristo, por el que se nos antojaba bueno, y no lo era. Resignémonos a cumplir la justicia, a costa de El.

A costa del Maestro aprendió Simón a ser humilde. Primeramente fueron las tres negaciones con juramento, en la coyuntura más sensible —irrepetible— de la Pasión. Luego, las tres tímidas confesiones de amor, en la mañana elegida por Jesús. Más graves en mal las primeras, que las

últimas en bien. Hizo bien Pedro en seguir llorando lo perdonado por Jesús.

Vale poco la humildad del que retira los pies. El humilde verdadero anda en verdad con Dios. Se retira a tiempo, del peligro, sin contaminarse. Sorprendido alguna vez en él, sale por la honra de Jesús a costa de la propia. No se avergüenza del crucificado, en compañía de solas mujeres. Hace de la ignominia del Nazareno, el título de su nobleza.

«Por la fe, Moisés, hecho mayor, rehusó ser llamado hijo de una hija del Faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios, a tener el goce pasajero del pecado, estimando por mayor riqueza que los tesoros de Egipto el oprobio de Cristo. Porque miraba a la justa retribución» (Heb 11,24-26).

Los fabulosos tesoros de Egipto no solicitan la codicia de Moisés. Más estima el oprobio del pueblo ungido por Yahvé; y singularmente el del otro «ungido» —Cristo— hacia el cual se orienta el pueblo de la alianza de Yahvé. He ahí el tesoro de los graneros de Dios, el «oprobio de Cristo», Sus pasiones (cf Fil 3, 10), origen de la humana Salud, causa de júbilo en la revelación futura de su gloria.

En su día lo anunciará san Pedro. «Si recibís oprobio —dice (1 Pe 4, 13ss)— por el Nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. Ninguno de vosotros debe padecer como homicida o ladrón...; mas si sufre como cristiano, no se avergüence, antes glorifique a Dios con este Nombre».

Vendrán gentes que reputarán «el oprobio de Cristo», por su mayor recompensa. «La tercera es humildad perfectísima, es a saber, cuando... siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo..., que por sabio ni prudenté en este mundo» (San Ignacio, *Ejercicios,* 167).

Y aquello otro, quintaesencia del sentir cristiano: «Es mucho de advertir, encareciendo y ponderándolo delante

de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha a la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza; y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen al mundo, aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu, y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario: es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su debido amor y reverencia. Tanto que desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser teñidos y estimados por locos, por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea; pues la vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo que en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, siendo como es el camino que lleva los hombres a la Vida» (San Ignacio, *Ex.* c. 4 n. 44).

«De nada me aprovecharán —escribía el otro gran Ignacio— los confines del mundo ni los reinos todos del siglo. Para mí, mejor es morir en Jesucristo, que reinar sobre los confines de la tierra. A aquél quiero que murió por nosotros. A aquél que por nosotros resucitó. Perdonadme, hermanos. No me impidáis vivir. No os empeñéis en que muera. No entreguéis al mundo a quien sólo anhela ser de Dios. Ni me tratéis de engañar con lo terreno. Dejadme contemplar la luz pura; llegado allí, seré de verdad hombre. Dejadme ser imitador de la Pasión de mi Dios. Si alguno le tiene en su interior, que comprenda lo que yo quiero. Y si sabe lo que a mí me apremia, que tenga lástima de mí» (San Ignacio Ant., *Carta a los Romanos,* **6).**

El amor al oprobio de Cristo, sin otro ideal que la posesión de su Nombre.

¿Tanto da de sí ese Nombre? Si alguno le siente, lo en

tenderá. Y si entiende lo que apremia, habrá compasión de mí. Si da pena no saberlo decir, alivia saber que otros sienten como uno, y lo entienden. Dios sea bendito, que lo mejor de la fe está custodiado con Jesucristo en El. Déjate poseer del Nombre. Embriágate hasta no más; hasta no sentir sonrojo cuando te ultrajen por El. Adoras a un crucificado. Rindes culto a un mal muerto. Veneras a un ajusticiado. Le tienes por tu Dios. Sacrificarías por El —si fuera posible— al Creador del cielo y de la tierra. Vas bien. No te sonrojes ante la afrenta por Cristo. Armaste la frente con el signo de la cruz. Levántala con santo orgullo.

El miedo a los orgullosos sin substancia hace que no confieses al Humilde (Cristo). Los antepones a Quien por amor a ti no temió indisponerse con ellos. Te avergüenzas de confesar el Nacimiento, la Crucifixión y Muerte (del Hijo de Dios)... Un día, este Salvador, de humildes apariencias y ahora objeto de fe, se manifestará admirable. Lo que hoy nos oculta el velo de la fe, aparecerá mañana de manifiesto. ¿Te ruborizas del Nombre de Jesús? 'Pues de mi humildad te sonrojaste —te dirá eh su segunda venida— no tendrás parte en mi gloria'. No va, entre cristianos, el rubor por Cristo. Bendito el descaro y orgullo por él (cf. San Agustín, *Serm.* 279, 7).

25• «Respondióle Jesús: Si no te lavare no tendrás parte conmigo» (Jn 13,8b)

La deificación es pura gracia, y viene del Creador. Afecta a la naturaleza humana, pero según normas divinas. Muchas veces por caminos de ignominia, olvido, oscuridad de fe, desconcertantes al hombre animal.

El que hace su querer contra el divino, pretextando humildad, no debe prometerse que el Señor venga a sus caminos. Por fortuna, Pedro amaba a Cristo, y cedió.

El joven rico estuvo a dos pasos de la gran santidad.

Faltábale «juzgar que el oprobio de Jesucristo era un tesoro más grande que todas las riquezas de Egipto y de su casa» (cf Heb 11, 26). Ignoraba el precio de Jesús: «Si no dejas todo lo que tienes y me sigues, tampoco tendrás parte conmigo». Era bueno; sin experiencia del mundo ni del Señor. Tenía muchas posesiones, y el corazón en ellas. Algo logra —en pura teoría— la experiencia del mundo. Mas ni los niños ni los jóvenes son de ordinario capaces de ella. Hace sobre todo el atractivo de Jesús, que pone Dios en quienes ama para él. Misterioso, íntimo, superior a todo otro sentimiento; compatible con la externa común visión de las cosas. El que lo siente, se abre a lo que otros; pero de distinta forma. En todo percibe ef aroma del Espíritu que le llama arriba.

El joven rico, inexperto de Jesús, sin el atractivo del Padre, sensible al del mundo y a sí, estaba a medio camino. Veía al Maestro con ojos puros, mas no ungidos de Espíritu. Se volvió triste, y ya no tuvo parte con Jesús. Cedió el puesto a otros, menos ricos en bienes de fortuna, más llenos de Dios. Sacrificaba para siempre la intimidad del Maestro, camino de su casa. Donde encontró a su padre y madre y hermanas... y muchas posesiones, y la estimación de todos. Cargó un camello, como un día —tal vez— los magos de Oriente. Quiso adentrarse con él por la puerta del Reino. Hizo ademán de introducirse por el portal de Belén, y no pudo. Herodes le abrió la puerta de su palacio. E inocente como era, amigo del agua pura, oyó el clamor de la sangre derramada por Herodes. Se estremeció. Fuese más tarde habituando al siglo, y dejó para otros la bienaventuranza de los limpios.

La primera nube le sobrevino con las palabras de Jesús. Primera y última. Quizá vivió mucho. Posiblemente trató de distraerse. Aquel sobre quien el Maestro posó la mirada, está hecho para él. Ningún otro le colma. Sin Jesús vive en incurable nostalgia. ¡Pobre joven rico! Se fijó en las palabras, y no en los ojos del Maestro que escondían padre y madre y hermanas y mil mundos.

En cambio, el ciego de nacimiento dio testimonio de Jesús. Abandonado de todos, aun de sus padres. Al oír de labios de los judíos aquella blasfemia —«Nosotros sabe

mos que ese hombre es un pecador» (Jn 9, 24)— replicó: «Si es pecador yo no lo sé; sólo sé que yo antes era ciego, y ahora veo». Y a poco: «Dios no oye a los pecadores. El que honra a Dios y hace su voluntad, éste es a quien Dios oye. Jamás, desde que el mundo es mundo, se oyó que alguno hubiera abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no viniese de Dios, nada podría hacer». Y con ironía: «Ya os he dicho cómo me abrió los ojos, y lo habéis oído. ¿A qué lo queréis nuevamente oír?, ¿es que también vosotros andáis a la escuela de él?».

«Entonces le llenaron (los judíos) de maldiciones y le dijeron: 'Sé tú su discípulo, que nosotros lo somos de Moisés... Saliste en pecado del vientre de tu madre, ¿y vas tú a darnos lecciones?'. Y le arrojaron fuera (de la Sinagoga)» (Jn 9, 25ss).

El ciego quedó así excluido oficialmente de la Sinagoga de Israel. Dichoso él. Al adorar por su Dios y Señor a Cristo, ganó a quien testificó Moisés por su Dios: «Por la fe, en efecto, siendo ya mayor Moisés, renunció a la dignidad de hijo de la hija de Faraón, y escogió antes ser afligido con el pueblo de Dios que gozar de las delicias transitorias del pecado... Porque fijaba su vista en la recompensa» (Heb 11,24ss).

No todos son capaces de entender el drama del joven. En particular los ricos, que sienten lo que él, y no lo que Jesús en él. Voy a creer que siguió puro. Los limpios, como él, de corazón verán siempre lejos a Dios.

El joven rico tuvo miedo a la pobreza de Jesús. Hubiérale seguido, y habría hecho un espíritu, en carne, con él. Hermano del evangelista Juan, habría descansado a su sabor sobre el pecho de Jesús.

«...con mucha'más abundancia y henchimiento de Dios, y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad sin comparación que en el desposorio del Espíritu; bien así como ya colocado en los brazos de tal Esposo, con el cual de ordinario siente uno tener estrecho abrazo espiritual, mediante el que uno vive de Dios. Porque se verifica así aquello de san Pablo (Gál 2, 20): 'Vivo, ya no yo, sino vive en mí Cristo'. Viviendo su interior aquí vida tan feliz y gloriosa como vida de Dios, considere cada uno, si pu

diere, qué existencia tan sabrosa será ésta que vive; en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, tampoco él le siente, mas goza y percibe deleite de gloria divina en la substancia propia, ya transformado en El» (San Juan de la Cruz, *Cántico* 22, 6).

El joven me distrajo de san Pedro. ¡Qué diferencia del uno al otro! Toda la distinción y elegancia del joven fue a estrellarse con las exigencias de Jesús. Si no lo dejas todo para seguirme, «no tendrás parte conmigo»; no verás mi rostro. Toda la rudeza y atolondramiento de Simón Pedro se vino abajo ante la amenaza del Señor: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo», ni verás mi rostro.

«De nuevo interrogo para que os preguntéis vosotros —decía una vez san Agustín—. Viene Dios, y habla con Su voz y dice al hombre: '¿Quieres pecar? Peca. Haz lo que te guste. Todo lo que ames en la tierra será tuyo. Sacrifica a aquél con quien te enojes. Roba a quien desees. Mata al que te venga en gana. Peijudica al que quieras. Domina a quien te guste. Nadie se te oponga ni te pida cuentas de nada. Navega en la abundancia de todo lo terreno que apeteciste; vive así no sólo en el tiempo, sino eternamente. *Pero mi rostro jam□s lo ver□s'□.* El auditorio de san Agustín debió de suspirar impresionado.

«Hermanos míos, ¿por qué suspirasteis? ¿Por qué se turbó vuestro corazón? Si Dios dijese: '*Jamás verás mi rostro,* pero aquí tienes toda la felicidad terrena. Abundarás en todo. Te rodearán los bienes temporales. No los perderás ni los dejarás. ¿Qué más quieres?'.

«Los castamente temerosos de Dios llorarían y gemirían: 'Quítenme todas las cosas, pero vea yo tu rostro'. 'Vuélvete a nosotros, y muéstranos tu rostro, y seremos salvos' (Ps 79, 8)» (San Agustín, *En. in Ps.* 127, 9).

«¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero»

(San Juan de la Cruz).

26• «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo» (Jn 13,8b)

No todos intiman con Jesús, ni aprecian su amistad como el tesoro mejor del mundo.

Muchos elogian al Nazareno y saben de él, mas no le conocen. Hablan de él, como de amigo ideal. Hacen retórica, y su amistad la dejan para el cielo.

¡Y es la tierra, sin embargo, el sitio que la reclama a gritos! Aquí donde se llora y sufre y conoce la soledad y la amargura de falsos hermanos. Allí habrá ángeles que distraigan. Aquí se multiplican los amigos, y falta uno verdadero. Uno de quien fiemos siempre, a quien tengamos cerca para abrirle el alma o sufrir en comunión con él. El pródigo se perdió en el mundo, no en el cielo.

La amistad más fina, la única humanamente verdadera, nace en el dolor. El dinero y los sentidos hacen amigos de ocasión. El otro, cuando generoso, tuvo multitud de compañeros. Cuando pobre, multitud de puercos, y en soledad.

Jesús quiso hacerse amigos en pobreza y soledad. Vino pobre a los suyos, y los suyos no le recibieron. Si no los hizo al entrar en el mundo, los dejó en muchedumbre al salir de él. Exaltado en la cruz entre el cielo y la tierra, dispersos los discípulos, blasfemado de Israel... nos ganó. Desde entonces nadie tuvo mejores amigos.

Jesús lleva la amistad por vías de silencio, por caminos de apartamiento: 'Si quieres ser mi amigo, deja al padre y a los hermanos y cuanto tienes en el mundo. Quien no los abandona por amor a mí, no es digno de mí'.

Más o menos, todos oímos su lenguaje. Pocos vislumbran el cielo oculto en él. Enuncia desprendimiento, y otorga posesión. En él, «míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos, y míos los pecadores. Los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí» (San Juan de la Cruz, *Dichos de luz y amor* 26).

Nuestro será Dios, y nuestro, en cuerpo y alma, el Hijo de Dios. El evangelista Juan escribió con palabras ungidas: «Dios es caridad» (1 Jn 4, 8). Pudo decir: 'Dios es amistad'. En el Padre, a medias. En Cristo a enteras: divina y humana. Toda la pureza y hondura y exquisitez de la Humanidad de Cristo, sostenida en ejercicio por el Espíritu de Dios.

Cada amistad tiene su historia. Los amigos no sufren terceros. Ellos se saben, sienten y delician. El uno se acomoda al otro. En la amistad entre san Pablo y Jesús, el Apostol busca al Maestro, y Jesús a Pablo. Juan no mira al Maestro de Pablo, sino al suyo: con las delicadezas, para otros anónimas, que reserva para él. Si es una la amistad de Pedro con Jesús, y otra la de Andrés su hermano, también es distinta la amistad de Jesús con Pedro y con Andrés. Para ambos tiene el Señor una misma alma, un mismo cuerpo, inmensamente apetecible. Y como para Andrés y Pedro, también para la interminable serie de amigos sobre los que descansa.

Jesús es un mundo de inéditos tesoros (ternuras, sentimientos, abrazos...). Ningunos repite en nadie. Los tesoros de Jesús para Teresa son para Teresa. Los que para Ignacio, para solo Ignacio. Los amigos del Señor, le aman a Jesús, y por Jesús; pero nadie le siente igual que otro. Agustín con el aroma de Agustín. Isabel con la fragancia de Isabel. En la comunión de Cristo con la Iglesia, todo es uno y todo distinto. En la Iglesia todos gozamos del Cristo entero. Y cada cual le disfruta a su modo: como pie, o como mano, ojo, oído... Es una forma de concebir lo que, en sí verdadero, es hoy aún humanamente indescriptible. Sea Dios bendito, que supera el ensueño, y pone las delicias de la amistad de uno a uno en los misterios de la propia Trinidad.

Todos acaban viviendo con sabor personal al Maestro; con experiencias irrepetibles; con sentimientos y deleites únicos, nuevos en su inalterable firmeza.

«No el mucho saber harta y satisface el alma». No el mucho hablar ni decir hace amigos. No el moverse. Sino el vivirse mucho, en soledad y silencio; el conocerse en igual dolor; en continua memoria. El verdadero amigo no

hambrea darse a conocer. Le basta ser. Quien bien quiere a Jesús, se alegra de que otros le amen más; pero no cambia su amistad por ninguna. Otros le darán oro, plata, piedras preciosas, fragancia de 300 denarios. Yo le doy leche de ovejas, piel de cabras, ramitos de laurel. ¿Para qué cosa tan pobre? Y si nada tuviese, le daría el corazón, como los pastores de Belén.

Jesús nunca me pedirá el oro de los magos, sino lo mío: sufrimientos, cosas íntimas y... pecados. Bien sabe que por otros no derramo lágrimas, ni a los demás abro el alma, ni acierto a perder el sueño—con ensueños de amor— sino por él. El me quiere como soy: pobre que da pobreza, pródigo que da miseria... Y me pide el alma rota. El día de la muerte tampoco reclamará, sino el testimonio de mi acatamiento a su llamada, la docilidad y el silencio de un hombre bueno para el polvo y el olvido definitivo.

«Mi amado para mí». Lo que yo hago con él, él lo sabe. En el fondo, entre mucha miseria, nada, ilusión. ¿Sola ilusión? Eso creo yo. Y espero que en mi ilusión, ponga él la amistad: un pedacito de sí, un polvillo de Dios. La amistad de la luz con las tinieblas acaba con ellas. Así imagino la de Jesús conmigo. Descuiden otras tinieblas las mías. Ni me va ni me viene. Vivimos el uno para el otro, sin tiempo para pensar en terceros. Es corto el día y la noche para mirarnos, unirnos, estar. Y como Jesús es principio de unidad, todo acaba en El. No yo y El, sino El.

El Señor es entero para mí y entero para su Padre. Al buscar la soledad para recrearse conmigo, ama a otros. Mas los demás no le impiden delicadezas que no repite, y son todas para mí. Jesús no ama a dos igual. Siempre tiene confidencias recibidas del Padre para mí.

La cueva de Belén albergó a los mismos tres que vivían en la casa de Nazaret; pero el aroma que en Belén dejaron quedóse allí, y no se vino a Nazaret. Así le ocurre al Señor. El mismo que enamora a otros es distinto para mí.

El Maestro no ofrece la amistad sin tino, a manera de un rey, sentado en trono altísimo, lejos de toda intimidad, que otorga un amor genérico. **Así** no cabe amistad. A

nadie enamora uno que la anuncia por ley, sin allanarse a vivir con todos.

No en vano se ocultó en el Sagrario para oír, enjugar lágrimas, infundir paz; como ningún amigo de la tierra. Sin otro oficio que ése. A lo largo del día y de la noche. En vela, como la lámpara del templo. La soledad de Nazaret se perpetúa hoy en el mundo. La misma fría reacción de Belén. De donde —para Jesús— la misma apremiante ilusión de tener uno en quien depositar sus gracias.

Y viceversa, porque, Unigénito del Padre, a la medida del don es también lo que exige. «Vine a separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra» (Mt 10,35).

Todo lo que no es El, irá cayendo. Tal día se fue aquél. Tal otro falté a uno y le perdí. En un tercero me visitó la infamia, y se dispersaron los compañeros de víspera. Aparecí solo: en la ruina, sin salud, sin nombre.

Los mejores amigos han de ceder a las exigencias del Maestro. Es Dios, y puede llevárseme un ser querido, enviarme una enfermedad, indisponerme con quien más falta hacía. Hasta dejarme, como quedó él, «entre el cielo y la tierra». Las situaciones, ordenadas o permitidas por Dios, acabarán con los únicos humanos alivios. Y a la postre, la soledad. Como el cuerpo de Jesús en el sepulcro; o como la adúltera delante del Salvador.

Está solo en pie el Maestro, con aquellas palabras: «¿Nadie te condenó, mujer?» —Mudará, alguna vez, la pregunta: '¿Todos te han condenado?' 'Todos, Señor'. Y Jesús: 'Aunque todos te condenen, yo no te condeno. Ya no peques más. Guarda mi palabra. Mi Padre te amará y a ti vendremos, y en ti haremos mansión'.

Libre el campo de creaturas, entra el Creador y entabla amistad. El amigo de Jesús entiende lo que significa: «Tendrás parte conmigo».

27• «Dícele Simón Pedro: No sólo mis pies, sino las manos también y la cabeza» (Jn 13,9)

Forzó la amenaza. Va mejor con Dios ser dócil. Reconocer la propia nada. El silencio se parece al no-ser. Hermana con el sufrimiento. El que sufre, calla y no sabe defenderse.

Entre los Doce estaba Andrés. A haberle preguntado lo que sintió, tal vez nos diría: 'Una vergüenza muy grande. Yo le habría retirado los pies. El me los tomaba. Hubiera preferido morir. Yo veía algún misterio, y me dejaba hacer. Muy mal lo pasé; y como yo los demás. Mi hermano habló, porque no mide las cosas. Y no entiende que Jesús vive demasiado alto. Lo que él sintió lo sentíamos otros. La cosa partió de El y era una de las cosas de su Padre. Ya nos tenía acostumbrados a humillaciones de esas. Mas a ninguna tan grande. Algo notábamos que le ocurría dentro: allá donde hace vida con el Padre. Y cuando entra el Padre, el Maestro no se pertenece. Ni nosotros le entendemos. Se le ve en su elemento. Como si le llenara el vino de Dios. Tenía el rostro encendido. Las manos le ardían cuando nos tocaba los pies. Todos lo extrañamos...' Así pudo hablar Andrés, el hermano de Simón y amigo del silencio de Jesús.

Hay quien debe oír «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo» para avenirse al misterio. El ideal en el trato con Jesús es anticiparse a Sus humillaciones. Pero, ¿quién se adelanta, en lo divino, a Dios? Ya que comience El, a sufrir tocan. ¡Dios mío, mis pies en manos del Unigénito de Dios! Es fuerte para quien se conoce, ver así la Honra de Dios.

Mas también entonces, cuenta el beneplácito de Dios. Y según eso, resignarse. ¡Jesús mío, yo te venero en oficio de esclavo como a Señor y Dios mío! Mejor estaban esas manos creando el cielo y la tierra.

«Señor, no sólo mis pies, sino las manos también y la cabeza.» Fue un sentimiento espontáneo. A Simón le quedaba hombre para hablar.

A pesar de sus limitaciones el gesto le hace digno de amor. Cambia de golpe, sin mirar anteriores promesas. Buena cosa para ir del vicio a la virtud con la ayuda del alto. No muy recomendable para una vida larga, monótona, en el servicio de Dios. Jesús condesciende con tales temperamentos. Pedro querría entregársele de una vez, de pies a cabeza. El ímpetu que le movió a resistir, le lleva al bautismo total. Pies, manos y cabeza, todo para El. Ningún cálculo para el Maestro.

Algo es. Dios mira a la voluntad y no anota el hecho. El sabrá disponerla. Poco a poco, entre humillaciones, se abrirá paso el sentimiento de la propia nada. La gracia conseguirá, con el tiempo, lo que parece imposible a la humana condición. Orientará los bríos de uno, entre continuos fracasos, hacia el holocausto. Las debilidades, sin perder el espontáneo amor primero, serán humildemente dominadas por la fortaleza de Cristo.

Hay cosas que se avienen al cálculo en el camino del Señor. Evitará uno desastres de aparato, como las tres negaciones de Pedro. Y sabrá mantenerse en un amor sereno, continuo, a lo Nicodemus. Poquito heroísmo y bien administrado. Los más no somos para más. Y es de agradecer al Señor tenga amigos de segundo orden. Le disponen el lugar de su último sueño, y le bajan muerto de la cruz.

Jesús no suele definitivamente descansar entre éstos, como no descansó en el sepulcro de José de Arimatea. Hácelo como en roca en la fe de Pedro, el apostol débil de ayer y antesdeayer, que aprendió por experiencia a perderse como las ovejas, para ser luego Pastor de los caminos de Dios.

¡Qué bien suenan aquellas expresiones suyas! «A los presbíteros de entre vosotros exhorto yo, presbítero también, y testigo de los padecimientos de Cristo... Apacentad la grey de Dios que está en vosotros, gobernando no por fuerza, sino de grado según Dios; y no por torpe lucro, sino por deferencia del corazón; ni como quien domina despóticamente en las porciones de la heredad (de Dios), sino haciéndoos modelo de la grey» (1 Pe 5, lss).

San Pedro refleja la humana vida de contradicciones.

Tanto más humana, cuanto menos extrema la condición racional. El corazón tiene un lenguaje sostenido a través de mil contradicciones. El sentimiento explica muy bien las paradojas del hombre. Y en el hombre es más rico de enseñanzas que entre ángeles.

Por ser Dios, es también Jesús amor infinito. Y déjase entender, con inefable sintonía, por corazones que le aman sin cálculo. Unas mismas externas manifestaciones ocultaban en el Cenáculo (Pedro-Judas) dos espíritus antagónicos de luz y tinieblas. Y, por el contrario, manifestaciones visiblemente contrarias escondían en la persona de Simón perfecta unidad. ¡Dios es Dios, que nos hizo y entiende! ¡Cuántas veces lee el bien que no hicimos, en el mal que hicimos! Y viceversa. Para entender lo verdadero del hombre, ha de venir Dios a componerlo. El mismo que compuso a Adán, arregla con delicado amor a sus hijos; y lee luego lo que sobre el mal del hombre compuso El. ¿Y quién fue su consejero?

No miremos solas externas contradicciones. La verdad de Jesús se asienta, no en humana lógica, sino en el Camino personal, humano y divino, al Padre. La vida enseña gran número de actitudes racionalmente encontradas. Hay que abrirse mucho a Dios para ser como Jesús indulgentes con ajenas contradicciones, y penetrar los tesoros de alma en que rebosan. Muchas caídas son la expresión de una vitalidad exuberante, que excede en hermosura las dimensiones de un hombre, hecho pura razón.

En Dios la mente y el corazón son caridad. Sábelo quien nos hizo. Jesús lo entiende por experiencia. Aprendió mucho, como hombre, de lo que ignoraba como Dios. Pero lo aprendió según Dios. Y eso nos valió un Juez humanísimo.

Atolondrado seguiría Pedro hasta la muerte. Dejábase llevar fácilmente del corazón. Esto explica el conflicto con san Pablo. «Mas cuando vino Cefas (san Pedro) a Antioquía, abiertamente me opuse a él, porque era reprensible (por falta de previsión en las secuelas de su actitud).

Pues antes que viniesen ciertos hombres de parte de Santiago, comía con los gentiles; mas cuando vinieron, se retraía y guardaba de ellos, por temor a los de la circuncisión. Y le imitaron en esta simulación también los demás judíos. Mas al ver yo que nó andaban a las derechas conforme a la verdad del Evangelio, dije a Cefas en presencia de todos: Si tú (Pedro), judío como eres, vives a lo gentil y no a lo judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar?» (Gál2, 11-14).

A pesar de todo, en el incidente entre san Pedro y san Pablo, nuestras simpatías van todas por el primero. Amonestado en presencia de todos, príncipe como era de los Apóstoles, calló y reconoció la verdad de Pablo. Mejor que en la propia razón resplandece el amor de la verdad, en la reprensión acogida humildemente. Hay verdades que no agregan ni quitan a la Verdad. Y errores, que acatados, llevan en derechura con manos, pies y cabeza a Dios.

• «Dícele Jesús: El que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los pies, estando como está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos» (Jn 13,10)

El Maestro es condescendiente. Descubre maldad entre los ángeles, y elogia la limpieza de los Doce. «Exhalación del poder de Dios y limpio efluvio de la gloria del Todopoderoso. Nada manchado recae en él. Porque es irradiación esplendorosa de la eterna lumbre, y espejo inmaculado de la energía de Dios, y una imagen de su bondad» (Sab 7,25s).

Hay sombras y sombras. Jesús parece diluirlas. Entre hombres, ¿llamaría uno limpio a quien le ha de renegar con juramento? A Simón le alaba por limpio. A poco, en la agonía de Getsemaní, los predilectos se le dormirán.

Despiertos, volverán a dormir. Si sólo vale por mancha la traición de Judas, ¡qué pocos quilates requiere la amistad de Jesús!

¿Le cegaba el excesivo amor a los Doce? Amigo de horizontes sin fin, los contempla más bien en su definitiva luz, conforme a la unción de Pentecostés. Limpios en el Cenáculo, como limpios en su predestinación por el Padre. Colegio de Cristo. Ornato del mundo. Hermosos con la hermosura de la Esposa, tostada de sol. Niña de los ojos de Jesús, digna de los mejores requiebros del Cantar. Todo eso resume —en amorosa profética mirada— el Maestro, al elogiar la limpieza de los Doce. Más hermosos en Cristo que en sí.

La hermosura de la Esposa de Cristo, no es ajena al individuo. Y menos a los Doce, Iglesia en estadio singularmente sensible al amor de Jesús.

Mucho alientan las palabras del Maestro. Apenas yo me sufro, entre tanta ingratitud a Dios. Y el Hijo, inmensamente más humano, no sólo me sufre. Asegura que estoy limpio.

San Juan distingue dos clases de pecado: uno para muerte, y otro que no es para muerte. «Si uno viere a su hermano cometer un pecado río de muerte, pedirá, y Dios le dará vida para los que pecan no de muerte. Hay pecado para muerte; no digo que se ruegue por él. Toda injusticia es pecado, y hay pecado que no es para muerte» (1 Jn 5, 16s).

Tal vez Jesús alude a los pecados para muerte. Sólo mancharían esos: la apostasía, el odio, la desesperación... Si así fuera, sería poco delicado tomar Ocasión de las palabras de Jesús para creerse inocente. «Si dijéremos que no tenemos pecado, a nosotros mismos engañamos, y la verdad no está en nosotros. Si confesáremos nuestros delitos, fiel es y justo (Jesucristo) para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad. Si dijéremos que no tenemos pecado, le hacemos mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1 Jn 1, 8ss).

En rigor, a estar limpios los Doce, ¿qué necesidad tendrían de la mediación de Jesús ante el Padre? «El es propiciación por nuestros pecados, y no por nuestros delitos

solamente, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn 2,2).

Yo sé que no estoy limpio. Todo me veo sucio: en pensamientos, palabras y obras. Ninguna acción digna de Dios. «El pecado que hice está siempre delante de mí». Y los que ignoro, están siempre delante de tí. «Amas la verdad en lo íntimo, y enseñas sabiduría en secreto. A tí no engaño. Rocíame con hisopo y seré limpio. Lávame y quedaré más blanco que la nieve... Aparta de mis pecados tu semblante, y borra mis iniquidades. Crea en mí un corazón puro. Y renueva en mi interior un espíritu firme. No me eches de tu presencia, ni retires de mí tu santo Espíritu» (Ps 50, 8ss).

A tu amor encomiendo mi juicio. El abrasará mis delitos, sin apartarme de la forma divina en que fui predestinado por el Padre, desde antes de la creación del mundo. En tu justicia fui elegido. Yo me entrego a la hermosura de tu Carne, objeto de las complacencias del Padre, para ser agradable en ella a mejores ojos y más humanos que los míos. «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo, así como por él mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo a gloria suya, según el beneplácito de su voluntad, a fin de que se celebre la gloria de su gracia, con la cual nos hizo gratos a sus ojos en su querido Hijo» (Ef 1,3-6).

Todo lo que Cristo en bien para el Padre, tiene la historia de uno en mal para ajenos dones. ¿Quién asegura en mi caso lo que el Maestro aquí a los Doce?

«Yo conozco tus obras —dice el Señor en el Apocalipsis— y que tienes nombre de viviente y estás muerto... Yo no hallo tus acciones cabales en presencia de mi Dios. Ten, pues, en la memoria lo que has recibido y aprendido, obsérvalo, arrepiéntete. Si no velares, vendré a ti como ladrón» (Apoc 3, lss).

No me salvarán otros. Lo sé. Soy el pródigo. No entres en juicio conmigo. ¿Has de ser fuerte contra cosa tan ruin?

Deja el poder de Unigénito para destruir al enemigo. Y venga la ternura de tu Carne a salvar la mía. Lo solemne del juicio, para más tarde. Arreglemos en el camino las cuentas. Yo llamo en ayuda —con tu misma gracia— a la Virgen. Ella me juzgará primero, y luego tú. Deja la ostentación de tu poder para otros. Ten compasión de las muchas almas que ruegan por mí; como la tuviste de las hermanas de Lázaro. Y no te canses de mí, si vuelvo a morir. Para mí vale lo de «setenta veces siete». Si no encuentras cabales mis obras, llene tu sangre la medida. Al fin, nunca negué la Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cuya fe nací y he vivido. Miserable en obras, fui orgulloso de la fe, y jamás la escondí delante de los hombres.

Más orgulloso de ella, que pesaroso de mis pobres obras, hice vida de ilusiones. Humillo los ojos, como el publicano, ante tu soberana limpieza. «Retírate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc 5,8). Jesús mío, no te retires de mí, porque soy muy pecador.

Déjame, y no me dejes. Mira lo que en tí era antes que fuese. Oculta mis cosas, ante el Padre, con las tuyas. A tí entregó el Padre el Juicio. No tienes por qué defenderme. Sé mi Rey y Señor y Maestro. No mi Juez.

28 «En cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos» (Jn 13,10c)

Las mociones últimas del espíritu escapan a la conciencia. Sólo Dios sabe lo que esconden los abismos del mar; las aguas abisales de un alma herida, mas no ganada por él. El pecado entenebrece. Otorga poder a la vida de sentidos, y reduce a silencio la vida del espíritu. Los inicuos distan más de sí que de otros. Viven en dispersión y no conocen la unidad. Se distraen, se cansan, duermen sin sosiego; y vuelven, un día tras otro, a lo mismo. Igualmente lejos de sí, y de la propia unidad. Tanta dispersión acaba, para los más, en muerte.

Rompió María el vaso de perfume sobre los pies de Jesús, y llenó la casa de exquisito aroma. Judas tomó de ella escándalo. Pudo alabar mil cosas. ¿Hay en el cielo nada como los pies del Señor?

«*¿Por* qué no se vendió este perfume por 300 denarios, para limosna de los pobres?» (Jn 12,5). ¿Y por qué ha de ser, desgraciado de Dios, para limosna de pobres, el precio de la gratitud? Todo tiene su tiempo. Y su signo. Si quitamos del mundo el corto cielo que a ratos parece, ¿hay modo de respirar entre hombres? ¡Que haya flores, Dios mío! Que el clavel sea clavel, y la rosa rosa y el jazmín jazmín. Que duren lo que el heno, signo de la generosa delicadeza del Creador. Que no se repita una aurora, ni un ocaso. Que sea innumerable la munificencia del Creador en las cosas inútiles, no hechas para ricos ni pobres. Hechas y al punto deshechas. Nacidas y en seguida muertas...

Habíansele ido 300 denarios, por los pies de quien apreciaba escasamente en 30 dineros. Era ladrón.

Así es la justicia de alguna gente. Viene Juan el Bautista y no le siguen. El Hijo del hombre, y tampoco. Alaban a los profetas cuando muertos. Hablan a Dios, como el fariseo, de justo a Justo. Y crean la justicia de la Ley.

Ahí llegaban los judíos, gente llena de sí y distraída de Dios. Los escribas y fariseos. Frente a ellos, los profetas: «Así dice Yahvé de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestra conducta y acciones y habitaré con vosotros en este lugar. No fiéis en palabras mendaces, exclamando 'Templo del Señor, Templo del Señor, Templo del Señor'. Solo cuando mejoréis de proceder y acciones, habitaré en este lugar» (Jer 7, 3ss).

El evangelio trajo la dispensación de la verdad escueta. 'Mi pecado ante mí'. Y todavía antes: 'Mi pecado delante de Dios'. Los que me elogian, me quieren bien. Mas no dicen verdad. Yo sé quién soy, y hasta dónde falté. Ni siquiera esto sé. Nadie mide la culpa de un acto que sólo se abre a la mirada de Dios.

«Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros» (1 Jn 1, 8).

«Al día siguiente ve Juan a Jesús venir hacia él y dice:

'He ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo' (Jn 1, 29)... Si cordero, inocente. Juan es cordero. Luego ¿también inocente? ¿Hasta dónde se extiende su inocencia? Viene de aquél vástago de que habla David entre gemidos (Ps 50, 7): 'He sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me alimentó mi madre'. Cordero es Aquel solo que no vino así. El no concebido por obra de mortal ni alimentado en iniquidad, pues virgen lo concibió su madre y virgen lo dio a luz. Lo concibió por la fe, y por la fe lo engendró. He ahí el Cordero de Dios. De Adán toma la carne, no el pecado. Este que no toma el pecado de nuestra masa, borra los pecados del mundo» (San Agustín, *Tract. IV in Johannem* 10).

Mas si al pecador le dice inocente el Inocente, ¿le volverá cordero como es El?

Oiga uno de labios del Señor 'Estás todo limpio', y crea lo que dice. Mas no por eso deje de decir también: 'Todo estoy en pecado'. La misericordia y la miseria se unen. Y sin dejar de ser ambas verdad, terminan en solo bien. Como el beso de Dios y el hombre termina en Dios.

Yo espero, por la bondad del cielo, no incurrir en la desgracia de Judas, de quien me distancia no el pecado, sino su humilde confesión. El tuvo ojos, más no ungidos por el Espíritu para mirarse con ellos. Temeroso de sí, huyó del Maestro.

La desgracia del pecador está en creer a Dios, Sumo bien, demasiado hombre. Fuera de sí, y sin recurso al bien, busca distraerse. En vez de ir con sencillez a Dios, dice lo que Caín (Gen 4,13): 'Demasiado delito el mío para que me lo perdone nadie'.

No así. ¡Oh Sumo Bien! ¡Oh Bien tan grande que no es bien, y que, haciéndolo todo bien, tan lejos queda de hacer lo que es! ¡Oh abuso de Bien! ¡Oh escándalo de Bien para otro que no es El!... No sé decirlo. Lo sé donde no lo entiendo. En los huesos humillados. En la médula de mi primeria miseria, y de mi última ilusión.

El publicano se miraba con vergüenza ante Dios. Judas llegó a mirarse ante los sacerdotes del Templo. «Pequé entregando sangre inocente. Ellos le dijeron: ¿A nosotros qué? Allá tú. Arrojó en el santuario los siclos, se retiró, y

marchándose de allí se ahorcó» (Mt 27, 3ss). Faltóle mirarse ante Dios. ¡Pobre Judas! El Señor es infinitamente más humano que los hombres, devuelve el beso con otro beso, y la maldición con bendición.

Sea cual fuere tu actitud, no calles a Dios lo que conoce. El quiere saberlo de tí. Todos los pecados que oiga de tu boca los olvida. Si quieres desarmar a Dios, cuéntale tus pecados, como sólo tuyos, únicamente tuyos. Perdonar es espontáneo en Dios. Reconoce ante El que eres polvo; El te bendecirá como venido del barro a su imagen y semejanza. ¿Quieres más?

Hay hombres tan cabales que parecen haber traído al mundo la misión de enseñar. Todo ha de ser como piensan ellos. La Escritura les ataja (Heb 5, 4): «Y nadie toma para sí este honor (sacerdotal), sino el llamado por Dios como Aarón». No puede uno arrogarse el derecho de aplacar a Dios con los sacrificios, sin ser llamado. Dios castigó severamente las intromisiones en el oficio sacerdotal. Apurado una vez Saúl, ofreció sacrificio sin esperar a Samuel, y vino la reprensión del profeta (1 Re 13, 13s): «Has obrado neciamente, y no has guardado los mandamientos del Señor tu Dios... El Señor se ha buscado un varón según su corazón y le ha constituido jefe sobre su pueblo, ya que tú no has observado lo que ordenó el Señor». Terribles fueron los catigos de Coré, Datán y Abirón, por usurpar cosa tan simple como ofrecer incienso (Num 16, 16ss).

Tampoco vale enseñar, mediando entre el Padre y los hombres, sin ser llamado al magisterio del Unigénito. Magisterio y sacerdocio confluyen, como en Cristo, a la misma servidumbre, iniciada con la Encarnación y sostenida hasta la muerte por obediencia al Padre.

«Así también Cristo no se glorificó a sí mismo —arrogándose la gloria del sacerdocio y el honor del magisterio cruento— constituyéndose Pontífice; sino que (fue llamado a él) por Quien le ha dicho: 'Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado'. Así como en otro lugar dice: 'Tú, sacerdote para siempre según el orden de Melquidesec'. El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida terrena ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas a quien

le podía salvar de la muerte, y siendo escuchado por su piedad, aun siendo hijo —como quien existe en forma de Dios— aprendió, por las cosas que padeció, la obediencia; y, perfeccionado (con él ejercicio de la obediciencia hasta el extremo último de la cruz), vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna; proclamado por Dios Pontífice según el orden de Melquisedec» (Heb 5,5-10).

En las palabras de Jesús a los Doce, «vosotros, limpios estáis, aunque no todos», apuntaba a la doctrina y ofrenda purísimas del Cordero de Dios que borra el pecado del mundo. Sin mancha, en el magisterio traído del Padre, y en la Carne asumida para reconciliación del hombre.

Tanto vale la limpieza de fe como de vida, entre los discípulos de Jesús. Las dos les han de acompañar siempre. Ni por sabios descuidan la pureza de vida, ni por santos comprometen la de doctrina. «Uno sólo es vuestro Maestro», como uno sólo es vuestro Mediador y Sacerdote sumo. Sin limpieza de fe, no seréis maestros en mi escuela. Sin pureza de vida, tampoco. Buscad siempre mi rostro —expresión de la Sabiduría, y del Querer del Padre— y enseñaréis a los hijos de la luz.

«Algunos (maestros) ocupan el sitio de los pastores, para mirar por las ovejas (y cosas) de Jesucristo. Otros le llenan para sus propios intereses. Hasta el fin del mundo habrá las dos clases de pastores. Porque unos nacen y otros mueren. Ya en tiempos de los apóstoles había falsos hermanos. San Pablo los soportaba con tolerancia, en vez de apartarlos. Razón de más en nuestros días, en que abunda la iniquidad y se entibia el amor de muchos. Debe consolarnos lo que dice el Señor (Mt 24, 13): 'El que perseverare hasta el fin, será salvo'. Hay pastores buenos y malos, como hay en la grey ovejas y cabritos. De los pastores habla así (Mt 5, 14-16): 'Vosotros sois la luz del mundo... Así brille vuestra luz delante de los hombres, que al ver vuestras buenas acciones glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos'. Sobre los malos pastores amonesta así a las ovejas (Mt. 23, 2.3): 'En la cátedra de Moisés están sentados. Haced lo que dicen, mas no hagáis lo que hacen, pues dicen y no hacen'. Las ovejas de Cristo

oyen Su voz aun a través de los malos pastores y no abandonan la unidad. El bien que les oyen decir es de Cristo, no suyo. Y pacen tranquilas porque se nutren de los pastos del Señor, aun bajo los malos pastores. Mas no imitan las malas obras de los pastores, porque tales obras no son de Cristo, sino de ellos. A los que ven buenos, les oyen el bien que dicen, y les imitan en el bien que hacen... Las buenas ovejas, aunque imiten las obras de los buenos pastores, no ponen su esperanza en ellos, sino en el Señor por cuya sangre fueron redimidas. Y si a veces dan con pastores malos, que predican la doctrina de Cristo y ejecutan sus propias malas acciones, no hacen lo que ellos ni abandonan por su culpa los pastos de la unidad, en la Iglesia de Cristo» (cf. San Agustín, *Carta* 208).

La simplicidad de las ovejas tolera la distinción de buenos y malos pastores, con buenas y malas doctrinas, con obras buenas y malas. El evangelio es luz. El Maestro se la comunica, según providencia del Padre, a los sencillos; más que a los prudentes según el mundo. Bien estuvo que el Iscariote abandonara para siempre el Cenáculo. **Así** quedaban los Once, en su débil condición, pero todos limpios, según la doctrina y obras de Jesús. Mas si, como ocurre, hay malos en el Cenáculo y se confunden con los buenos pastores, Dios proveerá. Cumple al Maestro enseñar a los hijos de la luz: por la directa unción del Espíritu Santo. «Nadie puede venir a mí si no le trajere el Padre que me envió... Está escrito en los profetas: 'Y serán todos enseñados por Dios'. Todo el que oye al Padre y recibe sus enseñanzas, viene a mí» (Jn 6,44ss).

29. «Pues como sabía quién era el traidor, por eso dijo: No todos estáis limpios» (Jn 13,11)

Uno solo basta para entristecer al Señor. Una sola oveja perdida que abandone las 99. Amaba Jesús al discípulo, como el Buen Pastor a la ovejuela.

El hijo enfermo se lleva el cariño de los padres. Jesús enferma con él, y no se aviene a separarle de la familia de Dios. Quiere hacer morada en él, con el Padre y el Espíritu.

El Bien, solo sabe hacer bien. Si la luz pudiese cantar, cantaría iluminando. Toda la vida del Salvador es salvar. La vida del Hijo de Dios, entre los hombres, es hacer hijos de Dios.

Aún podía prometerse de él un buen apóstol, con tal que se dejase hacer. Incapaz de culpar al Iscariote de su Pasión, tenía a las manos el anillo nupcial para ponérselo y hacer fiesta en la casa del Padre.

El amor y la verdad se dieron ósculo en Jesús. El amor que quiere a los enemigos para amigos. La verdad que desfigura en bien el mal de los sentidos. Una madre no llama asesino al hijo de sus entrañas.

El Maestro amaba a Judas. Y como el amor de Dios hace su objeto, se resistía a no querer bien el objeto de su primera elección. ¿Por qué no ganarle, a escondidas de todos, para entregárselo al Padre? Nadie lo sabrá. Así fueron muchas historias de ovejas perdidas. De las cuales no gusta al cielo llevar la cuenta.

Mas ya el príncipe de las tinieblas hizo presa en él. Como días antes sobre Jerusalén, al Señor le resta llorar. ¡Qué tristes los acentos de la oración sacerdotal! «¡Oh Padre Santo! guarda en tu nombre a éstos que me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. He guardado a los que me diste, y ninguno de ellos se ha perdido sino el hijo de la perdición» (Jn 17, 11-12).

Los hijos de la salud, ellos se guardan. ¿Por qué no guardaste, Señor, al hijo de la perdición? «No dejes vencerte por el mal; antes vence el mal a fuerza de bien» (Rom 12,21).

Ahí se,esconde el misterio de la humana libertad. Dios no fuerza al bien. Quiere hacer hijos, no esclavos. Ha de haber mérito para que haya corona. En las manos del Señor estaba siempre, laurel inmarcesible, la corona de incorrupción destinada al Iscariote. En las manos quedó.

Le duelen al Maestro más los que se pierden, que se duelen ellos mismos. Los hijos de la perdición no entienden su ruina; o la entienden a medias y no la saben humildemente llorar. Desesperan y se apartan definitivamente de Dios.

Del pecado a la perdición aún hay mucho. En medio está la misericordia de Dios, la sangre de Cristo, la intercesión y lágrimas de Nuestra Señora. El pródigo saltó de las bellotas al recuerdo de la casa paterna, y de éste a las lágrimas para unir las suyas a las del padre y obtener el perdón.

A haberse distraído Jesús en el convite de Simón el leproso, Magdalena hubiera llorado inútilmente a sus pies. Pero más estaba el Maestro en ella. Más sentía el llanto de la mujer y el aroma de su penitencia que la justicia del fariseo.

Estaba en cambio Judas distraído del que tenía a sus pies. Los extremos del Señor dábandole en rostro. No era Rabí, ni sabía estar en su puesto. El Cristo, cuando viniese, jamás se ocuparía en oficio de siervo. Eran cosas de Jesús, que todo lo trastornaba.

El toque de atención «Estáis limpios, si bien no todos» cae en el vacío. El hombre poseído del Malo pierde sensibilidad. El agua que humedece sus pies le seca el espíritu. Tal vez siente violentas sacudidas de la gracia. El Cenáculo, lleno de Dios, rompe por lo divino.

Pero ya no luchan los espíritus en quien se halla largamente comprometido al crimen. Líbrame, Señor, de los primeros resbalones. En los últimos no te invocaría. El crimen hermana con la conciencia. El pobre no ve luz, y ni se le ocurre gritar: «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí». En el clamor estaría la salud. Mudo él, no hay ángel que remueva las aguas, y rompa a llorar por él.

Al criminal le arrastra lo invisible. Y era el niño que sus padres conocieron inocente y feliz. El joven que dejaba correr los días en ilusiones aladas. El que a poco sintió el llamamiento de Jesús, y como una flor con otra hermanó

con espíritus sencillos y claros, Natanael, Juan, Andrés, Santiago... unidos a él por igual amor al Maestro. De parecidos gustos y sentimientos, dejábase ganar del mismo Espíritu. Eran doce las horas del día. Unas grises y otras alegres. No contaban humanas satisfacciones. Vivían de esperanza en pobreza y hambre. Alguna vez descansaban en el castillo de Betania. Hijos de la luz, eran odiados de los hijos de las tinieblas. Abríanse al Maestro. Entendían trabajosamente los misterios íntimos de Jesús. Le amaban como niños y se dejaban conducir de él.

Jerusalén no quiso al Señor y buscaba su ruina. Mientras los Doce vivían día y noche arrimados a él. Polluelos de Dios, iban y venían por donde les llevaba él. Cada vez más solos, más comprometidos con el Maestro.

Judas habíase enfriado en su primer fervor. El milano estaba al acecho. No acertaba a servir a dos señores. Sobrevinieron horas difíciles. Sentíase extraño entre los demás. Lo bueno de ayer, lo hermoso e ideal, ya no era tan ideal. Discípulo, como los demás, del Nazareno habíase cánsado de él. No era lo que se prometía. Del amor pasó a la indiferencia. De la amistad a la tibieza. De la sencillez a la suspicacia. En desasosiego, turbábase hasta por la santidad y elevación del Maestro.

Llegó el discurso de la Eucaristía, y saltó: «Duro es este lenguaje. ¿Quién sufre oírlo?... Desde ese momento muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya en su compañía» (Jn 6, 61 y 67). El Iscariote siguió en ella; pero su espíritu ya no estaba con Jesús. «Que ninguno se llame a engaño. Aun las cosas celestes y la gloria de los ángeles y los arcontes visibles e invisibles, si no creen en la sangre de Cristo, están sujetos a condenación. El que entienda, que lo entienda. Nadie se engría por el lugar que ocupa. El todo está en la fe y en la caridad, a que nada se puede anteponer... A los que profesan doctrinas ajenas a la gracia de Jesucristo, nada les dice la caridad —con la viuda y el huérfano y el atribulado—, ni les preocupa que esté uno encadenado o suelto, con hambre o sed. Ápártanse también de la Eucaristía y de la oración, pues no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo: la que padeció por nuestros delitos,

la misma que por su bondad resucitó el Padre. Los que contradicen al don de Dios perecen entre disquisiciones. Más les valiera celebrar la Eucaristía, para volver también a la vida. Conviene apartarse de esas gentes. No hablar con ellas en privado ni en público. Prestar atención a los profetas, y en particular al Evangelio, donde se nos ha descubierto la Pasión y consumado la resurrección. Huid en cambio de las banderías, como principio de males» (San Ignacio Ant., *A los de Esmima* 6-7).

Entre divisiones, no todo está perdido. Casos extremos salva Dios. Dios vive en un instante sin término. Suyo es el tiempo y todo lo que pasa con él. A última hora lo experimentó el buen ladrón. Abrió la boca en plegaria humilde, y también el corazón del Maestro.

¿Qué alivio puede haber para un hombre a quien le incomoda el amor de Jesús? El mal ladrón distaba del Paraíso, lo mismo que el bueno. Tenía ojos y no vio. Oídos y tampoco oyó. A su derecha estaba el Redentor del mundo. Misterios de la gracia. «Porque dice a Moisés (Ex 33, 19): 'Me compadeceré de quien me compadezca y me apiadaré de quien me apiade'. No está en que uno quiera ni en que uno corra, sino en que se compadezca Dios. Dice la Escritura a Faraón (Ex 9, 16): 'Para eso precisamente te enaltecí: a fin de ostentar en ti mi poder y para que sea celebrado mi nombre en toda la tierra'. De quien quiere se compadece Dios, y a quien quiere endurece» (Rom 9, 15-18).

El Señor permite el endurecimiento del que por su mala voluntad abusa de los favores divinos. «Y ¿qué, si Dios, aun queriendo ostentar su ira y manifestar su poder, soportó con mucha longanimidad a los vasos de ira dispuestos para la perdición; y si para manifestar las riquezas de su gloria (quiso usar de misericordia) sobre los vasos de misericordia, que él de antemano se preparó para la gloria?» (Rom 9,22s).

¡Oh juicios insondables! Hoy clamo, Señor, en busca de misericordia. Tal vez un día te olvide y no acierte a orar. Para entonces te invoco. Escucha los acentos de hoy, para los años quizá de mi futura mudez. «Desde los abismos llamo a tí, Señor. Señor, escucha mi voz. Presta atentos

tus oídos a la voz de mis súplicas. Si tomas en cuenta mis pecados, Señor, ¿quién se sostendrá? Mas junto a ti vive el perdón... Espero en el Señor, mi alma espera en su palabra. Suspira por el Señor más que los centinelas por la aurora. Más que los centinelas por el alba suspira por el Señor mi alma. Pues junto a él reside la clemencia, y hay redención copiosa cerca de él» (Ps 129, lss).

Eres amo de mis días. No los sorprendas en desgracia. Ni me visites en los de alejamiento. Tampoco midas, según el orden de los míos, los tuyos eternos. Haz que los cortos, que por tu misericordia viví en amistad contigo, sean solos ante tu presencia soberana. Y emplea en mí la sangre de tu Hijo. ¿Qué cuentan años en mal, ante la hermosura de Su Cruz bendita? Mira el rostro de tu Hijo, y regálale, monumento de victoria, la salvación de los ungidos con Su sangre.

30• «Jesús a los pies de Judas»

Entre las filigranas de la Pasión, figura la estampa del Maestro a los pies del Iscariote. Para morir de pena. El primer gran fracaso de Jesús. El Hijo de Dios trata inútilmente de ganar al hijo de la perdición. Si el agua humedece los pies, la virtud del Espíritu no ablanda el interior. En el ósculo entre la misericordia y la miseria, cede lo divino. El corazón del discípulo está dominado por el espíritu del mal.

Jesús se vuelca en extremos de cariño. Trata de aprisionar a la oveja. Ella se resiste. Todos Sus bienes los recibe mal. El hijo pródigo —de vuelta— se echó a llorar en brazos de su padre. Aquí el pródigo está de partida, para no volver. ¡Aún es tiempo de no salir! La traición no está consumada. Jesús puede suavemente desbaratar los caminos anteriores del Iscariote. Y entregarse, por cuenta propia, a los judíos para morir. ¡Judas! Aún puede que

dar bien ante el Maestro. Nadie lo sabe, ni lo sabrá. Dios borra los caminos del crimen.

¿Quién adivina la lucha interior del Maestro? No hace distinción aún entre Pedro y Judas. Los hijos de Zebedeo demandaron al Hijo de Dios fuego sobre unas ciudades. Respondióles Jesús: «No sabéis de qué espíritu sois» (Lc 9, 55). Había venido a salvar a los hombres. Ni siquiera a perder al hijo de la perdición. Es de mal espíritu pedir fuego para los ingratos. El Salvador trajo oficio de salvar. Como el sol resplandece, así Jesús hace el bien. Llora sobre los pies del discípulo, como la madre que adivina las sendas del hijo, y, sin interés alguno, imprime el último beso.

Muchos hombres desean que llueva azufre y fuego sobre otros, sin mirarse a sí. Vienen escribas y fariseos, y en nombre de Dios bendicen como a hijos de paz a quien esto desean. Es frecuente en el mundo, bendecir como divina la rencorosa justicia de los prepotentes. Y creen haber imitado al Maestro.

Ni lo uno, ni lo otro, Lo uno —desear para otros azufre y fuego— muy poco evangélico. Y lo otro —bendecir a los que esto desean— aún menos. ¿Quién eres tú para condenar a otros? «Farsante —individuo o nación— saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la brizna del ojo de tu hermano» (Mt 7, 5). Y ¿quién eres tú que a remolque de solos prepotentes —individuos o naciones— repartes cédula de Evangelio?

Mira tus delitos. «Con el mismo juicio que juzgareis seréis juzgados, y con la medida con que midiereis seréis medidos» (Mt 7, 2). Es sospechoso el celo de unas naciones sobre otras; de unos individuos sobre otros. Quien llora sobre otro, demuestra quererle. Y deja al juicio de Dios la suerte del hombre o nación, sobre que lloró primero.

Dichoso el que hace llover sobre justos y pecadores, y saca el sol sin distinguir buenos y malos, y derrama por igual el agua de las manos, las palabras de la boca, el sacrificio de la propia vida. Dios nos dé un corazón limpio, ignorante del ajeno mal. Y ponga en nuestras palabras amor para buenos y malos. Y en nuestro ánimo, reserva para no anticipar juicios. En el malo de hoy puede esconderse el santo de mañana. Esto quisiera sabérmelo tam

bién de mí, con la esperanza de mudar el malo de hoy por el bueno de mañana. Por ser uno pecador, ¿se ha de querer, ante Dios, mal?

Sabe Dios si soy digno de amor o de odio; o si mi enemigo de hoy será mi hermano en el cielo. Donde el sol luce aún, amemos todavía. Haya odio al mal: en uno mismo primeramente; en los que se dicen o aparecen malos, después. El mismo amor, para lo que Dios ama en ellos. No puede haber sorpresas en quien obre así.

Hubiera Jesús roto el costado para lavar al discípulo con la sangre y agua que derramó en muerte, y otorgarle la pureza de su Iglesia. Hubiera detenido aquella hora, hasta quebrar tanta obstinación. Pero doce horas tiene, ninguna más, el día de la visitación. «¡Ah si conocieses también tú, al menos en este día que te han dado, lo que puede atraerte la paz! Mas todo ello está ahora escondido a tus ojos... por cuanto desconociste el tiempo en que te visitó Dios» (Lc 19,42s).

La hora del Maestro se le fue al discípulo. No volvieron las manos de Jesús a los pies de Judas. El pie izquierdo ignoró lo que el derecho. Uno y otro se perdieron sin atinar con los caminos que van al Calvario, a la casa del Padre.

Levantóse el Maestro; besados los pies del discípulo, pasó a otro. Dios mío, no deje yo pasar tu hora. Insiste, no vayas de largo. Y si has de pasar, envíame a tu Madre, a que repita tu intento.

Aquello fue desgarrador para Jesús. Aprende, polvo y nada, a humillarte. Jamás ninguno mereció menos atenciones que Judas. Ni tendrá deméritos mayores para amor tan noble como el de Jesús. Y fue con todo, ilusionadamente escogido y mimosamente tratado hasta el fin. Habrían los ángeles envidiado su puesto. ¿Fue malicia del Iscariote o ignorancia del Nazareno?

La Virgen lavaba al Niño en Nazaret con infinita ilusión. Los besos depositados por ella en los pies de Jesús eran fríos ante el cariño del Maestro para los de Judas. ¡Qué distancia de unos a otros! De los que hicieron el camino del cielo a la tierra, a los habituados a las sendas de la traición. El otro pedía tres tiendas para el Tabor; yo las quiero aquí. Ha dispuesto Jesús el tránsito al Padre, le ha

iniciado con un exceso de amor; ha sido inútil. Tres tiendas para mirar su infinita desolación.

Perdido el discípulo, se levantó Jesús —alma sin alma— para morir en el cielo y la tierra. Ya está el signo de lo inútil en el gesto soberano de Jesús. «Sea hecha Tu voluntad». Sigue la entrega incondicional al Padre, para cuyos designios sacrifica los propios.

La resignación a lo definitivo por amor al Padre entra en la economía elemental de la Pasión. El premio de ella toca a Dios, por identidad de vida con El.

«Gloria a Dios por todo» (San Juan Crisóstomo). «Dios mío y mi todo». «Sea santificado el Nombre de Dios». «Dios es el que es». Muy hermosa la gloria divina, en la salvación de Sus santos. Hermosa también en la perdición de los impíos. No entendemos lo uno ni lo otro. El Evangelio puro va según las medidas del Padre y del Hijo. En el discípulo, hijo de la perdición, es glorificado el Nombre de Dios. Primero Dios, luego Dios, y siempre Dios. Y cuando entrare el hombre, entre a glorificar al Padre en el Hijo; al Hijo, en Su Carne preciosa, nacida de María Virgen y muerta en Cruz; a la Cruz, en Sus cuatro dimensiones de caridad... en las cuales yo me pierdo, mas no el Padre y el Hijo.

El puesto de Jesús no es a los pies de Iscariote. Ni el de Judas, en la compañía del Maestro. El pobre saldrá, a poco, del Cenáculo —oveja cansada del pastor— y consumará el crimen. Luego, no sabrá qué hacer con el precio de la Sangre.

Desesperado, murió entre el cielo y la tierra. «Adquirió un campo con el salario de la iniquidad, y habiendo caído de cabeza, reventó por medio y se le salieron todas sus entrañas» (Hechos, 1,18).

Entre tanto el Maestro extrema el amor al Padre y a los hombres para morir, también El, entre el cielo y la tierra. ¡Pobre discípulo! Más le valiera no haber nacido. Y tú, Jesús mío, honra del Padre y amor no entendido, bendito seas. «El mismo que ayer, hoy y por los siglos de los siglos» (Heb 13, 8). Amén.

«Según oí a un presbítero por habérselo oído a quienes vieron a los Apóstoles y a sus discípulos. A los antiguos (personajes de la Escritura) bastábales, para lo que hicieron sin el consejo del Espíritu, la reprensión de las Escrituras. Dios no es aceptador de personas, y no deja de reprender como conviene lo hecho fuera de su beneplácito.»

»Así con David. Era agradable a Dios al ser perseguido a causa de la justicia por Saúl, y huir del rey y no vengarse del enemigo y salmodiar la (futura) venida de Cristo e instruir a las naciones, y hacerlo todo conforme al consejo del Espíritu. Mas al tomar para sí concupiscente a Bertsabé, la mujer de Urías, dice la Escritura: 'Aquello que hizo David pareció muy mal a los ojos del Señor' (2 Sam 11,27). Es enviado a él el profeta Natán, que le hace ver su crimen, para, dando él mismo sentencia de sí y entregándose a Dios, alcanzar misericordia y remisión por Cristo...

«Parecidamente con Salomón. Placía a Dios al juzgar con rectitud y demandar sabiduría y edificar el templo verdadero y exponer las glorias de Dios y anunciar paz a las naciones y prefigurar el reino de Cristo... Agradaba a Dios y los hombres le admiraban, y los reyes de la tierra buscaban verle para oir la sabiduría que le había otorgado Dios; y la reina del mediodía acudía desde los confines de la tierra a él para conocer su ciencia... Al servir sin ofensa a Dios y prestarse a Sus disposiciones, era glorificado. Mas luego que tomó mujeres en matrimonio, de todas las gentes, y les permitió erigir ídolos en Israel, dijo la Escritura (2 Rey 11, 1-9): 'Y el rey Salomón era amador de mujeres, y tomó para sí mujeres extrañas. Y ocurrió al tiempo de la senectud de Salomón, que su corazón no era perfecto con el Señor su Dios. Y las mujeres alienígenas distrajeron su corazón hacia dioses ajenos. E hizo Salomón lo que estaba mal delante del Señor. No fue tras del Señor, como David su padre. E irritóse Yahvé contra Salomón, pues su corazón no era perfecto en el Señor, conforme al corazón de su padre David'. Bastante le increpó la Escritura, dijo el presbítero, 'para que no se gloríe toda carne a los ojos de Dios' (1 Cor 1, 29)» [San Ireneo, *Adv. haer.* IV, 27, 1].

Y también a Judas bastante le increpó.

«No debemos pues —agregaba el presbítero aquel— ser orgullosos ni reprender a los antiguos (personajes), sino entrar nosotros mismos en temor; no sea que, por hacer después de la confesión de Cristo lo que desagrada a Dios, no tengamos ya remisión de los delitos, y seamos excluídos de Su reino. Por eso dice Pablo (Rom 11, 21.17): 'Si no perdonó a las ramas naturales, mira no te perdone (tampoco) a tí, que te acebuche fuiste injerto en olivo hasta participar en su grosura'» [San Ireneo, *Adv. haer.* IV, 27,2],

32. «A los pies de Judas»

No parece ese el sitio mejor para contemplar las grandezas del Maestro. Mas los extremos se tocan. Y ¿por qué los he de dividir yo?

Cuanto más se allana el hombre al polvo, se allega más a la verdad. *Homo = humus,* decían los latinos. Hombre, flor de heno, camino de su origen. Salió del polvo, y su primera verdad sigue primera.

Algo parecido ocurre en Dios. Cuanto más se humilla el Hijo a ser *del Padre,* mejor se apropia su verdad, la del origen divino. Ninguna más íntima dependencia, ni más obvia, en el Hijo, para ser Dios, que la infinita de la eterna generación. No ha menester invocar nacimiento humano de madre virgen para poner en otro el título de Su mayor verdad. De la Virgen recibió la humana. Del Padre la divina. Las juntó ambas, al nacer hombre, y escondió la divina en la humana, sin querer saber de otra.

A la insistencia del Hijo encarnado sobre su personal infinita pobreza, por venir entero del Padre, respondía Dios con igual insistencia, llamándole Hijo, delicia de Sus delicias. «Porque ¿a quién de los ángeles dijo alguna vez (Ps 2, 7): 'Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado. O también (2 Sam 7, 14): 'Yo para él seré Padre, y él para

mí será Hijo'?» (Heb 1, 5). «Así también Cristo no se glorificó a sí mismo en hacerse Pontífice, sino el que le habló (Ps 2, 7): 'Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado» (Heb 5, 5).

En la pugna del Hijo por ser del Padre, más que El. Y en la del Padre por ser del Hijo, más que El, ¿quién gana a quién?, ¿quién desconcierta mejor a la fe, enturbiando con relaciones de origen la dignidad de su común esencia?

El Hijo más es del Padre que El. Por eso no le gustaba hablar de sí. El Padre más será del Hijo que El. Tal vez por eso, a lo largo del Antiguo Testamento, gustó poco de hablar en intimidad de sí, y siempre del Hijo. Si la esencia divina pudiera llevarles a descansar en sí, las relaciones personales les obligan dulcemente a descansar en el otro. Al Padre en el Hijo. Al Hijo en el Padre. Gustando en el otro las experiencias divinas, Padre e Hijo son Dios. Y por lo que son Uno, se sienten mejor en el otro que en sí.

¿Dije disparates? Aquí vendría bien para salvarlos aquello de san Agustín: «A quienes se asombraban de que conociese las Escrituras, nunca por El aprendidas, respondió el Señor (Jn 7, 16): 'Mi doctrina no es mía, sino de quien me envió'. Primera hondura: en tan cortas palabras, al parecer, se contradice. No dice: Esta doctrina no es mía, sino '*mi* doctrina no es mía'. No siendo tuya, ¿cómo es tuya? Siendo tuya, ¿como no tuya? Tú lo dices todo: mi doctrina, y no mía. Si dijera: Esta doctrina no es mía, no habría reparo. Ved pues primero la cuestión... Dice 'mía (la doctrina) no mía'... Veamos atentamente lo que escribe Juan en el comienzo de su evangelio (Jn 1,1): 'En el principio era el Verbo, y el Verbo era cabe Dios, y el Verbo era Dios'. De ahí pende la solución del reparo. ¿Qué es la doctrina del Padre, sino el Verbo del Padre? El mismo Cristo, Verbo del Padre, es la doctrina del Padre. Y como el Verbo ha de ser de alguien, y no de nadie, dijo 'su doctrina' (aludiendo a) Sí mismo, y 'no suya', por ser Verbo *deladre.* ¿Qué hay tan tuyo como tú (mismo)? Y ¿qué tan no-tuyo, como tú, si de otro tienes lo que eres?» (San Agustín, *Tract. 29, in Joh,* 3).

Y continúa el Santo, poco después: «Mirad así la doctrina de Cristo y llegaréis al Verbo de Dios. Y cuando

hayáis llegado al Verbo de Dios, ved que el Verbo era Dios, y entenderéis la verdad de aquel 'mi doctrina'. Mirad bien de quién es el Verbo, y veréis la exactitud de aquel 'no es mía'. Digo, pues, brevemente a vuestra Caridad: a mi juicio, el Señor Jesucristo, con aquel 'Mi doctrina no es mía' vino a decir: Yo no soy (venido) de mí. Aunque afirmemos que creamos que el Hijo es igual al Padre, sin diferencia alguna de esencia y naturaleza entre ellos, y que entre el engendrante y el engendrado no media intervalo de tiempo, sin embargo... el uno es Padre y el otro Hijo. El Padre no es Padre si no tiene Hijo. Ni el Hijo es Hijo, si no tiene Padre. El Hijo no obstante es Dios; y su origen, el Padre. El Padre es Dios, pero su origen no es el Hijo. Padre del Hijo, no Dios venido del Hijo. Mientras (el Verbo es) Hijo del Padre, y Dios venido del Padre. El Señor Jesucristo se llama luz de luz» (*ibid.* 4s).

Mi doctrina no es m□a. Mi vida tampoco. Mi manjar es la voluntad (y esencia) del Padre. Ninguno depende tanto de Dios, como Su Hijo. En serlo consume la esencia del Padre. Las criaturas, faltas de Dios, no consumimos Su esencia, ni comprometemos otra cosa que Su voluntad y eficacia libres. Seamos o no, El es. Mas no siendo el Hijo, tampoco el Padre. Y no siendo el Padre, tampoco el Hijo. Quien infinitamente engendra en acto, descansa en actuar al Hijo infinitamente. El acto infinito lo consume y sostiene, proyectándole al Uno hacia el Otro. Y por divina paradoja, tanto necesita el que da, del que recibe, como el que recibe, del que da. El Hijo, recibiendo, otorga al Padre la dignidad de no recibir. También en lo divino se cumplen las palabras del Señor Jesús, recogidas por san Pablo: 'Mayor felicidad hay en dar que en recibir' (Hechos 20,35).

¿Me permites, Jesús, hablar en insipiencia? Yo no creo demasiado en estas palabras. Las dijiste tú. Y según costumbre, jamás te descuidabas a tu favor. Siempre, a favor del Padre. ¿Habremos de acudir a un tercero —al Espíritu Santo— para saber si era más feliz el Padre, engendrándote, que Tú, naciendo de El?

Iguales y siempre desiguales. El Padre se comunica necesariamente al Verbo. ¡Dulcísima necesidad, sólo posible en Dios! Entre hombres nos damos a conocer de mil maneras. Sólo uno me engendró. Y en el momento no supe me engendrara. El momento de Dios no pasa. Y queda siempre por dar lo que se da. Como siempre queda por recibir lo que sé recibe. El misterio se desharía, si preexistieran el uno y el otro, al instante de dar o recibir.

¡Oh inefable pobreza de Dios! El uno ha de ser Padre para ser Dios. Y sólo Padre. Sin otro ejercicio. Incapaz de conocer y amar, fuera del ejercicio que le agota en el Hijo. Inhábil para guardar secretos, que pueda luego comunicar. Sin novedad de dos actos ni de uno siquiera escondido al Verbo. En una atmósfera de Luz que no permite misterios, quitándole a Dios el gusto de serlo, para el Unigénito, a la manera que mejor entendemos los humanos.

Igual le ocurre al Hijo. Para ser Dios ha de ser Hijo. Y sólo Hijo. Sin otro ejercicio. Incapaz de tomar la iniciativa, ni de mudar papeles. Si el Padre le comunica Su naturaleza, totalmente, ¿por qué no se aviene a dejar de ser Padre, para recibirla del Hijo a quien dio primero a luz? Ya que en Dios todo es misterio, ¿por qué no ha de haber éste, que apunta entre los hombres? Aquí el hijo de ayer puede mañana ser padre. No habiendo en Dios años de vida, ¿por qué el Hijo no pasa en el instante a padre? Y si, como agradecido, le tocara dar tanto como recibió, ¿por qué no devolver, engendrando, al Padre, lo que de El, engendrado recibió? Así sería, si el dar o el recibir terminara, como entre hombres, separando al Padre del Hijo. No, si nunca termina, y la comunión se sostiene entera en sus relaciones personales: el Padre, otorgándole al Hijo todo menos la dicha personal de ser Padre; y el Hijo, recibiéndolo todo, menos esa infinita ilusión.

En la lucha desigual entre iguales, todo queda como es. No cambia la primera desigualdad. Iguales en ser Dios, Padre e Hijo retienen su diferencia personal. No para resignarse a lo que vino hecho. En Dios nada se hizo, ni vino hecho. La esencia no es libre. Dios no es libremente Dios. Ni las personas son personalmente libres. Si el Padre no es libremente Dios, tampoco libremente Padre. Ni

el Hijo escogió ser Hijo. Tan sublime necesidad viene del Padre, sin distinción de esencia y persona. Demos gracias a Dios por no entenderle. Si alguna vez vislumbramos la necesidad de que tan necesario le es al Padre el Hijo para ser el que es, y aun lo que es, como al Hijo el Padre para ser el que es y lo que es: envolviendo en la misma necesidad el ser una misma cosa, y dos personas, demos nuevas gracias a Dios. Así será cuando ló entendamos viendo, y el propio Hijo —revelación personal del Padre— nos dé a conocer en Sí al Padre, interesando en un simplícisimo acto de conocimiento, misterios tan sublimes.

Es para consolarse encomendar a la fe, conocimiento de oscuridad, la luz que envuelve nuestros más personales amores. Algo se colará aun aquí. Tanto vivir del amor del Padre y del Hijo, en deseos y palabras, terminará arrebatándoles centellas de misterios; y aun sin darles forma, algo sentiremos. ¿Y si el cielo no dejara traslucir una sola centella? Yo no he de quejarme. Los hombres hablamos mucho, a lo bobo, de El. Hablamos sin entender. No será hablar sin pensar en El. Y para el que ama, tanto vale pensar como entender. Y aun más. El entender tiene en ello mismo su premio. ¡Ah si yo pudiera entender a Jesús! El pensar a lo bobo, y en región de oscuridad y aun de risa, no tiene premio. Tiene razón de locura. Me tomarán por loco. Viviré sin premio, sacrificándole, por no saber merecerlo, y gastándome sin hombres ni Dios que me lo agradezcan. Para mí, que así sea. No entro en discusión con nadie. Amar a Dios con premio, es delicioso, si el premio es El, y en amarle le complazco desde hoy. Amarle gratis será necio; sobre todo si en amarle no le complazco. Aun así, no pudiendo más, le amaré sin premio, a lo loco. El es digno de mi amor. Bien quisiera ofrecerle uno bueno. Le doy lo que puedo. Si lo malo que le ofrezco avergüenza al cielo, déjenme amarle así en la tierra, donde a nadie estorbo. No me faltará un ángulo para pensar en El, y así gastar lo mejor de mis otras miserias. Donde esté Jesús, a los pies de Judas, es mi Dios. Yo le adoro. Déjenme adorarlo así.

33• «A los pies de Juan»

Juan atraía singularmente a Jesús. También él presentaba sus pies a las manos del Señor. Desde niño habían corrido libres por las playas de Galilea, besados por el agua del mar. Limpios, conocieron las sendas del Jordán, donde fluía la predicación del Bautista. A una seña del otro Juan, descubrió al Cordero de Dios. Desde entonces inició la carrera de los vírgenes.

A los niños se les va el alma por los ojos. Si, cuando mayores, miraran como niños emularían la hermosura de los ángeles. Los ojos del joven, que, inconsciente de su limpieza, pudieron mirar mal y no miraron son cosa de los últimos confines de la tierra. ¿Dónde está, para que entablemos amistad con él? «Dios es luz y en él no hay tinieblas» (1 Jn 1,5).

Tal debía de ser Juan. En él hasta el silencio era virginal. Sintió lo que Pedro en el monte; mas no habló. Deseó eternizar el momento, anticipada glorificación del Cuerpo de Jesús, y nada dijo. Sobrevino el toque del Maestro, se levantó y nadie supo de él lo que había visto.

Todo lo divino es delicioso en un adolescente, lleno de vida. El Espíritu ocupa el puesto de la impureza. La luz, el sitio de la sombra. Su presencia difunde el bien, suave como el aroma de las flores. En su compañía todo es alado, fácil. Así debía de ser el paraíso. Convivencia de ángeles, entre hombres. O convivencia de hombres, entre ángeles. Con el encanto de lo celeste en tan hermosa debilidad como el cuerpo humano.

Juan tuvo la fortuna de poner su amor primero en el Hijo de la Virgen. Hasta en su ancianidad perseveró joven. Retenía en carne —vaso de alabastro— la fragancia de Jesús. Y en ella también el efluvio del Espíritu, aroma de Dios.

El mejor tesoro del joven no es el alma, sino el cuerpo. El encanto del virgen, como el mérito del mártir, está a merced de su carne. El virgen testimonia el triunfo de

Dios en lo débil. «Llevamos este tesoro en vasos de tierra para que la excelencia del poder se muestre ser de Dios y no parezca de nosotros» (2 Cor 4,7).

En el debilísimo cristal de la humana carne, tan quebradizo por un simple vaho de impureza, resplandece mejor la fuerza del Espíritu. Ni los mártires, ni los vírgenes son fuertes por gracia de Dios. Testimonian la fortaleza de Dios. Nadie mira a ellos, cuando les alaba. Todos alaban al cielo. Quien ama a los mártires y a las vírgenes, ama en ellos a Otro.

Hay en la primera carta de san Juan un himno al Cuerpo de Jesús: «Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de Vida... Eso que vimos y oímos es lo que anunciamos a vosotros, para que tengáis también unión con nosotros, y nuestra unión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1,1 ss). El anciano de ilusiones juveniles lo resume todo en poseer al Verbo de Dios, para subir con El a la comunión de Espíritu con el Padre. El mismo que, en el lago de Tiberíades, conoció desde lejos al Señor. El de las grandes visiones del Apocalipsis. Quien, por limpio de corazón, veía tanto a Dios.

Entre los estilos de vida, puede uno escoger el que quiera. Las bienaventuranzas indican otros tantos caminos. Quien escoja la mansedumbre, heredará la tierra. Y quien elija la pureza, acabará en la visión de Dios. Alienta mucho saber que el ejercicio de los puros, en carne y alma, está, a la postre, en ver a Dios. No en reprimir pasiones, o luchar siempre con uno mismo.

Desde niño el puro ve a Dios, y su vista le distrae de otras cosas, o las ve sin mirar, como el ángel de su guarda, que todo lo ve y sólo mira de hito en hito al rostro del Padre.

Juan escondía sus intimidades con la modestia de una flor; y las exhalaba en silencio casto. Los diálogos suyos con Jesús fueron a perderse. Era el discípulo amado. Todos lo veían y nadie lo llevaba a mal. Como nadie se queja de la propia sombra. Juan era la sombra recatada de Jesús. Amaba al Señor y sentíase amado. Esto valía por

infinitos diálogos. Improporcionados al corazón, no dirían lo que el silencio. Entre verdaderos amigos, nadie significa a otro mejor lo que le quiere, que siendo. El silencio, entre hombres, es el más espontáneo signo de amistad. Dos que se quieren no necesitan hablarse. Salen de paseo, se sientan, saludan a otros, vuelven sin decirse palabra, y se despiden para repetir al día siguiente lo mismo. Se buscaron —para sola mutua presencia— y gozaron el uno del otro. Esto fue ayer, y esto siempre.

El discípulo predilecto no retiró los pies ante el Maestro arrodillado. Igual que el Bautista, en ocasión análoga, se avino a cumplir en silencio toda justicia. Tampoco dijo palabra, ni prometió como Pedro. Entró con Simón en el atrio del sumo sacerdote, y no negó.

Dejóse lavar los pies. La actitud pasiva se traduce mal. 'Quien se pone a los pies de otro —pensaría Juan— es siervo suyo, o le pide perdón. A vos, Señor mío, no os toca servir ni menos pedirme perdón. ¿Qué mal habéis hecho? Bienaventurado el día, sin horas, en que los dos —Padre e Hijo— pusisteis los ojos en mí. No se cansaron mis pies de seguiros, si se les pegó el polvo de la tierra por el que dejasteis atrás. Vuestro seguimiento me hizo. ¿Queréis servirme, en forma de esclavo? Los ángeles os glorifiquen como a su Dios. ¿Dejareis de serlo, a mis pies o a mi cabeza, con el lebrillo o con el cetro de caña entre las manos, desnudo o cubierto de salivas? ¿Tratáis de jugar? Dirá la Esposa que para eso mejor os iba el castillo de Betania. No extrañarán los ángeles mañana que dejéis los vestidoss como Noé y subáis a la cruz. ¿Está bien que para redimirnos, os presentéis así ante escribas y fariseos? El Padre lo llevará a mal. Y vuestra Madre, ¿qué pensará vuestra Madre? Lo mismo el lavatorio que la cruz convienen a esclavos. Pero, ¿a Dios? Hasta ahora no se usó que el Hijo de Dios sirviera en oficio de esclavos a los hijos de los hombres. Maestro y Señor mío, hasta hoy no se ha usado nada de lo que hacéis. Haced lo que queráis. No os entiendo'.

Así quizás pensaría Juan. Hable al menos el alma que no quiera enloquecer. Y vaya adonde no le oiga Dios, para gritar contra su Hijo. Este servicio en Dios nos acos

tumbra mal. Toda la sabiduría del Hijo, al servicio de una locura. ¿Quién es aquí el culpable?

Sea por vuestro amor, Jesús mío. Yo he pecado. Yo hice mal. Tened misericordia de mí. No imaginaba mis delitos os obligaran a tanto. ¡Quién siempre os hubiera amado! ¡Quién hubiera enloquecido, amándoos con exceso! Ayudadme a quereros como vos merecéis, con amor que os tiene el Padre. Me forzáis a cumplir toda justicia. Tomaré pronto venganza de vuestra humillación. Andaré a buscar enemigos como Judas para lavarles. Ensayaré lo que vos. Mi sitio está a los pies de todos: despreciado, olvidado, incomprendide. Para tí las alturas, la gloria, la luz. Para mí el polvo. No sólo el mío, ya mucha El de la maldición que sobre otros cayó.

«Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tales mercedes como éstas en el mundo Aunque en los efectos de ellas lo habréis entendido, si avertisteis en ello, os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es para sólo regalo —que sería grande yerro—, que no nos puede Su Majestad hacérnosla mayor, que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado. Y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos. Miremos los que pasó su gloriosa Madre y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos?… Gusto yo mucho de san Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció nuestro Señor, y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez; ninguna rezamos esta fiesta adonde esto está, que no me es particular consuelo. ¿Cómo quedó san Pedro de esta merced del Señor o qué hizo? Irse luego a la muerte. Y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé» (Sta. Teresa, *Moradas séptimas,* 4, 4s).

A poco, había de recostar Juan la cabeza en el Señor. «Estaba recostado en el seno de Jesús uno de sus discípulos a quien Jesús amaba» (Jn 13, 23). De verle a sus pies sube a descansar en Su pecho. ¿Habríalo soñado? Lo que la Esposa secretamente en el Esposo, el discípulo visiblemente en Jesús. No terminan los misterios. Y para quien entró en las intimidades de Jesús no acabarán.

«Cuando este Esposo riquísimo le quiere enriquecer y regalar más, conviértele tanto en Sí, que como una persona que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos y arrimada a aquel sagrado costado y aquellos pechos divinos. No sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina, que la va criando su Esposo y mejorando para poderla regalar y que merezca cada día más. Al despertar de aquel sueño y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa espantada y embobada y con un santo desatino. Me parece a mí que pudo decir estas palabras: *Mejores son tus pechos que el vino.* Pues cuando estaba en aquella borrachez parecíale que no había más que subir; mas cuando se vio en más alto grado y todo empapada en aquella innumerable grandeza de Dios y se ve quedar tan sustentada, delicadamente debió de compararlo y decir: Mejores son tus pechos que el vino... No sabe de sí ni hace nada ni sabe cómo ni por dónde le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar —dormir sobre el pecho de Jesús— aunque se junten todos los deleites y gustos del mundo. Vese enseñado en grandes verdades, sin ver el Maestro que le enseña. Fortalecido en las virtudes, pues bien poco temía en el atrio de las negaciones; y regalado de quien tan bien lo sabe y puede hacer...» (Sta. Teresa, *Meditaciones sobre los Cantares* 4,4).

34• «Después que les hubo lavado los pies, tomó sus vestiduras, y puesto nuevamente a la mesa les dijo» (Jn 13,12a)

Dejó el lienzo del lavatorio, tomó nuevamente sus vestiduras, y se puso a la mesa de donde se había levantado.

Para anonadarse y asumir la forma de siervo tuvo que dejar la de Dios que como Verbo tenía. Para subir a la cruz fue despojado de los vestidos. Y para ir al sepulcro, envuelto en sábana y sudarios. Desnudarse y vestir. Sobrevestir sin desnudarse... El misterio de tales acciones inicia para Jesús en la Encarnación y termina en la Ascensión. Dios se viste de hombre para que el hombre se vista de Dios. Endosa al hombre por dentro —en comunión personal— y por fuera —en comunión física— para que el hombre se vista —en comunión (física) cualitativa— de Dios, y sin dejar de ser substancialmente hombre se vuelva, en propiedades, hijo de Dios.

La vestición y desnudez apuntan asimismo en símbolo a la obra de la redención (purificación). El Señor se ciñe una toalla limpia, en el seno de la Virgen, para hacernos limpios. «Al que no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros, a fin de que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor 5,21).

Eramos pecadores. El, la inocencia misma. Dios hizo gravaran sobre su Carne nuestros delitos. Mas la congénita santidad de Cristo tuvo mayor eficacia que nuestros delitos. Muerto en el cuerpo de su carne, reconciliónos con el Padre, y nos hizo Justicia de Dios en él.

El juego de prendas, muerte y vida, pecado y justicia, responde al misterio de la redención y va vinculado: por una parte, a la Encarnación, preliminar a la humana salud; y por otra, a la Muerte en cruz, con victoria sobre el delito de Adán y nuestro. El intercambio de justicia y delito, fundado en la solidaridad de Cristo con los hombres, explica los gestos de Jesús antes y después del lavatorio.

Es el sacramento de las dos vestiduras —divina y humana—, de las dos formas —de Dios y de siervo—, de las dos venidas —en forma de siervo o en forma de Dios—. Si los pies tienen su misterio, y también el agua, mayor le tienen las dos perspectivas a que se abre la persona de Jesús: hacia el Padre y hacia los hombres.

El sea bendito, que a poco simplificará la economía entera en la hermosa desnudez de su Cuerpo Crucificado.

En los caminos del espíritu, del lavatorio a la cruz hay lugar a largas noches. El Maestro sabe las que señala a uno. Entre las innumerables economías del Maestro, está la que para mí destina. En situaciones variopintas. Con salpicaduras de toda suerte. Acogido o perseguido. El futuro triclinio de Dios —junto a Abrahán, Isaac y Jacob— es para descanso de los que sufrieron.

Jesús «se puso nuevamente a la mesa». Volvió al descanso de Dios, como volveremos nosotros al de Jesús, término de todos los afanes.

«Este sosiego y quietud viene a conseguir el hombre habitual y perfectamente —según esta condición de vida sufre—, por medio de los actos de toques substanciales de unión (o comunión con el Maestro) que a escondidas del enemigo, sentidos y pasiones ha ido recibiendo de Dios. De esta suerte se ha ido purificando, sosegando, fortaleciendo para de asiento recibir dicha unión (con el Hijo de Dios)... Lo da a entender la Esposa en los Cantares, cuando luego de haber dejado atrás a quienes la desnudaron el manto de noche y la llagaron —dice (5, 7)— «halló al que deseaba su alma». No se puede venir a esta unión sin gran pureza. Y esta pureza no se logra sin gran desnudez de toda cosa creada y viva mortificación... Quien rehusare salir de noche en busca del Amado y desnudarse y morir, y trata de buscarle en su lecho —sin levantarse de la mesa— nunca llegará a hallarle» (cf. San Juan de la Cruz, *Noche oscura* II, 24, 3s).

Entre la Cena en que vivía el Verbo desde siempre con el Padre, y la Cena a que para siempre se sentará con nosotros según la carne en la final consumación, ha de haber largas noches. Díganse lavatorios, expolios, desnudamientos, purgaciones, oscuridad de noches... Todo eso

que el Hijo buscaba en el seno virginal.

Así quedará en claro el misterio. Jesús torna al descanso de donde vino. Y a su imitación, también nosotros. No digo que tornemos, pues no vinimos del seno del Padre. Sino iremos por vez primera a él. Con la ilusionada absoluta novedad desconocida. ¿Son de envidiar los que viven fuera del Cenáculo, ignorantes de la Cena que recrea y enamora?

La cena a los amigos hace recreación, hartura y amor. Y porque estas tres cosas causa el Maestro al discípulo en la suave comunicación de Sí, llámase aquí 'la cena que recrea y enamora'. La Escritura entiende por 'cena' la visión divina. Si la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, igual la suerte del discípulo reclinado en el pecho de Dios. Posee y gusta todo el sosiego y descanso y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abisal y oscura inteligencia divina; y con ella un cierto fin de males y posesión de bienes, que le enamora de Dios más que antes estaba. En aquel sosiego y silencio de la noche, en aquella noticia de luz comunicada por Jesús a los discípulos, de Sí propio, echarán éstos de ver la admirable conveniencia y disposición de la Sabiduría en los designios del Padre sobre el Hijo —desde la Encarnación hasta Su victoria sobre la muerte— y alabarán en Ella a Dios. Ya no pedirán, como luego Felipe 'Muéstranos al Padre' (Jn 14, 8), como quien no le ve; sino 'Danos al Padre', porque sin El morimos (cf. San Juan de la Cruz, *Cántico* 14,22ss).

¿Dónde queda la Cena pascual de los judíos? Adivinamos la Eucaristía del Cuerpo y sangre de Cristo. Y en élla, por comunión de Espíritu con el Padre, el manjar que el Padre con su sello marcó (Jn 6,27).

35• «¿Entendéis lo que acabo de hacer con vosotros?» (Jn 13,12b)

No hay respuesta para las preguntas de Dios. «¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Pues ¿quién conoció el pensamiento del Señor?» (Rom 11, 13s). Mucho se allana Jesús a los Doce. Mas si Jesús vive en el Padre, ¡qué lejos está lo mejor de Jesús, del Cenáculo donde se deja ver!

Ni Simón Pedro ni Juan comprenden ripio, por mucho que hermane el Verbo con los hombres. ¡Mejor así! Aun el Dios-hombre, necesitamos que sea Dios. Muy lejos de nuestra miseria. Que no le entendamos.

¡Jesús mío! por muy hermano que seas, yo te quiero Dios; y como el Padre, inaccesible. Tú arriba, y nosotros abajo. Si has de enseñar, enseña con lo que de nosotros tienes. Pero sigue siempre igual al Padre. ¿Que aquí no llegamos a comprenderte? Importa poco. Tú mismo lo acabas de indicar a Pedro: «Lo que yo hago tú no lo sabes ahora, mas lo entenderás después» (Jn 13, 7). Y poco después: «A donde voy no puedes ahora seguirme, pero me seguirás después» (Jn 13, 36).

Sabemos en ti todo lo que tú. Y si en tí sabemos lo que el Padre, ¿para qué queremos saber más? Tú en visión, y nosotros en fe. Descansamos en tu misterio. Tú sabes por qué nos lavas los pies. El Padre te lo habrá mandado. Tal vez le viste en el cielo lavarnos misteriosamente los pies. No entramos en eso. ¿Te hemos comprendido alguna vez? Siempre a medias. Tanto te entendemos como no te entendemos. Descansamos en tí y en tu Padre. ¿Por qué preguntas? Todos hubiésemos reaccionado como Pedro. Tú se lo reprendiste. Ya estás viendo que no te pudimos entender. Queremos tener parte contigo, y pasamos por todo.

El mundo nunca entenderá por qué el Unigénito se hizo hombre. Ni por qué se hizo responsable de nuestros

pecados, y todo gratis, sin ganar otra cosa que salivas, azotes, corona de espinas, cruz. El hombre animal, ciego para el Espíritu, conoce envidias, odios. Vive de espaldas a Dios.

Y no obstante, los misterios de Jesús se comunican a los íntimos. Nadie puede definir el sabor de una manzana. Ni Adán ni Eva. ¡Cuánto menos el sabor de Jesús y de sus misterios! Dios sabe a Dios. «Gustad y ved cuán suave es el Señor» (Ps 33, 8). El Espíritu Santo, lo mismo que aroma, es sabor de Dios. Aquellos a quienes se le infunde el Señor, le saborean. El Apóstol le gustó un poco, y dijo se parecía a «lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni a corazón humáno se antojó». (1 Cor 2, 9). Seria definir colores por música, o música por blanduras de tacto, o blanduras por resplandores de luz.

El Maestro no se obliga a revelarse acomodando sus delicias al discípulo. El se basta, delicias del Padre; como el Padre le basta, delicias del Hijo. Son muy contados quienes le gustan a lo Dios. «Aquellos a quienes Dios se lo diere a sentir».

Entre los justos nadie se vuelve atrás a la hora de morir. Ni lamenta haber despreciado el mundo. El Señor a quien miraban de lejos, y buscaban peregrinos, les envuelve en su aroma. El abrazo viene con la muerte. «Me han encontrado los guardianes que rondaban por la ciudad, me han golpeado, me han herido; me han quitado el manto de sobre mí los guardas de las murallas. Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si halláis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que estoy enferma de amor» (Cant 5,7s).

Mejor que morir bien, es morir con ayuda del Señor antes de morir. Adelantar la muerte con entrega continua a él. Disponer el gusto a sus misterios. Y perderle gradualmente a lo visible. Hoy caerá una cosa. Mañana otra. Entre los infinitos sabores de Jesús, hoy sentiré uno, y mañana otro.

Muchos por ahí descreen en tales dulzuras: o porque no las percibieron, o porque oyen hablar de ellas a pastores

no heridos de Dios. Y desestiman Maestro de tan fríos amadores. Un Dios aprendido de memoria, como en ajenas Escrituras, no hiere. Es una fantasía de Dios. El Dios de Job o de Isaías, que me interesa igual que ellos; que no me interesa.

Una cosa es el Maestro en sí; y otra el Maestro en ejercicio. El Nazareno que derriba a Saulo y le rinde hasta la sumisión total.

Dichosos los que viven el fuego de Dios en la propia carnet el toque sostenido del Espíritu. Hay pensamientos bellísimos sobré Jesús, que delatan un alma sin amor a él. Y hay expresiones toscas, que levantan llagas. Los primeros gustan, mas no llevan Dios y se pierden. Aun a quienes menos entienden de Dios, nadie vende por divinas cosas humanas. Ni impresiona con acentos que desmienten las Obras.

Oye uno hablar de Dios y siente allá dentro: ¡Qué mal te conocen! Tú eres otro. Ese acento no es tuyo. Es el suyo, ídolo de Egipto. Con verdad no aprendida directamente de ti. Hay mucho más. Falta la luz, la vibración de tu persona. Si estuviese herido de ti, diría otras cosas; de otra manera. El enfermo de Dios tiene otro timbre. Rompe por otros caminos. Enmudece o echa fuego.

El toque de Dios tiene algo de locura. Se entiende fuera de razón. Mientras vivamos aquí, le sentiremos en fe; es cosa sabida. Mas en oscuridad, los santos sienten clarísisamente las cosas. Como quien percibe, sin ver, la voz amiga.

A quienes, por oficio, continuamos el de los Doce, tócanos ayudar la fe de otros. En Jesús se veía por fe a Dios: «Quien me ve a mí, Felipe, ve a mi Padre» (Jn 14, 9). Y en san Pablo sentíase a Cristo. «Igual que siempre, Cristo será engrandecido en mi cuerpo, sea por vida, sea por muerte. Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia» (Fil 1,20s).

No pongamos trabas a Dios. Jesús fue tránsito de El a nosotros y de nosotros a El. En la escala por la que subimos al Padre podrá haber tinieblas, mas no estorbo. Fe y tinieblas ván juntas, y ayudan a subir. La fe no distrae. Distrae la propia vida de sentidos. Mala para uno, y peor

para un apóstol. El que se interpone entre el Maestro y el discípulo no es apóstol de Jesús. Es mercenario y ladrón. Vive de sí o de sentidos. Estorba, y no irradia a Dios. El justo vive de la fe, de la vida y luz de Dios. Aprisionado por Él, a ninguno aparta del verdadero Maestro.

¿Buscáis a Dios?, ¿a Jesús Nazareno? Pasad adelante. Yo no soy. «Había unos gentiles de los que subían a honrar a Dios en la solemnidad (de la Pascua). Estos se acercaron a Felipe y le rogaban diciendo: Señor, deseamos ver a Jesús. Viene Felipe y se lo dice a Andrés. Vienen Andrés y Felipe y se lo dicen a Jesús» (Jn 12,20s).

El apóstol que se sienta inepto para llevar derechamente a otros a Jesús, los conducirá a otro. Felipe a Andrés. No los debe distraer. Las almas son de Jesús y a él han de ir. El apóstol es sólo servidor del Esposo. Su misión es conducir a otros a vista del Esposo. Y luego, retirarse, gustoso en gran manera de oir su voz.

Esto hacía el Bautista: «No puede un hombre recibir nada si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos que dije: No soy yo el Cristo, sino 'He sido enviado delante de él'. Quien tiene la esposa es el esposo; mas el amigo del esposo, el que asiste y oye su voz, se goza en gran manera por la voz del esposo. Este gozo se me ha cumplido. El ha de crecer, yo menguar. El que viene de arriba está por encima de todos; el que de la tierra es, de la tierra habla como quien es» (Jn 3, 27-31).

Los que obran como Juan, irradian, sin ellos pensarlo, a Jesús. Tan finamente enseñan que en sus acentos dejan oir a Jesús. Sin ser el Maestro, le ganan discípulos.

«Toda disciplina, mirando a lo presente, no parece ser cosa de gozo, antes de pena. Pero más tarde rinde fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella. Pues a quien ama, corrígele el Señor, y azota a todo hijo que por suyo reconoce» (Heb 12, 11 y 6). Aquel a quien Dios da el amor de Dios, y el amor del prójimo por Dios, ha de pedir con insistencia el aumento de ese don. De suerte que desprecie por él todos los otros deleites, y soporte cual

quier clase de sufrimientos por El. Así, a la dulzura del bien se agrega saludablemente la disciplina. Grandes en dulzura y en sufrimiento, serán también grandes en ciencia, y enseñarán mucho Dios. «Si la ciencia precede en grandeza a la caridad, no edifica; hincha. Sólo cuando la caridad fuere tan grande en la bondad dulce y amorosa, que no pueda extinguirse por las tribulaciones inherentes a la disciplina, será útil la ciencia, el conocimiento de lo que uno mereció para sí y de lo que le fue dado por Dios» (San Agustín, *En. in Ps.* 118 s. **XVII**, 2).

«Dios, yendo a enseñar, primeramente da la inteligencia sin la cual no puede el hombre aprender lo tocante a Sus cosas. 'Dame intelecto para aprender tus mandatos'. Y, camino de Emaús (Le 24, 45.46): 'Entonces les declaró el sentido para que entendiesen las Escrituras, y les dijo...' —Hablóles por fuera —igual que otros pudieran— y les enseñó por dentro, lo que sólo hace El. Y comprendieron lo que les dijo, porque se lo declaró (por dentro). Dios enseña la dulzura excitando el deleite, y la disciplina disponiendo la tribulación, y la ciencia dando el conocimiento. Y como hay cosas que se aprenden sólo para saber, y cosas que se aprenden para la vida, cuando Dios las enseña: declara su verdad para que sepamos lo que debemos, y excita la dulzura para que hagamos lo que debemos hacer. 'Enséñame, Señor, no a saber sólo, sino a hacer tu voluntad'. En respuesta 'el Señor dará la dulzura, y nuestra tierra dará su fruto' (Ps. 84,13)» [San Agustín, *ibid.* 3].

La lección del lavatorio era para vivida^ Leída por Jesús con dulzura, para practicada con ella. Y sin embargo, uno se complace en pensar que era sobre todo para entendida en el Verbo. En el Verbo, Mano creadora del mundo y plasmadora del hombre.

36• «Vosotros me llamáis Maestro y Señor» (Jn 13,13)

Si en lo divino es Jesús Verbo del Padre, en lo humano pasó a ser humana revelación de Dios. Desde sus primeras manifestaciones dióse a conocer Maestro de los hombres. En Belén, entre fríos y pajas; en Jerusalén, entre ladrones. Sobrábanle palabras. Enseñaba con el silencio. En la cruz o en el pesebre, sabiduría de Dios. «Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, por vosotros, siendo rico, se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza os hicieseis ricos» (2 Cor 8, 9). A los pastores les dio lección como cordero. A los magos, como estrella. «Un párvulo nos ha nacido; un hijo nos han dado... consejero de maravilla, Dios fuerte, Príncipe de la paz» (Is 9, 6). «El que se volviere pequeño como este Niño es el mayor en el reino de los cielos» (Mt 18,4).

San Mateo (2, 11): «Y encontraron al Niño con María su madre», quiero decir, al sol con la luna.

Los soberbios del mundo se conturban, preguntan por las cosas de Dios, pero no se sientan a la escuela del Hijo. El cual «vino a los suyos y los suyos no le recibieron» (Jn 1, 11). Acaban persiguiéndole y mueren defraudados.

Y mientras magos y pastores aprenden, y se revuelve Herodes, Jesús enseña a los siglos. Con él «la gracia del Dios Salvador nuestro iluminó a todos los hombres, induciéndoles a renunciar lo impío y las pasiones del mundo para vivir sobria, justa y religiosamente en el mundo, en espera de la bienaventuranza que aguardamos y de la gloriosa venida del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo: el cual se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado, purificarnos y hacer de nosotros un pueblo singularmente consagrado a su servicio, y fervoroso en el bien obrar» (Tit 2, 11-14).

El Niño enseña desde el pesebre en el silencio de la media noche. Los ángeles aprendieron lo que arriba ignoraban, y se juntaron para alabar a Dios. La madre del Niño tuvo mil cosas que conferir en su interior.

Mucho hace el Maestro. Mas no todo. Es preciso estar a oírle, como la Virgen. Largamente, sosegadamente. Dejando que llueva Dios. Que se derrame el Verbo. Que la unción del Espíritu fluya sobre la barba, sobre la barba de Aarón; y las cosas de Dios sigan su curso, conforme al ritmo pausado de ellas. Sea el Verbo Verbo. Y si eterno, eterno. Y si hondo, hondo. Y si mudo, en mudez.

¿Deseamos siquiera verle como Zaqueo? Por menos se presenta la Salud de Dios. Más adoctrina Jesús de paso, que no-visto. En un punto o en dos, todo es Verbo, y puede herir de muerte.

Pero de nada vale enseñar a discípulo atolondrado. El mundo que nunca tuvo prisas para el vicio, las tiene siempre para Dios. No concordando el sosiego de Dios y las prisas del mundo, ¿quién se acomoda a quién?

La Virgen te acogió en su seno, y gozó nueve meses de tu persona: carne de su carne, hueso de sus huesos. Por el' magisterio de una vida de comunión a lo largo de meses y años, en sintonía con Dios, aprendió tus lecciones.

A él se refería Jesús al decir «Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien». Por entonces le *llamaban.* Más tarde le *sentirían.* Por fin le *irradiarían,* con la experiencia prolongada de comunes sufrimientos. Faltábales la lección más difícil: aprender en la propia carne la crucifixión entre el cielo y la tierra.

El Señor sigue parecido magisterio con todos. Singularmente con los mejores. No lo disimula ni lo esconde. «Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestas su cruz cada día y sígame... Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando viniere en su gloria y en la de su Padre y de los santos ángeles» (Lc 9,23,26).

No teme se le vayan los buenos, y pasen a otra escuela: «Cuando el Hijo del hombre sea exaltado de la tierra, todo lo atraerá hacia sí. Decíalo para significar de qué muerte había de morir» (cf. Jn 12, 32s).

Desde que el Maestro subió a la cruz, todo lo hizo fácil: desnudez, pobreza, infamia, penas interiores, rompimiento de manos y pies, abandono temporal de Dios. En todo

se revela, con sencillez suma, «el Maestro y el Señor». Si antes la hubo, ahora no hay excusa para dejar de subir, por el Hijo, al Padre. A quienes no atrae Jesús, tampoco escogió el Padre. Se fue el miedo a la cruz, y sobrevino el amor al puesto en cruz.

«La reina del mediodía se alzará en el juicio contra los hombres de esta generación y los condenará; porque vino de los últimos confines de la tierra para oir la sabiduría de Salomón; y véis aquí uno mayor que Salomón. Los ninivitas se alzarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y veis aquí algo más que Jonás» (Lc 11, 31s).

Nadie se alzará en el juicio contra los que, dejados Salomón y ninivitas, y sin tiempo para distraerse con ellos, levantaron la tienda en el Calvario, para aprender la sabiduría de Cristo. «Abrahán, vuestro padre, ardió en deseos de verlo; lo vio y se llenó de gozo» (cf. Jn 8, 56).

¡Dios mío! Para quien tenemos tanto Dios que aprender, ¡qué poco tiempo de cruz nos dan!

«Os exhorto a que nada hagáis por espíritu de contienda, sino conforme a discípulos de Cristo. Lo advierto, por haber oído que decían algunos: Mientras no lo encuentre en los archivos —en el Evangelio— no creo. —Pues está escrito, les respondí—. Es lo que se ha de probar, me contestaron. —Para mí, los archivos son Jesucristo. Archivos intocables, su cruz y muerte y su resurrección, y la fe por su medio. En ellos deseo, por vuestra oración, ser justificado» (San Ignacio Ant., *A los Filad.* 8,2).

En la cruz, distinguirán otros el leño, los clavos, la carne, el Señor, las lecciones o palabras, el Maestro... Por ahí no.

Entre hombres no se acostumbra devolver uno lo aprendido al maestro, para tornar a la primera ignorancia. Y sin embargo, eso me alentaría mucho en trato con Jesús. Tantas cosas aprendió uno mal. Más valdría olvidar lo mal aprendido en la escuela de Dios, que sobre malos rudimentos montar ciencia.

Algunos evangelios apócrifos aluden a la escuela de Jesús en Nazaret. Más o menos, el esquema de sus lecciones se reduce a éste: «*Maestro:* Di la letra *A.* El niño Jesús: A (lfa). —*M:* Di la letra *O.* El niño Jesús: O (mega). *M:* Di las dos. El niño Jesús: Yo soy *A* y *O,* el Alfa y la Omega, el principio y el fin (Apoc 1, 8). —*El maestro*: Por hoy basta...». Lo sabe todo, desde la primera lección. Los ángeles no saben más.

¡Qué sencillo y misterioso! ¿Quién fue el Maestro de este Niño?

37• «Me llamáis, "el Maestro y el Señor", y decís bien, pues lo soy» (Jn 13,13)

No 'Maestro', sino 'el Maestro'. Ni 'Señor', sino 'el Señor'. Los escribas y fariseos gustaban de ser apellidados 'rabí'. «Mas vosotros no os hagáis llamar 'rabí', porque uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y entre vosotros a nadie llaméis padre sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, el de los cielos. Ni hagáis que os llamen doctores, porque vuestro Doctor es uno, el Cristo» (Mt 23,8-10).

El Maestro, en singular, es uno. Uno también el Señor. Los Doce que lo sabían llamaban así a Jesús. La doctrina de Dios tiene su camino. «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11, 27). De Dios al hombre se llega por el Hijo. Y del hombre a Dios, también por el Hijo. El Hijo es Maestro necesario.

Otros enseñan con lo aprendido. Jesús con lo que es. Un sola palabra bastó para resucitar a María Magdalena de muerte a vida. Voz inconfundible, acento único, se adentra hasta la división del alma y del espíritu. En el Verbo hay dos cosas: la forma personal, Imagen del Padre, y el soplo divino. Una cualquiera de sus voces hiere

por ambos títulos. Ilumina y enardece. Por lo primero enseña; por lo segundo hace llaga. A los escribas y fariseos no les llegaba la voz del Maestro. A los creyentes sí. Una llaga que deleita sin dejar de herir.

«Tanto más regalada, cuanto es más alto el fuego de amor que la causa. Como su deseo de regalar a uno es grande, grande es también la llaga. Dichosa herida, hecha por quien la hace. La cualidad de su dolencia es deleite del llagado. Grande llaga, como grande el que la hizo. Y grande el regalo, como el fuego de amor infinito, que según su grandeza regala. Hiere, Maestro, abrasando todo lo que se puede abrasar, para deleitar todo lo que quieres» (Cf. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva* 2, 7s). Herida y deleite, llaga y abrazo explican las locuras dé los santos.

Los habituados a las lecciones de Jesús viven continuas novedades sabrosas. Inspiradas en el evangelio y la Escritura, entre constelaciones. No una cosa, sino todas. No multitud, sino comunión. Entre nubes, y con fulguraciones de intensa luz. Y todo, con suma sencillez: como podría ser el diálogo entre la flor y el aroma, el toque y la herida. Si el Señor no fuera Hijo de la Virgen, ¿cabría soñar misterios de tanta dulzura? A no ser Hijo de Dios, ¿escondería tanta fuerza y majestad su magisterio?

El lo hace fuera de todo aparato, como quien gusta ser, y custodia su secreto en lo invisible. Tales delicias frecuentan los alumnos en la escuela de Jesús. El Señor vino a traer fuego a la tierra. Tan hermanan fuego y llaga, como fuego y amor. En tocando carne el Verbo hizo llaga. Jesús fue llaga substancial: fuego y dolor, sostenidos en nuestra hermana carne.

¡Qué poco dicen las palabras! El cuerpo no acaba de romperse con lo dulce. El alma busca alivio en él para sufrir. Discípulo, en cuerpo, mejor qué en alma. ¡Qué difícil describir en términos el fuego abrasador! Piensen otros lo que quieran. Yo te digo *el Maestro* y el Señor, por lo que a tantos mejores que yo deja fríos. Dáselo a gozar. Yo no te saco bueno como Maestro ni como Señor. ¿He de callarlo? Créanme o no, soy inmensamente feliz contigo. Pasen otros por lo mismo y sépanlo decir. Ello es así,

y llámenme atrevido. Díganme malo, de los que solo te honran con los labios. Yo te confieso, Jesús mío, por lo que eres ante Dios. Objeto de sus complacencias. Igual al Padre. Si no fueras el que eres —en tu naturaleza humana— según predestinación del Padre, yo se lo pediría a El para ser siempre tuyo. Yo te amo sobre el cielo y la tierra, sobre los ángeles y arcángeles, y sobre mi propia salvación. Gusto de adorarte por Maestro y Señor, en forma que si el Verbo no hubiera encarnado en ti, gustosamente declinaría el ser salvo mediante otro Cristo, e iría al olvido con tu Humanidad santísima. O soy tuyo, o de nadie. O te adoro por Maestro, o de nadie soy discípulo. Quiero vivir entre los predestinados en ti; en el número de los elegidos por el Padre en tu llamamiento para Hijo de Dios. Agradezco al Padre que me haya vinculado a tu gloria. Y, todavía más, haya escogido al Fruto de la Virgen para Unigénito; y en la corona de los miles y miles «sellados» con tu Nombre, dejando a otros, me haya predefinido a mí, para gloria de tu Humanidad.

¿Acierto a explicarme? Uno quisiera subir a los días eternos de Dios. E introducirse en el decreto por el cual predestinó a Jesús, Hijo de Santa María, a la comunión personal con el Verbo y a la comunión física de gloria con él. En aquel decreto se descubre uno, como en claridad de aurora, entre los dicípulos y hermanos de Jesús; entre los miembros perdidos de su Iglesia. Pues bien, si en otra economía —no en la actual— hubiera yo de estar vinculado, con cuerpo y alma, no a la gloria de Jesús, Hijo de la Virgen, sino a la de otro Cristo, igualmente Hijo de Dios e Hijo de otra Virgen, e igualmente exaltado en carne a la forma de Dios: yo le rogaría —si pudiese— a Dios, me borrara del decreto aquel, y prescindiera de mí. Si no habían de ser Jesús y María, tampoco yo. Aunque por mediación de otros llegase uno a lo que hoy. Otro como Jesús, no es Jesús. Otro como Santa María, no es Santa María. Ellos dos, estrechamente unidos como Madre e Hijo; y ningunos otros. Esto, no por contestatario de Dios. «¿Quién se hizo consejero suyo? ¿O quién le dio primero y se le pagará en retorno?» (Rom 11, 34s). Sino porque uno tiene sus tesoros de familia, amores o títulos de nobleza, y no le in

teresan otros. Asi entiende uno libremente amar a Jesús. Sobre uno mismo. Sobre su propia divina gloria. Sobre su eterna suerte. Atento a la gloria de Jesús, y de su Madre.

Te reconozco pues, Maestro mío y Señor, aunque vivas tú en el cielo y yo no. Te amo por encima de mis intereses. Sé lo que eres, y el que eres. Y en lo que eres —perdóneme el cielo— antes amo lo débil que lo fuerte: lo que recibiste de la Madre que lo que del Padre. Arrimado a lo enfermo de Dios, enfermo también yo de Dios. Habla, que tu siervo escucha. Maestro, poco te autoriza el serlo mío, ante Anás. Ya sabré ser mejor con tu ayuda. Si te abandono alguna vez, como Pedro, mira a tu Madre y por amor a ella, vuelve al discípulo esos tus ojos misericordiosos. Hiere sin ira y abre los oídos a incipientes protestas de afecto. Mas no disimules ofensas, con triunfo de tu sola misericordia. Ha de vencer, Maestro, alguna vez la penitencia. Haya menos miseria y menos misericordia. Más probación de un lado, y mayor paciencia de otro. Más libertad e iniciativa del Señor, y más sumisión del siervo. Hiere, lastima, aprieta, arranca: a tu aire, no al mío. Cediendo siempre tú, malogras por consideración a insipencias mías, la sabiduría de tus caminos.

Vueltos a repasar los años, duele haberlos vivido tan fríamente. Pero aún más, haber distraído a Jesús de sus senderos a los de uno, haberle atropellado por demasiado bueno, esclavo a la espera indefinidamente.

Mucha nieve cayó por mí sobre tus purísimas espaldas. ¡Qué nieve la de mis mejores años! Desidia, indiferencia, trato de compromiso... ¿Y por qué no obraste a lo Dios, como con Saulo, sin llamar? No me enseñes, en adelante, por las buenas y a tu costa. Aquello terminó. Muy poco maestro es el que vive a merced de sus alumnos. Muy poco digno, el que sólo enseña a gusto de ellos. ¡Qué grande el que exige, de entrada, cárceles y azotes y naufragios, y enuncia como programa: «Yo le mostraré cuánto ha de padecer por causa de mi nombre» (Hechos 9,16)!

Uno que llegó a ser discípulo de Jesús, escribía a punto de serlo: «Perdonadme. Yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Visible o invisible, nada se me oponga, celoso de que yo logre a Jesucristo. Fuego y cruz,

manadas de fieras, romper de huesos, descoyuntar de miembros, torturas del enemigo, vengan sobre mí: a condición sólo de que alcance en suerte a Jesucristo» (San Ignacio Ant., *A los romanos* 5,3). «No os empeñéis en que uno muera. No entreguéis al mundo a quien sólo anhela ser de Dios. Tampoco tratéis de engañarme con las cosas terrenas. Dejadme contemplar la luz pura. Llegado allí, seré verdadero hombre (y discípulo de mi Señor)» *[ibid.* 6, 2].

38• «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» (Jn 13,13)

Vosotros, y los que en mí creerán por vuestra palabra. A la cuenta, por Su gracia, también yo. El me admite a llamarle 'Maestro y Señor'. Y se lo digo 'como conviene'. Su mismo Espíritu me mueve a ello. ¡Qué dicha haber empleado desde niño la boca en bendecirle, invocar su Nombre, llamarle Maestro y Señor! ¿Es posible que haya vivido tantos años, lindando con la inconsciencia, educado en amor de solas palabras? Algo había dentro, pues tan espontáneas salían. Te quería bien, como pueden quererte los niños. ¿Reclamas acaso a los pequeños amor de mayores?

Tan bueno te decían mis padres, que no podía menos de amarte. A ellos les amaba, porque padres míos. Y a tí, mucho más, porque mi Dios. Era cosa espontánea sin yo entenderlo. Enseñábante bueno, porque Hijo de Padre Dios y de Madre Virgen. Yo no sabía lo de Madre ni lo de Virgen; y menos lo de Dios. Pero entendía que eras bueno sobre la bondad de todo lo bueno. Así te amaba. Y por ti, hubiera muerto. ¡Qué poco te amaba para lo que me enseñaron a quererte!

Entré en la adolescencia. Tiempo de sentir cosas extra

ñas, de ver lo que no veía, y de oír lo que no oía. Enseñáronme a leer, ya no mis padres, el Evangelio. A detenerme sobre tus milagros, a penetrar en tus discursos, a seguirte desde Belén hasta el Calvario. Escuchaba tus parábolas, y aprendía mil cosas, todas buenas. Hijo de Dios Bueno, todo lo hacías bien; pero tenías enemigos. ¡Qué malos me parecían! ¿Por qué serían así? Los Doce me gustaban mucho, menos uno.

El bien no me llegaba derecho de tu persona. Ensenábanme otros lo que podían enseñar. Tú quedabas lejos. Libros o maestros, restaban sin querer a tus acciones y palabras el encanto que descubro ahora con tanta sencillez.

Maestro y Señor, lo más de mí vivíame tan distraído, que te buscaba en otros antes que en tí. El Jesús que primero llegaba de labios de mis padres, veníame ahora de otros labios. Alabábanme el Jesús de san Luis, el de los santos. Eras tú y también otros, y para todos tenía yo alma igual. Igualmente entusiasta, abierta a paradigmas parciales que se interponían en mi camino. ¡Jesús mío! ¡Qué pena haberte conocido en otros! Yo te amaba, más no solo. ¡Oh quién te hubiera conocido siempre a infinita distancia de otros! En soledad, Unigénito del Padre, Unigénito de la Madre. Como te conoce 'ab aeterno' el Padre. Como te conoce en el tiempo la Madre. No uno y uno. Sino Uno, siempre Uno. ¿Y dónde se me distrajo el alma con falsos mediadores para llegar a tí? Hubiste de venir tú a decirme, que entre mí y el Padre estabas solo tú; y los otros sobraban.

Hasta que llovió el gusto sencillo de tu bendita Humanidad. Tardó en venir. ¡Qué días los anteriores para no ser amados! No los quiero. Ni para otro los quisiera. En tan poquita vida como nos dan, ¿qué valen los días que tú no alumbras?

Iba como los amigos de Betania, a verte a tí y también a Lázaro. Lázaro eran los santos, los de penitencias y oraciones largas, los que llamaban la atención. Confundía la amistad con Jesús con el aparato de Sus calificados amigos.

Aquello por fortuna quedó atrás. Ya no me hiere el

aparato. Busco la sencillez, lo íntimo, la insignificancia, el no ser. ¡Oh quién supiera no-ser para ser El!

En el Evangelio mismo, dejo a otros los milagros. Para otros también el Maestro que triunfa, en palabras, de escribas y fariseos.

El que descansa en el Padre y busca la oración escondida y sueña con la muerte en cruz y vive entre los Doce, apartado de ellos, como el cielo de la tierra... ese es mi Jesús. El objeto de la contemplación de Santa María. Inmensamente solo, lo mismo en el amor que en el odio. El Señor. Y apurando, no el Verbo en su naturaleza divina, sino el Hijo de la Virgen, en su personal debilidad. En la alteza de su humana condición, tan parecida a la de pecado, y tan distinta. Sobre todo, tan distinta.

Hasta en el evangelio, te busco ahora al margen de toda estricta circunstancia. Mejor, dentro de la Pasión. No entre los triunfos de días anteriores. Ni siquiera en el Tabor. Maestro y Señor, sin nada que al exterior lo diga. Al sacarte Pilatos a vista del pueblo (Jn 19, 14): «Aquí, vuestro Rey». Ninguno te cree rey. Todos, rey de burlas. El pueblo te pide para la cruz. Yo eternizaría ese momento para descansar en la pureza de tu ignominia, amarte sin átomo de interés, por ser quien eres, amable sobre el amor de todas las cosas; y luego, morir. En acabando tú, acabe uno. Entre quienes mueran con el falso rey, haya falsos cortesanos, y sitio para uno. Aventada la memoria del Nazareno, mesías iluso y blasfemo contra Dios, avéntese también la memoria de sus seguidores, ilusos y blasfemos con él. Y después, nada. Si en el libro de la vida estaba el nombre de Jesús, y se borró, bórrese con él el mío, muy borrado. No me importa otro Dios que el 'falso' Padre de Jesús; ni otro Nombre que su 'falso' Nombre.

Yo creo que también otros sentirán así. Un impulso a estar a tus pies, adorarte por Maestro y Señor, venerar en tu persona al Verbo substancial de Dios, que abre mil cielos entre llagas y sangre. Más enseña el silencio de tu castigada forma de siervo, que adoctrinaban hasta ayer tus labios. Maestro en el seno del Padre, y en medio de la Pasión.

Uno te necesita así, hermosura sobre toda hermosura.

Heridor de quienes tenías heridos. Radiante y placentero, egregio entre diez mil. Sol que deslumhra, tu semblante. Tus guedejas, flechadoras de muerte. Tus ojos, palomas en baño de luz. Tu mirada, la propia dulzura, y todo el encanto.

Hubiéranle preguntado los ángeles a María de Betania, de su trato con el Maestro. «¿Y eso me lo demandáis vosotros?, replicaría. ¿Qué sentía a los pies de Dios? El nos hablaba, y nosotros le oíamos. Entraba el cielo con El y enamoraba. Hasta que le conocimos, no supimos lo que era sufrir. En presencia, el sentimiento de Su ausencia. Demasiado goce para sostenido. El amor a Jesús es sufrir, necesitar de El. Tenerle y no tenerle. No sostenerle. Enfermé desde la vez primera. Y como yo, Lázaro y mi hermana Marta. Habíanos traído el cielo y el dolor. Y no era vida estar sin El. Y cuando llegaba, *tampoco era* vida que se pudiese sufrir. Enfermó Lázaro, y enfermamos de Jesús. Vino luego lo que vino. En mal hora le trajimos a que resucitara a Lázaro. Eso le adelantó la muerte. Y muerto El, ¿qué ganábamos con vivir sin alma?...».

Hay modos de sentir al Maestro. Uno, instintivo, en alma y cuerpo. Más allá de palabras y sentidos. Está El, y a sus pies uno. No sabe uno si está. En sosiego, sin especies ni agitación de mente, como quien se dispone a que el Maestro le llueva Espíritu, o lo que le guste llover. La gloria de Dios se cierne invisible sobre Jesús y se desliza, iterada nube del Tabor, hasta envolverle a uno y elevarle sobre sí. Es la hora del silencio. Lluvia y nube, lo divino hace mansamente lo que es. Nube blanca, viste de blanco, y adentra en los huesos la albura de Dios. Si de penas, las derrama en uno y le dispone internamente a sufrir .Todo suave, hondamente. Los efectos no quedan para sólo recuerdo, sino bien impresos en la carne. La mediación de Jesús, su magisterio más hondo acaba ahí. Ni hay nube tan hermosa a la vista que, envolviéndonos con el Maestro, no se deslice del Tabor al Calvario.

¡Qué bien sabe el Maestro iniciar con hermosura de sentidos, para terminar sin ellos, con puro amor! «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Mucho premio será allí, ver la hermosura

de Dios. Pero aquí... más quisiera yo descubrir la belleza insufrible de Su interior. «Si yo fuere ensalzado de la tierra, atraeré a mí todas las cosas» (Jn 12, 32).

«Le vimos y no tenía forma ni hermosura» (Is 53, 2). Luego, ¿no es hermoso? ¿Y cómo le amarían las vírgenes que no buscaron esposo entre los hombres? Apareció no- hermoso a los perseguidores. A verle en su primera y virginal hermosura, ¿se hubieran echado sobre El, le hubieran azotado, coronado de espinas o ultrajado con salivas? Parecióles disforme y perpetraron en El todo lo feo. Faltábanles los ojos a los que aparecía Cristo en su hermosura. Los ojos del iluminado ciego Tobías. Heridos levemente con el esplendor de la eterna luz.

Los puros son amigos de esa luz, que pone hermosura. Quieren verlo todo con la vista simultánea, en cuerpo y alma, de Dios. Felipe creía ver al Maestro y no le veía: «Señor, muéstranos al Padre, y nos basta» (Jn 15, 8).

La vista del Padre era bastante. Mas, ¿puede Dios bastar a quien el Hijo, igual al Padre, no basta? Jesús era visible de otro modo. A la luz de Dios, con la hermosura de Padre e Hijo, igual en el Tabor y en el Calvario, «el más hermoso de los hijos de los hombres» (Ps 44, 3).

Amamos en Cristo lo que vemos. ¿Y qué vemos en El? Miembros horriblemente llenos de sangre y crucificados, manos y pies y costado heridos... Eso que no amamos en los ladrones, nos roba en El el corazón.

El que, entre tinieblas, aprehendió a quien ama, mostraría quererle poco, si le soltase para cuando le viera en luz. No así, Señor. En la oscuridad en que aprehendo tu presencia, engáñeme el amor con nuevos ojos. No te suelto para cuando todos te vean hermoso. ¿Me han de dar luego a otro en tu lugar? Las dos cosas, Señor. Ahora la dulcísima blandura de tus carnes rotas. Luego la hermosura de tus cicatrices. Que no me den a elegir. Al cielo subió lo no-hermoso, para enamorar a los ángeles con el donaire de Dios.

39. «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy» (Jn 13,13)

Al parecer, el Maestro escucha complacido a quien le lláma «Maestro y Señor». No así en la parábola de las vírgenes. «Vinieron también las demás vírgenes diciendo: *Señor, Señor, ábrenos.* Mas él dijo: En verdad os digo, no os conozco» (Mt 25, 1 ls). Y en otra ocasión (Mt 7, 21ss): «No todo el que me dice: *Señor, Señor,* entrará en el reino de los cielos; mas el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel día: *Señor, Señor,* ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre obramos muchos prodigios? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad».

El Maestro busca obras, no palabras. El que le llama Maestro y Señor, y no hace la voluntad del Padre, dice bien y obra mal. Merece que el Hijo le aparte de Sí. ¿Qué haremos entonces los que sólo tenemos palabras? ¿Callaremos, para sólo romper a hablar con obras por delante? Quiero decir, ¿para siempre? Porque yo no puedo ofrecer al Señor otras obras que el pecado. ¿O prefiere ver en nuestras manos 'obras de iniquidad', a solas palabras? Tal vez signifique, con arreglo a su economía, que para presentarle obras de justicia, se las pidamos prestadas a El...

El Maestro, hijo del amor de Dios (cf. Col 1, 13), todo lo hizo en atmósfera de amor, y en sus obras complació al Padre. No solo. Las que en Su humanidad llevó a cabo, hízolas por nosotros, y se las encomendó a la Iglesia, a fin de presentarse con ellas, como con cosa propia, a Dios. Y según eso, o yo entiendo mal, o los que en medio de pecados creemos en Jesús, con palabras nuestras y obras de El, podemos y aun debemos ganar el corazón del Padre. Las vírgenes necias abrieron solo sus bocas. E igual los que alegaron milagros y profecías y expulsión de demonios. No les ocurrió poner, como Jacob, sobre el propio

timbre de voz, vestidos de la Carne de Jesús y, en ella, lucir las obras purísimas de Su bendito Cuerpo. ¿Qué Dios resiste el humano vestido de su Unigénito? Ya que no podamos callar ante Dios, oremos con la Carne del Hijo para herirle en el corazón, y obligarle a conocernos en El. Atolondrado el que espera tener obras propias para orar a Dios. E iluminado el que se las pide al Señor para ofrecérselas al Padre. El cielo ignora otra economía que la del mediador Cristo Jesús. La introdujo entre Dios y los hombres; aténganse a las leyes de la mediación. Dije leyes, como pude haber dicho fraudes* Mediador físico —por Dios y por hombre— Jesús sabrá combinar títulos, intercambiando con los pecadores la carne para luego interceder con Dios, de Hijo a Padre. ¿Será el cielo capaz de distinguir personalmente en su Hijo lo humano y lo divino?

Conviene recordarlo para imitar al Maestro en las secuelas de la mediación. Hay quien no quiere llamarnos 'Hermanos', ni nos tiene por tales. Y hay quien responde con igual medida, equivocadamente.

«He sido para muchos pesado —decía una vez a sus fieles san Agustín—. Lo siento. Para otros terminé pronto el sermón. También lo siento. Perdonen los débiles a los fuertes, y nieguen éstos por aquellos. Todos pertenecemos a un organismo. De nuestra Cabeza (Cristo) recibimos vigor. En ella esperamos y nos sentimos fuertes. No temas exigir del Señor misericordia. Al contrario, lo quiere. No se angustia como quien no tiene, o tiene poco y teme dar para quedarse con menos. Pero ofrécele tu caridad. No pongas límite a la ofrenda. A la medida de Su riqueza, sé —como imagen— rico.

»Os exhortamos a hacer esta caridad, no solo entre vosotros, sino también con los de fuera: paganos que no creen aún en Cristo, o alejados de nosotros que con nosotros le reconocen por Cabeza. Haya compasión para ellos, como para hermanos. Quieran o no, son nuestros hermanos. Dejarían de serlo si no dijeran «Padre nues

tro». —A los que os dicen: No sois hermanos nuestros, decidles: «Sois nuestros hermanos» (Is 66, 5). El profeta no alude a los gentiles. No es uso de la Escritura ni de la Iglesia llamarles hermanos. Tampoco habla de los judíos, incrédulos. El Apóstol entiende por 'hermanos', sin más, a solos cristianos. Isaías se refiere a los hermanos separados. Si por su parte dijeren de nosotros: No sois hermanos nuestros, «decidles —replica Isaías— *Hermanos nuestros sois*». Nosotros reconocemos en ellos el bautismo. Y si agregan: ¿Por qué nos buscáis, para qué nos queréis?— «Porque sois nuestros hermanos». —Dirán: Alejaos de nosotros, no tenemos parte con los católicos. —Por el contrario, nosotros tenemos parte con vosotros. Confesamos un mismo Señor. Debemos estar en un sólo cuerpo, bajo una sola cabeza. —¿Por qué me buscas —dice— si perecí? Es un absurdo. —Precisamente te busco porque pereciste. —Si perecí, ¿cómo soy tu hermano?—Porque «tu hermano había muerto y revivió; había perecido y fue hallado» (Le 15,32).

»Os conjuro, hermanos, por las entrañas de la caridad con cuya leche fuimos alimentados, y con cuyo pan nos fortalecemos. Os conjuro por nuestro Señor Jesucristo, por su mansedumbre, que manifestéis a Dios para ellos lo más fino de vuestra caridad. Es tiempo de emplear con ellos gran caridad, abundantes pruebas de compasión. Rogad a Dios por ellos, para que les dé un sentir juicioso. Enfermos y todo, son nuestros hermanos, y celebran los mismos misterios. Aunque no con nosotros, celebran los mismos. Derramad ante Dios por ellos las médulas de la caridad» (San Agustín, *Enarr. in Ps.* 32, II s.2 § 28s).

Al leer ellos las palabras evangélicas —«Vosotros me llamáis Maestro y Señore— entienden lo que nosotros; y quizá bien. Pero si lo entienden contra nosotros, por falta de caridad, leen erradamente; y lo que peor es, no llaman a Jesús Maestro y Señor, como El quiere ser llamado. Por encima de solas palabras están las obras del Espíritu. Y por encima de las demás, la caridad con los Hermanos, la comunión de todos en aquel mismo a quien llamamos Maestro y Señor.

Dios y Señor mío, yo me pierdo en el infinito misterio

de tu persona. ¿Tan difícil es llamarte lo que todos ven? El sacramento está en hacerlo como conviene. Orar, como cumple a Dios. Atinar con el beneplácito del Padre. Y moverse en las alturas de tanto misterio con la sencillez de los simples, que tú, Señor, beatificaste. «Yo te bendigo, Padre, Dueño del cielo y de la tierra, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos. Padre, así pareció bien en tu acatamiento» (Mt 11, 25s).

40• «Si, pues, os lavé los pies yo, el Señor y el Maestro, también vosotros debéis unos a otros lavaros los pies» (Jn 13,14)

El Señor enseña a los siervos su oficio. Ya que son siervos, aprendan a serlo a lo Señor. No lo dice el Maestro por alabarse. Lo fino, cuando largo, se vuelve duro; y cuando de todos los días, vulgar. Es menester haberlo visto a la luz ideal de Jesús. En Sus ojos, manos y pies. Así como El una vez con ellos, así ellos siempre.

Lave como señor, quien es señor. Diga la verdad quien es la Verdad. La aprendan o no los Doce de entonces, enseñada queda para los discípulos de ahora. La Fuente habló manando, y la gustará quien aplique a ella su boca. Dijo el Sol como sol, y no cuidó de que el siervo le midiese a su medida.

Acaba de hacer un extremo de humildad. Sencillo El, y muy simples sus palabras. Igual que el misterio, le persigue el encanto. Amable en lo que hace; más amable en su persona.

Enseña lecciones de humildad. Hagamos lo que humildemente el Excelso. Practican eso visiblemente los hermanos que se dan hospitalidad unos a otros. En los días del Apóstol hubo esa costumbre. Alaba san Pablo los mé

ritos de una viuda (1 Tim 5, 10): «Dio hospedaje, lavó los pies de los santos».

Hoy son otras costumbres. Lo que no con las manos, se obra hoy con el corazón, o con lo que sale de las manos (limosnas, toques delicados, ignorados favores...). Si más enseñó el Maestro en el modo que en la cosa, más debe aprender el discípulo en el modo que en la cosa. Y el modo es infinito, como el amor. ¡Qué mundo se esconde en las manos de Jesús! En el Verbo, Mano de Dios. Es torpe el que sólo aprende por sentidos. Al Señor, Dios le sabe engendrando. El Espíritu, procediendo. Los verdaderos discípulos, buscando saberle como el Padre y el Espíritu.

Muchos misterios enseñó en el Cenáculo. Suerte que anunciara al Paráclito que los había de enseñar mejor. Y se nos diera ya en sacrificio y manjar, «la cena que recrea y enamora».

A esta parte del Calvario, en las postrimerías del mundo, el tiempo es nuestro. Toca detenerle, aprender lo mal aprendido, oír lo mal oído y trabajar el misterio de Jesús. A fin de trabajar lo divino, está la otra ribera. Para lo humano, vale también ésta de ahora. ¿Dónde mejor se entiende lo débil de Dios, que entre quienes le hicieron débil?

Educa, Señor, con tus sentidos los míos. Llénalos de Dios. Que vea como tú ves. Que, como a tí, me muevan a ver más que veo. Inundado por todas partes de tu Espíritu. Así sentiré a la medida de tu voluntad.

Entiendo que lavar sea lavar. Pero en tí, sospecho que es otra cosa. Si lo que tú haces, primero se lo viste hacer al Padre (cf. Jn 9, 4), ¿cuándo viste al Padre lavar pies de hombre o de ángeles? Yo quiero aprender a través de lo que haces, lo que viste hacer a Dios. Tener tus ojos para descubrir el misterio que luego traduces, o no traduces, por sentidos. ¿Voy a creer que todo lo visto arriba lo traduces abajo? ¿que lo contemplado como Dios, se puede proyectar a hombres? Los que, por carne o alma, o por lo que fuere, gustamos de lo tuyo oscuro más que de lo nuestro claro, y venderíamos lo nuestro por perdernos para siempre en lo tuyo, querríamos saber el camino para me

jor perdernos. Por dónde se llega a entender lo que no se dice ni asoma a sentidos.

Jesús en el Cenáculo mira en los Doce a la Iglesia. En su misterio entraba yo. Y en su momento, sin diluirme en pura Iglesia, con trato de uno a otro. Todo Jesús para la Iglesia, y todo para el último de ella, para mí. ¡Qué desilusión si sólo me amara en multitud, o sólo en multitud aceptara mi afecto! ¡Qué mal pagado iría en sola multitud, quien merece el amor personal de los mejores, y el también personal que ilusionadamente le ofrecemos los peores! No destruyamos allí arriba el único verdadero cielo, que se llevó de la tierra el Señor. La amistad de dos. Los requiebros de Teresa y de Jesús. Las efusiones calladas de Betania. Lo íntimo y débil, sin aparato. Lo desconocido en Israel. Lo envidiado por el Bautista Juan, amigo del: Esposo. Lo más recatado del matrimonio. ¿Es que sumadas tantas intimidades en Iglesia, crece la intimidad? No lo creo, ni me creo obligado a creerlo.

En el Cenáculo, donde se extremó la unidad, y se fundó el sacramento del amor, para ir a morir de puro divino en la Cruz, terminaron los fríos del invierno. Nos llaman uno por uno.

«Ha tomado la palabra mi amado y me ha dicho: Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Mira, el invierno ha pasado, la lluvia cesó. Las flores aparecen en la tierra, el tiempo de la poda ha llegado. El arrullo de la tórtola déjase oir en nuestros campos. La higuera colorea sus higos no maduros. Las vides en ciernes exhalan su aroma. Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Paloma mía, que anidas en los escondrijos de los escarpes, muéstrame tu semblante, hazme oir tu voz, pues tu voz es dulce y tu semblante hermoso» (Cant. 2, l0ss).

¿No son los mismos acentos que a poco se le oirían: «Esto es mi cuerpo, entregado en sacrificio» por mi Esposa, «éste, el cáliz de mi sangre, derramado en sacrificio» por Ella? ¿Busca sólo el semblante plateado, o adentrarse con el hálito adonde el amor anida?

Si el lavar los pies no va en metáfora para el Verbo de Dios, menos irá meterse en carne por donde se detiene el beso. ¿Hay cosa mejor entre ángeles? Lava los pies quien

se los humedece en agua, copiosamente, hasta dejarlos limpios. Así lo hizo Abrahán con los ángeles.

A poco, también sin metáfora, vendrá el agua del Espíritu. El bautismo que de la Carne gloriosa de Jesús se derrama sobre la Iglesia de los creyentes. La comunión inefable de Cuerpo a cuerpos, de Miembro a miembros. El río que alegra en el futuro la Ciudad de Dios. El que sale no de las manos, sino del corazón glorioso de Jesús. Los ángeles soñarán con bañarse en él, envidiosos de lo nuestro.

41• «Ejemplo os di para que, como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis» (Jn 13,15)

El discípulo cumplidamente formado será como el Maestro (cf. Le 6, 40). ¡Si fuera esto verdad! El publicano de ayer pasaría a las alturas del Unigénito. El hijo del Zebedeo a hijo de Dios. La miseria del barro a las delicias del espíritu. El ignorante de todo, a sabio en los misterios de Jesús. El vaso turbio, a la claridad del cielo.

¿A tanto podra conducir la lección del lavatorio? Levantarse de la mesa, quitarse los vestidos, ceñirse la toalla, echar agua en la jofaina, lavar los pies de los Doce, enjugárselos con la toalla, y besarlos son poca lección para tan alta ciencia, si no la diese el Unigénito del Padre. ¿Es la cosa o es El?

Lava el siervo los pies de su amo, y no enseña. Aconsejan los jóvenes, con celo y sin experiencia, y dan en vacío. Los ancianos, con larga vida atrás, enmudecen. ¿Hay quien enseñe de veras, hablando o haciendo? En el humano diálogo se barajan verdades de multitud. La Verdad no se reconoce en ellas. Aquella de que solía hablar el Maestro y era Suya.

El misterio reside en Jesús. Hiciera lo que hiciese, era

la Verdad. No iban, el Maestro por un lado, y la Verdad por otro. Ni la acción por un camino y las palabras por otro. En la sencillez del gesto doce veces repetido hablaba el Verbo del Padre la lección. ¿Con qué fruto? Ahí comienza el misterio del hombre. Que tiene oídos para oír y no oye. ¡Oh quién tuviera sentidos sólo para sentir a Dios! ¡Oh quién los tuviera sólo para eso!

Los Doce oían y veían con los ojos y oídos regalados previamente por Dios, para oirse y verse en ellos. En el orden de la gracia, de poco sirve tener sentidos, si no viene del Alto quien los mueva.

La providencia conduce al sol para que brille igualmente sobre malos y buenos. El Espíritu le mueve de otro modo. La delicadeza de Dios se complace en proteger el mal, con los mismos sentidos que esconden el bien. Así los malos siguen el camino común de los buenos. Los buenos, el camino de los malos. Y la bendición de Dios, el invisible del Espíritu.

«En efecto, mediante la creación (común a unos y otros) revela el Verbo al Dios Creador, y mediante el mundo (sensible) a Quien le fabricó (de materia amorfa), y mediante el plasma (o carne del hombre) al Artífice que lo plasmó (en Adán), y mediante el Hijo al Padre que Le engendró. Y esto lo hablan todos por igual, mas no todos creen por igual. Por la Ley y los profetas anunciaba por igual el Verbo a Sí propio y al Padre; y todo el pueblo (de Israel) oyó igualmente, mas no todos creyeron por igual. Mediante el Verbo mismo, hecho visible y palpable, se mostraba el Padre; y aunque no todos creían igualmente en él, todos vieron en el Hijo al Padre —pues lo invisible del Hijo es el Padre, como el Hijo lo visible del Padre—; y por eso decíanle con la boca, en presencia, Cristo, y le llamaban Dios. Los propios demonios, a vista del Hijo, exclamaban (Me 1, 24): 'Sabemos quién eres, el Santo de Dios'. En las (propias) tentaciones, el diablo que le veía, exclamaba (Mt 4, 3): 'Si tú eres el Hijo de Dios'... Todos veían y nombraban al Hijo y al Padre, mas no todos creían. Era menester que todos dieran testimonio de la verdad, y hubiera (al fin) Juicio para salud de los creyentes y condenación de los no creyentes. Todos serían así

justamente sentenciados; y todos confirmarían la fe en el Padre y en el Hijo» (San Ireneo, *Adv. haer.* IV, 6,6-7).

No se impone la fe como se imponen los sentidos. Lo que descubrían los ojos en el extraño lavatorio, era cosa de siervo. Que lo fuera del Unigénito 'en forma de siervo', o del Nazareno, hijo de sierva, ya no se veía. Todos lo vieron por igual, mas no todos creyeron.

Jesús dejó el misterio en libertad, aunque le ilusionara ser aprehendido. Mas ¿quién entiende la Verdad fuera del Padre? Aun así, entre la Verdad intuida por quien La engendra, y la de sentidos accesible a no creyentes, hay interminable verdad para objeto de fe. ¡Oh sin término y medida, abierta para siempre a los Doce, y a los innumerables figurados en ellos!

«Ejemplo os di para que vosotros lo hagáis *as*□ *como* yo hice con vosotros». Poco misterio, Señor, habría en lo que hicisteis, si no llevarais a todo, con el vuestro personal, el sacramento del modo, el enigma de la obediencia al Padre, todo el mundo perdidizo que con Vos nació y con Vos irá al sepulcro. Enséñanos el modo, visible en Vos e invisible en el Padre. Más que entender tus verdades, una a una, el modo singularísimo con que os conoce el Padre: como Verdad, sola única Verdad. En Quien las demás se definen con la soledad de lo último divino. Vendrán otras, a merced de nuevos favores y palabras vuestras. Ninguna pierda el timbre con que salió de vuestros labios. O el que trajo del Padre, engendrador de la Verdad primera.

«En verdad, en verdad os digo: no es el siervo mayor que su amo, ni el enviado mayor que el que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados sois si lo practicáis» (Jn 13, 16s).

No le gustaba al obispo san Agustín enseñar de maestro a discípulos. Prefería hablar de discípulo a condiscípulos. Dijera o no sublimidades, siempre de siervo a consiervos; de tinieblas a tinieblas, con luz prestada del cielo. Tenía delante el estilo de vida del Unigénito del Padre que escogió la forma de esclavo, para enseñar —de siervo a siervos— las intimidades de Dios.

Y nuevamente (Le 22, 27): «¿Quién es mayor: el que

está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es verdad que el sentado a la mesa? Mas yo estoy en medio de vosotros, como quien sirve».

¿Y qué adelantas, Señor, con eso? Es norma de vida guardar cada uno su puesto. El sastre, sastre; y el juez, juez. Muchos males de hoy radican ahí. El siervo quiere ser amo, y nadie se resigna a su sitio.

Maestro, pues eres Señor, ¿por qué has de vestir de forma de siervo? ¿Se te hacía insoportable el sempiterno trisagio angélico, y buscabas nuevos arpegios? ¿O sentías que el Padre te engendraba, en continua aurora, con las formas de los hijos de los hombres, como quien te invitaba a salir en el atardecer creatural del mundo?

'Nada de eso. El Padre dióme a conocer lo que desde siempre miraba. Y era que, engendrándome Hijo, queríame también Hijo del Hombre, en igualdad de gloria con El. Y pensó en darme por Madre una Virgen... y todo lo que vino después, hasta engendrarme, por tercera vez, hombre de entre los muertos, y hacerme Hijo de Dios en substancia de hombre. Todo para levantar a los hermanos que en Mí tuviera, a la misma gloría que conmigo tenía desde siempre. Esclavo, hermano de siervos, podría yo enseñarles a su modo de esclavos. Aunque muchas veces habían de equivocarme por tan suyo, que me creyeran pecador como ellos; sin sospecha de la dignidad que compartía con el Padre'.

He ahí el misterio de la Encarnación. El Verbo se hizo carne, para que la carne se hiciera Verbo, y con el Verbo, Dios.

¿Así de golpe? Las obras de Dios van despacio y preparadas. Tal la Encarnación a lo largo de los siglos paleotestamentarios. Y por ahí la ley de imitación, a lo largo dé los nuestros. Jesús, trabajado cumplimiento de las promesas y vaticinios de Yahvé; y norma ideal de trabajosa imitación para los hijos del Evangelio. Que el mayor se haga el menor, así como el Unigénito se hizo hijo del hombre para, a Su costa, hacer al hijo del hombre inmenso Unigénito de Dios.

42 • «Para que como yo hice con vosotros» (Jn 13,15)

Reflejad en vuestras mentes la de Cristo Jesús. Sed humildes como lo era El. Mudad vuestro interior en el Suyo. No es posible, entre hombres, cambiar de alma. Que la de Pedro pase a Juan; y viceversa. Tal vez lo imposible entre nosotros, sea posible para Dios. Y que El pueda cambiar el Alma de Su Hijo por las nuestras, y hacernos sentir en El los sentimientos de la Suya.

Mucho cambió Saulo a raíz del encuentro con Jesús. Y tal vez de alma, porque los sentimientos de ayer no los tenía hoy, ni los recobró más. A eso aludiría más tarde al decir (Gal 2, 19s): «Porque yo morí a la ley para vivir a Dios. Con Cristo estoy crucificado; pero vivo... ya no yo, sino Cristo vive en mí. Y eso que ahora vivo en carne, lo vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí». Mudando alma, muda la vida. Y mudando vida, mudan los sentimientos. Y si para cambiar de alma, conviene subir a la cruz con Cristo, habrá que pensar en morir con El para tener Sus mismos sentimientos. No los que tuvo después de morir, sino los de siempre, entre los cuales habría que contar los divinos del Hijo, en cuanto Verbo, y los humanos, en cuanto Carne; y entre estos últimos, los que tuvo en Carne pasible, y los que en Carne gloriosa, una vez recobrada la claridad del Verbo.

¿Habla de todos ellos el Apóstol? Fil 2, 5 se refiere a los que tuvo desde antes de la creación del mundo, como Unigénito del Padre: cuando, no por vivir en la claridad de Dios, mostró avidez por retener las prerrogativas de su divinidad, y se ofreció al Padre para sacrificar —a lo largo de Su economía pasible, en forma de siervo— la vestidura de gloria que como a Verbo le correspondía.

¿Es posible en el seno de Dios buscar el sacrificio de la propia gloria? ¿Y por cuánto tiempo le buscó? Si a ello se decidió antes del tiempo, hubo de buscarle en la eternidad, en coexistencia con la vida divina, haciendo interferir el sentimiento de la propia claridad inamisible de

Hijo, como Verbo, con el sentimiento del futuro sacrificio y desnudez de gloria para Su economía de siervo. ¡Oh qué misterios tan humanos vamos a aprender en Dios, cuando Le descubramos Unigénito, en conversación con el Padre! Divinos, vinculados a futuros humanos, por condescendencia con el beneplácito del Padre, autor primero de toda economía. Allá entenderemos que el manantial de lo humano de Jesús comenzó a fluir con el propio Verbo, en la primerísima intelección divina del Padre. Y cómo lo que para los filipenses desea el Apóstol se cumplirá en forma consumada, cuando la mente de Cristo Jesús se nos muestre en la doble naturaleza del Hijo, Sabiduría del universo y Paradigma del hombre. ¡Qué difícil va a sernos, aun entre ángeles, tener tan largos sentimientos como los de Jesús, eternos y temporales, divinos puros como de Verbo, y divinos humanos como de Logos decidido al abandono de Su claridad! ¡Qué corta va a resultarnos la eternidad, llevando a ella aspiraciones ya grandes como la propia eternidad del Verbo! ¿No nos empujará Dios a vivir hacia adelante, desde la iterada glorificación del Hijo —glorioso en carne— hacia la nuestra? ¿Entonces? Ya no podremos tener, por coexistencia, los mismos sentimientos que tuvo el Hijo, antes de la creación, antes de Su anodadamiento. Y habremos de gozar únicamente el premio de los primerísimos aquellos sentimientos, sin el regusto de los sentimientos mismos.

Digamos que lo humilde del Unigénito se repitió, una vez realizado según divinos designios, en lo humilde de Jesús. Y que en sintiendo con Jesús, cambiando alma y cuerpo con El, habrá modo de saber con todo el brío de la humana carne, potenciada por el Espíritu de Dios, los sentimientos eternos traducidos en la economía de *kénosis.* Sentimientos paradójicamente colmados en el Vaciamiento; y extendidos al Cuerpo de la Iglesia peregrina, a lo largo de la dispensación divina de los hombres. ¡Oh cuánto sentimiento de Jesús nos queda por sentir, si lo queremos a la medida de Su sacrificio primero!

San Pablo escribe una vez (Col. 1, 13): «El Padre nos libertó del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del *Hijo de Su Amor*». En sana teología, el Verbo es fruto de la inteligencia del Padre. Jesús, en cuanto Unigénito, viene del conocimiento de Dios. El Apóstol se refiere a la naturaleza humana de Cristo. En cuanto hombre, Jesús nace del amor de Dios. No agrega si «del amor de Dios *a los hombres*». Ambas cosas son igualmente verdaderas.

«Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en él no perezca, sino alcance vida eterna» (Jn 3, 16). El Hijo vino para revelar el amor del Padre, representado en El. El amor simplicísimo del Padre es Su misma naturaleza. Engendrado de su esencia (cf. San Agustín, *De Trinitate* XV 19, 37 fin), el Verbo es Hijo del amor del Padre.

Yo prefiero llevar por otro camino tan dulce nombre. Jesús es un beso de Dios a nuestra naturaleza. Fruto del ósculo, es también hijo de él. A tan dulce misterio se refería la Esposa (Cant 1, 1): «Béseme con el beso de su boca». De la misma boca de Dios nace aquel para quien nace el Verbo, y en quien se imprime.

En Jesús se hizo el Verbo carne. En él hízose beso el Hijo. Beso y carne son igual, a la vertiente de acá; no a la vertiente de Dios. El Padre que dio el beso juntó Su boca a nuestra nada, en Jesús, y le imprimió donde dejó al Verbo. ¿Es atrevido llamar a Jesús 'beso substancial' de Dios? Hay aquí un delicioso drama. El hombre nada hizo, ni pudo hacer, para solicitar el ósculo de Dios. Era no ser. La iniciativa vino del Padre. Hizo El que con el ósculo viniera a ser quien le recibiera. ¿A quién, si no, besaba? Ayudó la omnipotencia al amor. Besáronse la misericordia y el poder, Y aplicó el beso de Su boca a la carne virginal de Santa María. 'Sobrevenida', 'inumbramiento', ósculo, misterio escondido en el seno de la Virgen.

Entre los hijos de Adán más cunden los odios que las obras de amor. A veces, el beso oculta el odio. De Dios a hombre fue el beso de Jesús. De hombre a Dios, el de Judas. El uno escondía al Hijo del Amor. El otro, al hijo de la perdición.

Volvamos al misterioso fruto del celeste Amor. El Pa

dre tomó varias veces sobre él. En el Jordán (Mt 3, 17): «He aquí una voz venida de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complací». Y con acento más personal (Le 3, 22): «Una voz vino del cielo: Tú eres mi Hijo amado. En ti me agradé». Nuevamente en el Tabor (Mt 17, 5): «He aquí una voz salida de la nube, que decía: Este es mi Hijo querido, en quien me agradé. Escuchadle». Más tarde, en la resurrección, «el que nació de la estirpe de David según la carne, fue constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad» (Rom 1, 3s).

Nuevos títulos se acumulan sobre el Hijo hecho carne. Sobre el ósculo inicial, calladamente recibido, vino repetidas veces el testimonio público del cielo. El Hijo del amor es Jesús. Lo más dulce del cielo está en él. Nunca de su preciosa humanidad se aparta el Unigénito. Y si el Unigénito no, tampoco la boca del Padre. Dios no es ahora Padre y luego no. Ni ahora Hijo y luego no. Ni se cansa de ser Espíritu Santo, porque fuera de El nadie le solicite. Dios es Padre en el Padre para ser Hijo en el Hijo y Espíritu en el Espíritu Santo. Si dejara de ser el uno, morirían los tres, y aun aquello que son los tres. El beso, siempre Padre en el que besa, es Hijo en el beso, y Hálito de amor, en ambos. Antes se cansará la carne de Jesús de recibir el ósculo de Dios, que Dios de imprimirle. La misma necesidad de vivir, le hace a Jesús 'ser Hijo', beso substancial de Dios. ¡Qué dulce para sus amigos desansar en el toque divino que le hizo, y que tan necesariamente le da vida! ¿Cómo no ha de amar, si en el ósculo personal entra el oficio más fácil, eternizable sólo en él, demandado por la Esposa? 'Béseme con beso de su boca'. Haga lo que es. Como al río le toca fluir, corra de su boca aquello que debe correr. 'Oh, señor mío y Dios mío, y qué palabra esta, para que la diga un gusano a su Creador' (Sta. Teresa, *Meditaciones sobre los Cantares* 1, 11).

«Tened (pues) en vosotros los mismos sentimientos que en Cristo Jesús», infiere san Pablo (Fil 2, 5-8). «El cual, subsistiendo en la forma de Dios, no consideró cosa de rapiña igualarse a Dios, antes se anonadó a Sí, tomando forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres; y en su condición externa, presentándose como hombre, se abatió hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz».

La muerte en cruz se reservaba a siervos. El apóstol Pablo, ciudadano romano, tuvo que morir de otra forma. El Unigénito del Padre, hijo de la sierva Santa María, subió al Calvario: por obediencia al Padre, y por la humilde condición de su Madre. Las dos cosas fueron menester.

¡Qué hermoso a esta luz el misterio de la doble aceptación al mensaje de Dios: en la Virgen, esclava del Señor; y en el Hijo, muerto en forma de esclavo!

«Así es también la servidumbre (del hombre) a Dios. A Dios nada le reporta. Lejos de requerir el servicio humano, a Sus seguidores y siervos les otorga vida, incorrupción y gloria eterna. Beneficia por su servicio a los que le sirven y a los que le siguen por su seguimiento, mas no reporta de ellos beneficio. Rico, perfecto y sin indigencia, reclama de los hombres la servidumbre para —bueno y misericordioso como es— favorecer a quienes perseveran en su servicio. En la medida en que Dios de nadie necesita, está el hombre necesitado de la comunión con Dios. Porque la gloria del hombre reside en perseverar y permanecer (siempre) en el servicio de Dios» (San Ireneo, *Adv. haer.,* IV, 14, 1).

Según eso, ¿quién debe servir a quién? ¿Dios al hombre, o el hombre a Dios? ¿El Maestro a los discípulos, o los discípulos al Maestro? La gloria del hombre está en hacer del servicio de Dios la propia vida. Para enseñar lo evidente, ¿ha de venir el Unigénito a lavar los pies de los Doce? Excesiva lección, o excesivo Maestro. Si enseñan demasiado, ya no enseñan. Habrá que invertir valores, y decir que 'la gloria de Dios está en permanecer siempre al servicio del hombre'. Y es lo que parece haber indicado el Maestro.

¡Oh necios y tardos de corazón para entender todo lo

que enseña Cristo, al margen de lo que enseña! ¿No era preciso que el Unigénito padeciese cruz y entrase por ella en su gloria? ¿Y que, Sabiduría del Padre, aleccionara ignorancia? Era menester que el Hijo de Dios enseñase a ser hombres a los hombres. A ser, en lo divino, lo que quiere de nosotros Dios. A hermanar con los hermanos. Eso poco que a la nada pide el que nos hizo de la nada. Mas, no eso solo que se ve a la luz del sol. Sino, eso y *el modo* divino que no se ve. El Maestro vino a adoctrinarnos el modo más que la cosa. Lo invisible de lo visible. Lo divino de lo humano. Lo que, escondido, premia el Padre. Y eso hoy, mañana y siempre. En lo sensible poco, en lo insensible mucho. Simple en lo que todos vieron. Divino, en lo que no vieron.

A los Doce escapa, de momento, la lección. No a la Iglesia nacida del costado de Jesús. Ella aprendió el misterio de la diaconía entre hermanos y falsos hermanos, entre amigos y enemigos, entre puros e impuros. Al margen de toda condición.

Un acto es fácil. Jesús enseña la vida de servicio. Sería gratísimo servir a Jesús en El. El nos declara la vida de servicio entre todos, malos y buenos. Sin la delicia del de Betania. Yo no tengo envidia a los ángeles que no pueden lavar los pies del Señor. Se la tengo grande a Marta y María. Envidia, sin heroísmo; ilusión del poco cielo que hubo en la tierra.

'Dond^ no hay amor, pon amor y sacarás amor', decía el otro. También en Judas. ¿Siempre en el traidor? No siempre, ni Dios tiene empeño en que sea siempre. Sino las más veces, porque el mundo conoce pocas Betanias. Y para el resto quiso enseñar *Su modo* de servir. Por fortuna, no necesita el Señor hacer milagros para enloquecer de amor. Un poquito que se le vaya la mano, y no hay cielo como esta tierra.

«En tal estado, anda uno interior y exteriormente como de fiesta, y trae con frecuencia en el paladar del espíritu un gran júbilo de Dios, como cantar nuevo, siempre nuevo, envuelto en alegría y amor, por conocimiento de su feliz estado... Y no es de maravillar que algunos anden en tales gozos, júbilos y fruición y alabanzas de Dios; pues

aparte el conocimiento que tienen del Señor, Le sienten aquí tan solícito en regalarles con tan preciosas palabras, que les parece no tiene El otro en el mundo a quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo El es para ellos solos. Según lo confiesa la otra en los Cantares (2, 16): 'Mi amado es mío, y suya yo'» (cf. San Juan de la Cruz, *Llama* 2, 36).

43• «Ejemplo os di para que, como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis» (Jn 13,15)

Al que entendiera*e l modo* en un solo hecho de la vida de Jesús, poco le importaría que fuesen todos al exterior iguales, desde la Encarnación hasta la Subida al Padre. En todos le sobraría misterio a lo largo y a lo hondo. En todos descubriría variedad sin término. Porque en Dios lo eterno igual es eternamente desigual. Lo mismo entre los Tres, con su existencia una, que en la segunda existencia del Hijo.

Por mí, que sean iguales todos los hechos hoy externamente desiguales. Y que Nazaret extienda su silencio a los actos mejores de la vida de Jesús. El me diese el secreto de Su modo. Del que trae en su origen de Dios; y del que aprendió con el nudo en el seno virginal. La delicia mayor del sacramento está siempre en la ladera de Dios. Lo mejor de Jesús vive hacia el Padre. Aunque no lo veamos sensiblemente, también para nosotros lo vive. A ser de otra forma, no cargarían las complacencias de Dios sobre todos y cada uno de los actos de su vida. ¿Qué importa en lo divino, la sola vertiente de sentidos? ¡Oh quién robase los ojos de Dios para contemplar lo que ellos ven, y descubrir el infinito ademán que pone el Verbo en Su continua humana respuesta al Padre! Ese fue el espectáculo del Jordán, que arrancó al cielo las palabras

repetidas luego en el Tabor. Sobre el Jordán del Bautista, el del Espíritu. Al lado de la 'forma columbina', el misterio de la efusión invisible. Y paralelo a los deleites de Dios sobre la humanidad del Hijo, el horizonte inacabable del mar donde la introdujo el cielo. Ahí veía el infinito infinito. Y no como esponja y mar, donde sobra océano por todos lados. Sino mar inmenso en las fronteras del hombre. Ni reducido aquél, ni agrandado éste, sino anudados personalmente para hacer asequible el inasequible, amable al sobreamable, e íntimo al Dios de lejanas lejanías. Todo se me va en palabras, Dios mío, para definir lo que el Verbo, sencillamente engendrado por Ti, y dado a conocer al mundo.

La aplicación de Jesús, del lado de acá y según le entienden los Doce, reduce el misterio. Que no es sólo el ejemplo. Sino el paradigma de las complacencias de Dios.

A la medida del hombre, que introduce multitud en lo divino y acompleja lo sencillo, el lavatorio perseguía muchos fines. Entre ellos uno: que le imitaran los .Doce, e hiciesen entre sí servicios análogos de humildad. Donde hay agua y pies cansados, que haya quien la derrame para limpieza y alivio del hermano; con sacrificio de sí, y sin aceptación de personas.

Otros fines se callan. En Jesús desaparece lo difícil, y da paso al cariño. En el beso a los pies de todos, va el amor a todos. Sencillo para El; difícil para nosotros. Ineludible, por la recomendación del Maestro, Visto fuera de Jesús repugnaría. Quien nos . ordena tomar la cruz con El y acompañarle, primero invita con Su persona, y segundo con la cruz. Nunca debe la cruz esconder la hermosura del Maestro.

Hay vidas dominadas por el amor. El sacrificio las alienta. Al cabo se adivina la unión. Dios educa así de ordinario, por caminos de fe. Asoma y retira el rostro. Atrae para intimidad de hijo, al que alejaba como esclavo. Para un rayo suavísimo de esperanza, mil tinieblas y llagas. En su día vendrá lo ensoñado (Cant. 4, 9ss): «Robásteme el corazón, hermana mía esposa.. Me lo robaste con una sola mirada de tus ojos...». El Maestro finge ausencias. Parece abandonar en la Pasión a los Doce en su primera debili

dad. Y de las llagas despierta a la unión (Cant. 7, 11): «Ven, amigo, y salgamos al campo».

Donde tantísimo Verbo de Dios hay por entender, y tantísimo Espíritu del Padre por amar, ¿a qué vienen prisas para gozarle? Espera a Dios en Dios. Y fía tus medidas a las Suyas. Ni en magnitud ni en hermosura medirás lo divino por lo que entiendes. Las mayores delicias de Jesús se esconden en la Humanidad vivida por el Verbo. No en el Verbo, según sale del Padre, como Unigénito de Dios. Sino en la Carne, venida de nuestra Señora, compenetrada en persona y natura por el Verbo.

Eso sabido, santifica el Nombre del Hijo en quien vas a deliciarte, a la manera del Padre en El. Agradece mucho a Dios, que lo sea de tal Hijo, y que le haya atado tan apretadamente con la Carne, para beneficio nuestro. No pienses tanto en este valle de lágrimas. Poca persona eres para decir sufrimiento al servicio de tus hermanos; o para distinguir entre Pedro y Judas. El amor fuerte, cuando humano, se traduce mal a sentidos. Y cuando divino, menos. El que por Unigénito del Padre, sin buscarlo, es ignorado, quiere discípulos que en el servicio, sin buscarlo, sean igualmente ignorados. Por demasiado finos. Por invisibles, movidos a impulsos del Espíritu de Dios.

¿Y si algo se trasluce? Herirá a los enfermos del mismo mal. A quienes se mueven con igual impulso. Que lo externo ofenda en bien los sentidos del mundo, no está mal. Será siempre lo de menos. Importa que ofenda el 'sentido' de Dios. El amor es olvido tanto como entrega. Hay ocasiones en que una sonrisa de gratitud vale infinito, y es mucho premio viniendo de quien vive el misterio, y no puede retribuir con más. Eso poco se acerca, no obstante, al premio de mayor estima, entre Dios y los hombres; a la gratitud del amor puro. Aun entonces, vale más aquello (Le 17, 10): «Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que se os ordenó, decid: Siervos somos sin provecho. Hicimos lo que debíamos».

Por esconder en la debilidad de Jesús la absoluta dedicación a los hombres, hubo de ocultar Dios en el sacrificio delicias humanamente inefables. ¡Qué poco titubean los santos ante él! La recomendación a los Doce vale por

ella misma, aunque no conllevara otros deleites, que por inefables omitió el Señor. Existen con la verdad de lo invisible. ¿Qué significa tener parte con El? Ninguna promesa más dulce. Primeramente, en silencio. Después, en sensible abrazo. Y a la postre, en unidad con Dios.

El Maestro reserva la perfecta unidad para sus hermanos, en el seno de Dios. Y otra, menos perfecta, en el mundo. La promesa responde al señorío de Jesús. Tan Señor ahora como después, mas no tan probado a sentidos. ¿Qué cielo quedaría, si no, para el cielo?

Ya desde aquí, «mora secretísimamente el Maestro entre algunos con tanto más íntimo y estrecho abrazo, cuanto ellos están más puros de otra cosa que Dios. Sin dejar de percibirle en secreto, sienten a las veces los recuerdos, como 'despertares' del Señor que duerme. Pues no siempre se comunican las inteligencias y amores, entre Maestro y discípulo, sino a gusto del primero. ¡Oh cuán dichoso el que le siente descansar en su seno! Y ¡cuánto le conviene huir de aceptar personas en cualesquier servicios humanos, y vivir sin alma para solos sentidos, porque no afee con la menor mota la limpieza del seno sobre el cual duerme! Está él de ordinario como en abrazo con esposa, y ella le experimenta muy bien y de ordinario goza. Pues, a estar siempre despierto, en comunicación de noticias y amores, sería ya estar en la gloria» (cf. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva* 4,14s).

Es poco lavar y besar los pies del enemigo, a cambio de tan castísimos abrazos. El que recibe lo uno, devuelve lo otro. Entre la fe oscura y el regalo amoroso está el autor de la vida y de la muerte.

«Decía también Jesús a quien le había convidado: Al dar una comida o una cena, no llames a amigos ni hermanos ni parientes ni a vecinos adinerados, no sea que ellos a su vez te inviten y con esto quedes pagado. Cuando hagas un convite, llama a los pobres, mancos, cojos, ciegos, y serás dichoso; pues no tienen con qué recompensarte. El premio se te dará en la resurrección de los justos» (Le 14, 12ss).

¿Y quedará todo para tan lejos?, ¿con cenas además por cenas, y comidas por comidas? —Será el ciento por uno.

—Lo dejamos peor. ¿Cien cenas por una de acá? —No lo entiendes. ¿Oíste lo de 'la cena que recrea y enamora'? Eso para aquí. Y para allí Yo mismo; que como me escondí en manjar y en bebida, me revelaré en Mí.

¿Y el que no puede servir ahora poco ni mucho? ¿el enfermo a quien otros sirven, y que a todos molesta? No será para él el mensaje del Lavatorio. Habrá otros evangelios para él. El del paralítico de 38 años, sin ángel que le cure por falta de hombre que le eche al agua. Resignado a no ser servido, a no tener ángel ni hombre (cf. Jn 5, 7).

Entre servir, sin acepción de personas, a los hombres, y no tener hombre que le sirva a uno en 38 años de enfermedad, mayor sacrificio parece esto segundo. No es poco sufrir la soledad. Ver que hombres y ángeles pasan de largo ante uno. Sentir la compañía escueta del sol que sale para todos, y de la lluvia que para todos cae.

«A éste, como le viese Jesús tendido en el suelo y conociese que llevaba ya mucho tiempo, le dice: ¿Quieres ponerte sano? Respondió el enfermo: Señor, no tengo un hombre que, cuando se remueva el agua, me eche en el estanque, y en tanto que yo llego otro baja antes que yo». (Jn 5, 6-7). Ignoraba el paralítico que aquel fuera Jesús. Hay en sus palabras un dejo de infinita resignación y tristeza. Aquí no hay lavatorio de pies, ni recomendación de mutua caridad. Hay la simple aspereza de la vida, sin servicio ni no servicio. Que lo mismo encubre el fracaso de una vida en desgracia de todos, que la escondida comunión con la Cruz. ¿Qué importa que ignore a Jesús en Jesús, si conoce la hermosura de Su desnudez en cruz? También así se va al cielo. Sin hacer nada. Y padeciendo lo que cumple para sumarse a la himnodia de los ángeles que no vienen, o al servicio de los hombres que tampoco llegan. A todo lo hermoso humano y divino se suma, desde la miseria última, el que ora al Padre: «Sea santificado tu Nombre, venga a nosotros tu reino, hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Aunque ni nos llegue el pan de cada día, ni perdone nadie la miseria que ve en nosotros, ni salgamos de esta vida de tentación, a merced del maligno.

44• «Ejemplo os di para que, como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis» (Jn 13,15)

El misterio del lavatorio de los pies, ¿a quiénes afecta? ¿A las ovejas ó a los pastores? Jesús lavó los pies de los Doce. Por lo tanto, a los pastores. El ejemplo de Cristo sería primeramente para los Apóstoles y sucesores suyos.

¿Nada tenemos que aprender las ovejas? Los deberes de caridad y humildad ¿tocan sólo a los pastores, sacerdotes y obispos? Las simples ovejas, espectadoras de la virtud, o no, de los pastores, aprenderían del ejemplo de Cristo el mal ejemplo de los pastores que no le imitan. Y así, podrían justamente criticarlos. 'Ved qué mal se comportan, quienes sólo saben pastorear, y no humillarse como el Pastor de los pastores. Los que siempre enseñan como pastores y nunca aprenden como ovejas; como si hubiesen llovido del cielo y no fuesen hermanos de sus hermanos'.

Para adoctrinar a los Doce, se hizo el Verbo su hermano, hijo de sierva. A fin de enseñar a los pastores, hízose El oveja; como si sólo comenzaran a ser pastores de verdad, cuando en su trato mutuo, hicieran valer —con la forma de siervo— la actitud congénita a las ovejas, de modestia, silencio y sacrificio.

Entre pastores hay dos clases: pastores pastores, con pieles de ovejas, pues nacieron en servidumbre, creaturas de Dios; o pastores tiranos, con pieles de lobos, nacidos en servidumbre y levantados a un señorío que nadie les otorgó.

¡Oh qué bien estuvo el ejemplo fuerte de Jesús para quebrar la tiranía de tales pastores! A juzgar por sus efectos, aún se quedó corto. ¡Dios mío! ¿qué tuvo que hacer para enseñar a estos enseñadores?

A esta luz se comprenden las recomendaciones de san Pedro (1 Pe 5, lss): «A los presbíteros, pues, de entre vosotros, exhorto yo, presbítero también y testigo de los padecimientos de Cristo... Apacentad la grey de Dios que

está en vosotros, gobernando de grado según Dios: y no por torpe lucro, ni como dominando despóticamente en las porciones de la heredad (de Dios), sino haciéndoos modelos de la grey, Y cuando apareciere el supremo Pastor, obtendréis la inmarcesible corona de la gloria».

Mucho mejor llueven las enseñanzas de Jesús, ungidas primero en la carne de Sus apóstoles, que como frías recomendaciones evangélicas.

Por una paradoja que mucho confunde a los profesionales de la virtud, las humildes ovejas del rebaño de Jesús le imitan mejor hasta en Sus recomendaciones a los pastores; incapaces de toda crítica para sus malos ejemplos. Dios sea bendito, que a falta de buenos pastores —aquí entra uno, por lo menos a medias— suscita mansísimas ovejas,' directamente sumisas al Supremo Pastor Jesús, que reciben Sus palabras como llovidas directamente del Padre.

Sería torpe desentenderse de las recomendaciones de Jesús a los Doce, para asignar a solos ellos los tesoros de luz derramados tan generosamente en el lavatorio. Más allá de los Doce está la Iglesia. Y en la Iglesia, pastores y ovejas hacen uno. Los pastores son también en Cristo ovejas, y como ovejas, en forma de siervos, hacen unidad de Esposa con El. Iglesia, rebaño y pastores y Esposa, todo es Una en Uno. Hermanos Suyos en carne, ovejas de aquellos para quienes eligió y adoctrinó tan finamente a los Doce.

En su mansedumbre, fulminan maldición para los pastores que sacrifican la unidad en beneficio propio; y son fruto de bendición para los que con ellas buscan perder el nombre y ser llamados por el del Supremo Pastor.

Tocante a los pastores, acabarían por dar muerte a su rebaño, si declinaran los consejos a los Doce, como dados para solas ovejas, sin creerse obligados a su cumplimiento. Colmarían la medida del egoísmo y desamor al Maestro. ¿Acaso por ser pastores, no eran los Doce ovejas de Jesús? Doblemente sumisos a El, por su índole creatural, y por la elección gratuita a Apóstoles, en beneficio de sus hermanos: debían aprender primero a ser ovejas para después enseñar a serlo.

«Mis ovejas oyen *mi voz...* y *me* siguen» (Jn 10, 27). Hablan todos los buenos pastores en uno solo. No faltan los buenos pastores; están en uno solo. Los falsos y divididos son muchos. Jesús anuncia uno solo, porque recomienda la unidad. No habla de pastores, sino de pastor. ¿Tal vez porque le faltaban hombres a quien encomendar Sus ovejas? Las encomendó, al encontrar y aun hacer piedra a Simón. En el propio Pedro recomendó la unidad. Muchos eran los Apóstoles, y a uno solo se le dice: 'Apacienta mis ovejas' (Jn 21, 17). ¿Es que faltan pastores buenos? ¡Por Dios! que no falten. En habiendo buenas ovejas, hay también buenos pastores, pues de buenas ovejas salen pastores buenos. Mas todos los pastores buenos están en uno: son una sola cosa. Ellos apacientan, y Cristo apacienta. No profieren su voz los amigos del Esposo, sino gozan grandemente por la voz del Esposo. Apacienta El, cuando ellos apacientan, y dice: *Yo apaciento.* Porque en ellos está Su voz, en ellos Su caridad. Al propio Simón a quien encomendaba Sus ovejas queríale hacer una cosa con El, y así encomendarle las ovejas. El (Cristo) sería la cabeza; Pedro configuraría el cuerpo, la Iglesia; y como Esposo y esposa serían dos en una carne. A tal fin, para no encomendarle como a extraño las ovejas, dícele primero (Jn 21, 15-17): 'Pedro, ¿me amas? Y respondió: Amo. Y de nuevo, ¿me amas? Y replicó: Amo. Y por tercera vez, ¿me amas? Y por tercera vez: Amo'. Certifica la caridad para consolidar la unidad. El solo apacienta en estos, y estos en uno solo. De pastores no se habla, y se habla. Se glorían los pastores, pero 'el que se gloría, gloríese en el Señor' (2 Cor 10, 17). 'Yo apacentaré mis ovejas' (Ez 34, 15). En vida de los Doce, se presentó como *el Pastor.* Estén pues hoy, como ayer, todos en uno solo, y digan la voz única del Pastor, a la que son sensibles las ovejas, y sigan a su Pastor, y no a éste o aquel o el de más allá, sino a uno. 'Os pido, hermanos, que todos digáis lo mismo, y no haya entre vosotros cismas' (1 Cor 10, 10) (cf. San Agustín, *Serm.* 46, 30).

Dos cosas habéis de considerar en nosotros, decía san Agustín a sus fieles: «Una, que somos cristianos; otra, que somos obispos. Por obispos, nos contamos entre los pasto

res. Por cristianos, también los obispos somos Ovejas con vosotros. Hable pues el Señor a los pastores, o a las ovejas, a nosotros toca oírle con temor, solicitado el corazón para llorar ante el que nos hizo.

»'Cuanto a vosotros, ovejas mías, esto dice el Señor Dios' (Ez 34, 17). Quien piense qué gran felicidad es ser rebaño de Dios, hasta en medio de lágrimas y tribulaciones ha de sentir gran gozo. No es rebaño de quien pueda temer lobos, o a quien los ladrones sorprendan en sueño. ¿Acaso dormirá el que custodia a Israel (Ps 120_s 4)? Vela Él sobre nosotros, estemos o no en vela. El rebaño del hombre está seguro porque lo apacienta un horrxbre ¿Y de Dios?

»Una sola preocupación nos domine: oír la voz del pastor. Es aún tiempo de oír a quien habla con sus preceptos. Y juntamente calla, por no sentenciar aún como juez. A las ovejas toca escucharle entre tan hermosos preceptos, entre tan grandes misterios, en tantas páginas y libros... de mucha blandura, gran misericordia y mansedumbre aún. Mas no abusemos de Su paciencia para nuestra nequicia. Y ya que El lleva —en la Pasión— nuestros pecados, no tratemos de agravarle con otros nuevos pecados» (cf. San Agustín,*Serm.* 47,2ss).

En el Cenáculo viste forma de siervo, y hace oficio mansísimo. En su día, resplandecerá sobre las nubes del cielo. Ya no lavara los pies de pastores ni de ovejas. Su propia luz iluminará la conciencia de los hombres. Atraerá a Sí para el rebaño definitivo de la Vida, a quienes aprendieron las lecciones del Cenáculo. A los demás, como Judas, los verá salir fuera del Cenáculo (fuera del Cielo), entre las tinieblas que para sí definitivamente eligieron.

Imaginan algunos que basta la conciencia para bien, sin cuidar de lo que otros piensen de ellos. Olvidan una cosa: que al ver a otro de buena conciencia portarse con desidia —le ven fraternizar con todos, y andar por todas partes, en buenas o turbias y aun malas reuniones

lejos de edificarse en bien, se escandalizan. El hombre, tu hermano, no puede entrar en tu conciencia, como entra Dios. Ante Dios está tu conciencia; pero ante tu hermano tu género de vida. Escandalizado por sospechar algún mal de tí, se mueve a hacer algo que según piensa haces tú, al vivir así. Le llevaste al pecado. No vale invocar lo del Apóstol (Gál 1, 10): 'Si tratase de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo'. Muy bien, con tal de seguirle también cuando dice (1 Cor 10, 33): «No déis ocasión de tropiezo a judíos ni a gentiles ni a la Iglesia de Dios; como yo también en todo complazco a todos, no buscando mi propia utilidad, sino la de los demás, a fin de que sean salvos». Y (2 Cor 8, 21): «Atendemos a hacer lo que es bueno no sólo a los ojos del Señor, sino también a los ojos de los hombres».

Aun ante aquellos a quienes tratamos de complacer, los discípulos de Jesús no buscamos nuestra gloria, sino la salvación de ellos. De modo que, caminando nosotros bien, al seguirnos, no yerren. Sean nuestros imitadores, pues lo somos nosotros de Cristo. Y si nosotros no, sean ellos imitadores de Cristo. No buscamos lucro, al querer agradar a los hombres. Queremos gozar con ellos, y nos alegra les guste el bien, por la utilidad de ellos (cf. San Agustín,*Serm.* 47, 1 ls), y por la gloria del Maestro.

Algo de pastores tenemos todos. Aun los que no sabemos ser ovejas. Mal o bien, algo llegamos a aprender a fuerza de vivir, y eso poco enseñamos.

Hablo a los que son como uno.

No trato de consolar a todos. Los hombres somos muy distintos. Hay experiencias irrepetibles, situaciones para mí insospechadas, pruebas únicas. Hay además tiempo de leer y tiempo de pensar y tiempo de llorar. Tantos tiempos y coyunturas como vivencias, para las cuales hay un consuelo, un solo inédito consuelo que el Señor sabe. Las grandes penas se miden a veces por la magnitud del alma que las sufre, por lo repetidas y largas, por lo inesperadas y por mil cosas más.

Muy necio seria prometer a nadie remedio para las tristezas de todos los días. Entre los que se parecen a uno, habrá quien se consuele de otra manera. Mejor así. Escribo por si alguien se alienta con mis pensamientos. Si muchas experiencias que se perdieron en la oscuridad, hubieran quedado escritas como las de Teresa de Jesús, ¡cuánto no aliviarían! Sobre las páginas de las Confesiones de san Agustín han llorado muchos. Y no porque les conmoviera Agustín, sino porque le encontraron igual a sí, y evocaban leyéndole experiencias que habían olvidado. Las lágrimas vienen con la lectura. Y con las lágrimas lo que fuimos o sentimos un día. El adulto de hoy, alejado quizá de Dios, llora en soledad sobre el niño que fue amigo de Jesús. Y repite sus experiencias de ayer con alma cansada, dando lugar a que el niño que fue le enseñe lo que olvidó con los años, y le avive la esperanza primera, leve, que anuncia nuevamente a Dios. ¿No es eso lo que mejor enseña la vida, en el sosiego de los años maduros, a quienes ya no empujan las pasiones, sino el tiempo inexorable o la silenciosa mano que le gobierna?

Tales experiencias son de todos. No de pecadores empecatados, sino de todos los que nos sentimos pecadores. Las faltas de ayer quedaron en el recuerdo, para entristecemos quizá siempre. No las podemos borrar. Mas no siempre vivimos tristes por faltas de ayer. Sino por pura tristeza. Estamos tristes, porque así estamos. Con una pena indefinible, honda, que nos llega hasta los huesos. Ya no vivimos un día limpio de nubes. De los 365 días del año, no uno sin pena. Tampoco nos entristece el saberlo. Hasta nos consuela. Es el pan de todos los días. Al exterior procuramos disimularlo. Y tanto disimularlo nos hace parecer serenos. La tristeza bien llevada enseña a vivir en dos planos: sereno para fuera, y triste para dentro.

Hay días y días. No siempre estamos igual. El tiempo reserva menudas alegrías, que apenas esclarecen el horizonte. Cada vez más cortas, más ligeras. Nubecillas de estío, que anuncian alivio y se van.

En medio de esta vida, que no es de todos, yo encuentro modo de consolarme. Si tú vives así, quizá te consueles con mis alegrías. Por eso escribí. Lo humano es siempre

poca cosa. Las penas humanas denuncian serlo en su pequeñez. Y bien está comenzar por restar importancia a las penas propias. Esto se irá, como se fueron tantas otras cosas. No es grande, ni puede serlo, lo que me ocurre a mí, tan pequeño. Es mucho una gota de agua para la hormiga. Las tristezas mías son gota imperceptible para los más. Nadie sabe de ellas, como no sé yo de las de otros. Me las hace grandes la vecindad. Podría distraerme y buscar fuera alivio. Por ahí no. Eso sería distraer la pena, no superarla. Las tristezas superadas traen consigo mucho bien. La conciencia de la propia limitación, y, por paradoja, la de la propia grandeza. La vaciedad de todo lo externo.

Dios me hizo amigo de descansar sobre mis limitaciones y no extrañarlas. Acepto los días turbios y pesados. Ya pasarán. Si otros responden con ingratitud y se amontonan las malas noticias para caer de golpe sobre mí, como sobre Job, aguantaré sin quejarme de Dios. Dios sigue igualmente amable. El sea loado aun en lo que va contra mí. Esto merezco y mucho más. Harto sufre Dios a quien no castiga como a Su Hijo. Aguantando el peso de la tristeza, me acostumbraré al sufrimiento. Las alegrías, las más veces, apenas dejaron nada. Los sufrimientos enseñan a entender otros análogos, y saberlos curar. Esto no es inédito. Antes me costaba más. Ahora menos. Hasta ayer reaccionaba atento a la injusticia. Hoy veo razonable que me hagan sufrir. Y como no seré el único en vivir tales penas, alabo a Dios pensando en consolar a otros. Esto que yo sufro se tornará cielo cuando otro vea que fue mío, y acabó en amor de esperanza.

Paradojas de la vida. En lo último de las penas, se esconde una indefinible alegría. Mucho va de estar triste a ser triste. Yo no puedo remediar lo primero. Dios me guarde de caer en lo segundo. Estando uno triste, puede consolar a otros. Poco has vivido, si no tuviste que consolar en los días en que más necesitabas tú de consuelo. Si te hubieran conocido, cuando te mendigaban consuelo viéndote sereno, quizá se hubieran echado a llorar. Para esos casos viene bien haber pasado por más.

Dije ya que escribía para los que son como uno. Nunca

se me ocurrió pedir al Señor me cambiara el alma, dándomela superficial y frivola. Le doy gracias porque me la otorgó de remanso que todo lo traga y gusta de reflejar el cielo. La fauna de los abismos del mar no se encuentra con la de superficie. Yo no me hallo con gentes dé superficie. Que corran y vivan sobre las olas, yendo a besar las playas.

En la vida tropecé con almas como la mía, mucho más hondas, más ricas de experiencia, más intuitivas, e inmensamente amables. Todo el mundo parecía envidiarles el sosiego divino. A ellas iban todos a volcar sus experiencias para descansar. Algunas se me abrieron y se me echaban a llorar por la mentira en que les parecía vivir. Ellas, las alegres, vivían siempre tristes. Deseando romper a llorar, y cohibiendo las lágrimas para consolar a otras. Sempiternas insatisfechas, e inconscientes ángeles de paz, a quienes Dios cobra en penas las alegrías que por su medio regala a terceros. Si no fuera esto tan frecuente, no me habría decidido a escribir. En esas almas pienso. En las que son tan otras de lo que parecen. En las que nunca descansan sobre sí, por dar alivio a otros, llevando adelante el doble juego.

Dios os bendiga. Las experiencias son vuestras y van por donde vais vosotros. Las apariencias no os pertenecen y van por donde van los demás. Y en medio, dando unidad a unas y otras, la imitación del Maestro inmensamente triste. Yo quisiera ser así. No discernir entre penas y alegrías, sino dejar a Dios que me domine y vivir como pueda.

A MANERA DE EPILOGO

San Ireneo resume la gloria del hombre en una paradoja(*Adv. haer.* IV, 14, 1): «Esta es, en efecto, la gloria del hombre: perseverar en el servicio de Dios». Aquí y en la eternidad. «No glorifican los discípulos al Hijo de Dios. Al revés, son clarificados en Su seguimiento. A título de creaturas, no son ingénitos; mas ya que perseveran a lo largo de los siglos, revisten la perfección del Ingénito, por gratuita donación de la perseverancia sin fin. Dios tendrá en todo la primacía, como sólo Ingénito y anterior a todo y causa del ser para todas las cosas. Mientras el resto permanece sin excepción sumiso a Dios. Ahora bien, la sujeción a Dios es incorruptela; y la gloria del Ingénito, perseverancia de la incorruptela... Convenía, en efecto, que primero fuese creado el hombre, y creado recibiese incremento, e incrementado se robusteciese, robustecido se multiplicase, y multiplicado convaleciese, y en estado de salud fuese glorificado, y glorificado viese a su Señor. Dios es el objeto un día de visión; y la visión de Dios procura la incorruptela, y la incorruptela aproxima (a la comunión con) Dios» (Iren*., Adv. haer.* IV, 38, 3).

De todo esto ¿qué se aprecia en el lavatorio del Jueves Santo? Y no obstante, resume las enseñanzas de Jesús. Lo que aquí es servicio, es para allí gloria del hombre. El Maestro envuelve a los suyos en la claridad del Padre. «No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros» (Jn 15, 16). «Quiero que donde estoy yo, allí se hallen también éstos para que vean mi claridad» (Jn 17, 24). El reino de la gloria se trabaja mediante el servicio de Dios. Mejor aún, mediante la permanencia en la servidumbre de Dios. En ella vive el enfermo inútil, que acoge el sufrimiento en olor de suavidad; o el apóstol infecundo, que

acepta como norma suprema el beneplácito de Dios; o el que pierde tempranamente sus ilusiones, si se atiene, como a la mayor de ellas, a aquél: 'Sea santificado tu Nombre'. Dios ingénito, y el hombre siervo. Cuanto más uno viva de la servidumbre del Ingénito, más Dios le hace, y mejor simplifica el propio oficio de creatura. ¿Para qué más? Aquello de: «Como hice yo con vosotros, así vosotros lo hagáis», dice lo mismo. Si queréis hacer de mi Padre vuestro Dioá, permaneced en Su servidumbre. Igual que quise yo hacer de El mi Padre y Dios, y perseveré en Su servicio.

Sin más, Dios será glorificado en vuestra vida. «El Verbo (mismo) hízose dispensador de la gracia del Padre para beneficio de los hombres. Por ellos llevó a cabo dispensaciones tan grandes, para revelar a los hombres a Dios, y ofrendar (en sacrificio) el hombre a Dios; no sin poner a salvo la invisibilidad (y trascendencia) del Padre, para que jamás el hombre menosprecie a Dios y tenga siempre adonde ir en aumento; y manifestar en forma visible a Dios entre los hombres, no sea que por abandonar enteramente a Dios deje el hombre de existir. Porque la gloria de Dios es el hombre dotado de vida; mientras la vida del hombre es ver a Dios» (Iren., *Adv.haer.* IV, 20, 7).

Dios es glorificado por el hombre que, en carne, Le ve; a imagen y semejanza de la Carne gloriosa del Verbo. ¿Entreveían los Doce tales misterios en el Cenáculo?, ¿y que a la servidumbre de Dios, en que reside la gloria del hombre, respondía la claridad a que eran destinados, en oficio de ver a Dios, viviendo de El, como participación de la gloria del propio Jesús, y, por Su medio, del Padre?

Así lo entendió san Pedro (1 Pe 1, 6ss): «Por lo cual exultáis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco entre varias tentaciones, para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro..., aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto; en quien ahora creéis sin verle, y os regocijáis con gozo inefable y glorioso». «Los siervos —escribe poco después (1 Pe 2, 18ss)— estén con todo temor sumisos a sus amos; no sólo a los bondadosos y afables, sino también a los difíciles. Agrada a Dios que

por consideración a él soporte uno las ofensas, padeciendo injustamente. ¿Qué gloria tendréis, si golpeados por delitos aguantáis? Mas, si por obras buenas aguantáis sufrimientos, agradáis a Dios. Pues a esto fuimos llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros y os legó ejemplo para que sigáis sus pasos. El, que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló fraude, ultrajado, no replicaba con injurias; y atormentado, no amenazaba, y todo lo remitía al que juzga con rectitud. Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia; y por sus heridas habéis sanado.»

A juzgar por algunas expresiones de Pedro, parece que el discípulo excede al Maestro. Sobre la servidumbre a Dios está la imitación de Cristo en la cruz. El Espíritu santo enseñó al discípulo el misterio escondido en las palabras de Jesús. Le ha introducido en «toda la Verdad».

Los que sobresalen en dones de naturaleza o de gracia no se dejan impresionar de sola razón. El Apóstol les recuerda el ejemplo de Cristo para moverlos a humildad y amor mutuo. A impulsos de la humildad, teneos unos a otros por superiores, sin atender al propio interés: «tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús». Dios '*ab* aeterno′ igual al Padre, señor de todas las creaturas, abandonó en la Encarnación la majestad que, como a Unigénito, le pertenecía, y vistió la forma de siervo (cf. Fil 2, 5ss).

La misma claridad que recibía desde siempre en el seno del Padre le iluminaba para abandonarla, allanándole a la condición de los que venía a salvar. «Cristo no buscó su propia complacencia... Que el Dios paciente y consolador os dé unánime sentir de unos para otros, según Cristo Jesús; a fin de que unánimes, a una sola voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15, 3ss).

INDICE

Pág.

AL LECTOR 5
1. «Ante la fiesta de la Pascua» (Jn 13, la)..... 9
2. «Ante la fiesta de la Pascua» (Jn 13, la)..... 14
3. «Sabiendo Jesús que vino su hora de pasar de este mundo al Padre» (Jn 13, Ib) 20
4. «Sabedor Jesús de que llegó...» (Jn 13, Ib) 24
5. «Llegada la hora de su tránsito al Padre» (Jn 13, 1 b). . 31
6. «Llegada la hora de su tránsito al Padre» (Jn 13, Ib) .. 33
7. «... la hora de su tránsito al Padre» (Jn 13, Ib) 37
8. «Llegada la hora de su tránsito... al Padre» (Jn 13, Ib) 40
9. «Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, le)..... 44
10. «Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo»(Jn 13, le)..... 48
11. «Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas... el designio de entregarle» (Jn 13,2)..... 52
12. «Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas... el designio de entregarle» (Jn 13,2)..... 54
13. «Cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregar a Jesús» (Jn 13,2)..... 58
14. «Consciente Jesús de que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas» (Jn 13, 3a) 64
15. «Consciente Jesús de que, como había venido de Dios, a Dios volvía» (Jn 13, 3b) 66

Pág

16. «Levántase de la cena y deja los vestidos, y tomando - • un lienzo ciñóse con él» (Jn 13,4) 69
17. «Y deja los vestidos, y tomando un lienzo, ciñóse con él» (Jn 13,4). 72
18. «Echa después agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos, y a limpiárselos con la toalla que se había ceñido» (Jh 13, 5) 75
19. «Echa después agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos, y a limpiárselos con la toalla que se había ceñido» (Jn 13, 5) 79
20. «Viene, pues, a Simón Pedro. Y dícele éste: Señor, ¿tú a mí lavas los pies?» (Jn 13,6) 84
21. «Respondióle Jesús y le dijo: Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después» (Jn 13,7) ---------- 89
22. «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora» (Jn 13, 7b)..... 93
23. «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después» (Jn 13,7b) 96
24. «Dícele Pedro: Nunca jamás me lavarás tú a mí los pies» (Jn 13,8a) 102
25. «Respondióle Jesús: Si no te lavare no tendrás parte conmigo» (Jn 13, 8b) 106
26. «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo» (Jn 13, 8b)..... 110
27. «Dícele Simón Pedro: No sólo mis pies, sino las manos también y la cabeza» (Jn 13,9)..... 114
28. «Dícele Jesús: El que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los pies, estando como está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos» (Jn 13,10). 117
29. «En cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos»^ 13,10c) 120
30. «Pues como sabía quién era el traidor, por eso dijo: No todos estáis limpios» (Jn 13,11) 125
31. Jesús a los pies de Judas 130
32. A los pies de Judas 135
33. A los pies de Juan..... 140
34. «Después que les hubo lavado los pies, tomó sus vestiduras, y puesto nuevamente a la mesa les dijo» (Jn 13,12a)..... 145
35. «¿Entendéis lo que acabo de hacer con vosotros?» (Jnl3,12b) 148
36. «Vosotros me llamáis Maestro y Señor» (Jn 13,13) .. 153

Pág.

37. «Me llamáis «el Maestro y el Señor», y decís bien, pues lo soy (Jn 13,13) 156
38. «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» (Jn 13,13)..... 160
39. «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy» (Jn 13,13)..... 165
40. «Si, pues, os lavé los pies yo, el Señor y el Maestro, también vosotros debéis unos a otros lavaros los pies» (Jn 13,14)..... 168
41. «Ejemplo os di para que, como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis» (Jn 13,15) 171
42. «Para que como yo hice con vosotros» (Jn 13,15)--------- 175
43. «Ejemplo os di para que, como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis» (Jn 13,15) 181
44. «Ejemplo os di para que, como yo hice con vosotros, así vosotros lo hagáis» (Jn 13,15) 186
A MANERA DE EPILOGO..... 194